



Á su sombra combatió Rivera por la Patria







# FRUCTUOSO RIVERA

NÚMERO ÚNICO

Montevideo, 13 de Enero de 1894

## Dos palabras

**L**a idea de conmemorar el aniversario de la muerte del general Rivera había surgido desde hace tiempo en nosotros, como algo que se imponía por la justicia, por la gratitud y el patriotismo.

No nos considerábamos sin embargo autorizados para la iniciativa, por más que nuestras convicciones políticas estén formadas al calor de los recuerdos históricos y los relatos del hogar, y se hayan confortado por la participación que alguna vez nos ha cabido en las luchas por las instituciones y las libertades patrias.

Esperábamos que correligionarios más caracterizados hicieran carne esa idea, que no habíamos ocultado, y que debía germinar como la flor del recuerdo, cultivada por los que, en primera fila, forman en la colectividad tradicional de que fué fundador aquel gran ciudadano.

Desgraciadamente, circunstancias que escusamos mencionar, prolongaban demasiado la fecha de la justicia póstuma al noble y esforzado paladín de nuestras glorias.

La noche del olvido continuaba cubriendo con su manto el sepulcro del héroe de Guayabo, de Rincón, de Misiones y Cagancha, mientras que el pueblo congregado por la iniciativa de unos cuantos, celebraba en forma de apoteosis el aniversario del 19 de Abril del año 25, hecho sin duda memorable, pero cuyos resultados no habrían alcanzado la magnitud que les acuerda la historia, sin el concurso eficaz y patriótico del campeón de aquellas jornadas inmortales.

El contraste que esos dos hechos producían,

hizo avivar en nosotros el deseo de dar forma tangible al pensamiento que desde largo tiempo acariciábamos, y esa forma la hemos condensado en este NÚMERO ÚNICO, que si bien no reúne todas las bellezas literarias y artísticas á que es acreedor el recuerdo del abnegado patriota, del esclarecido militar, y primer Presidente Constitucional de la República, cuya sentida muerte conmemora, servirá al menos de estímulo á la iniciativa de otros ciudadanos que, mas caracterizados que nosotros, emprendan la patriótica y meritoria tarea de celebrar un día su verdadera apoteosis.

El general don Fructuoso Rivera, como el paladín de nuestras glorias en la lucha titánica de nuestra independencia, es acreedor á la gratitud y al respeto de todos los orientales, y no pueden negarle con justicia ese tributo de veneración, ni aún los que han militado en las filas contrarias al partido de que fué fundador, como no lo ha negado á Lavalleja ese mismo partido, asociándose con imparcial patriotismo á celebrar las glorias de los Treinta y Tres valientes que pisaron las playas del Arrenal Grande el año 25, para redimir la Patria en que nacieron.

Como jefe de la colectividad política que despues de Cagancha, *sepulcro de la tiranía*, segun la bella expresión de D. Eduardo Perez en su proclama dirigida al cuerpo de Civicos, mantuvo encendido, con la espada, con la palabra y con la pluma, el fuego sacro del heroísmo en el altar de la libertad, levantado entre los muros de la Nueva Troya, la lealtad de sus amigos de causa le debe, cuando menos, esa demostración de cariño con que se lloran las pérdidas irreparables.

Ya se la tributaban de antemano, aun antes de su muerte, los hombres superiores que, deslumbrados á veces por falsos espejismos, fueron rivales celosos de aquel atleta uruguayo cuya personalidad se agiganta á través de la tumba.

Don Melchor Pacheco y Obes decía en autógra-





fo de 3 de Setiembre de 1853 que conserva en su archivo el historiador nacional D. Isidoro De-María, contestando una carta en que la noble matrona doña Bernardina Fragoso de Rivera le anunciaba el mal estado de su esposo:

«La lectura de la carta de usted me ha afectado » penosamente... Yo sé lo que otros no saben, y » es que faltando el general Rivera el partido co- » lorado entraría en una triste anarquía.

«Personalmente quiero al general Rivera, y lo » he querido aún en las circunstancias en que he » estado en oposición con él. Viendo su vida ame- » nazada no solo se han conmovido mis sentimien- » tos de amistad, sino que además he visto aniqui- » lados mis proyectos más queridos para el futuro » de nuestra patria, pues que estoy resuelto (si te- » nemos tal desgracia) á dejar inmediatamente el » país, renunciando para siempre á toda interven- » ción en su política.

«Quiera el cielo que en el momento que escribo » ésta el estado del general no justifique lo que » anuncia la carta de usted y lo que me dicen mis » tristes presentimientos!...

«Si así no fuese, y Dios ha querido que sufra el » más terrible golpe; que sus lágrimas sean me- » nos amargas con el pensamiento de que en ellas » le acompaña la Patria, y que los hombres como » el general Rivera cuando cesan en la vida, pasan » á la inmortalidad.»

El general Pacheco y Obes, que cumplió su promesa alejándose del país para siempre, condensaba en esos pensamientos todo un poema de gloria, para inmortalizar el recuerdo del ilustre amigo cuya pérdida presentía.

Era el primer ramo de hermosas siempre-vivas que la mano de la justicia histórica preparaba de antemano para deponer en la losa de aquella tumba que estaba por abrirse.

Es posible que á pesar de nuestros esfuerzos por ofrecer una obra digna del objeto á que está destinada, la encuentren deficiente nuestros favorecedores;—en tal caso sirvanos de disculpa la premura del tiempo y la escasez de talleres en el país para ciertos trabajos, como los de fototipia, que son indispensables para la fiel reproducción de las ilustraciones artísticas.

Nuestras ilustraciones, sin embargo, creemos que si no son intachables, tienen por lo menos el mérito de la verdad, desde que han sido trazadas con sujeción á los datos históricos recogidos de testigos oculares, y ser obra en su mayor parte de artistas orientales que, como el Sr. Hequet, honran al país y á las artes.

En cuanto á los autógrafos, si bien faltan entre ellos los de algunos correligionarios respetables, que por el hecho de serlo debieron haber respondido con espontaneidad patriótica á la invitación que particularmente y por la prensa les hicimos, hay sin embargo los bastantes de personas altamente colocadas en la gerarquía social, militar y

política, para formar la corona cívica que respetuosamente deponemos en la tumba de la gran personalidad del Brigadier General don Fructuoso Rivera.

Terminamos estas líneas enviando nuestras manifestaciones de sincera gratitud á los ilustrados colaboradores del FRUCTUOSO RIVERA y á todos los demás que han contribuido al mejor éxito de nuestros propósitos.

ANTONIO O. VILLALBA.

ALCIDES DE-MARIA.

## EXTRACTO DE LA BIOGRAFIA DEL GENERAL DON FRUCTUOSO RIVERA

POR ISIDORO DE-MARIA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA HISTORIA

El General don Fructuoso Rivera, veterano de la independencia, Presidente dos veces de la joven República Oriental, y General en Jefe de sus ejércitos en varias ocasiones, es una de las más nobles y gloriosas figuras de la revolución, cuya brillante foja de servicios abraza un dilatadísimo período.

Después de Artigas, patriarca de la Patria, es la personalidad más encumbrada, en el escenario político de la lucha titánica de la independencia de este país.

Los anales del General Rivera no tienen sangre, sino en el combate, al decir de uno de sus contemporáneos.

Actor y testigo en todas las vicisitudes y peripecias de la revolución, salvó su reputación ilesa de crímenes, pura de la mancha de sanguinario.

Fué caudillo y jefe de un partido; pero caudillo digno de llevar triunfante la bandera simpática de la libertad, de la independencia y de la civilización, en el suelo querido de la patria.

Tuvo ambición de mando, como todos los guerreros de su talla; tuvo enemigos, como todos los hombres públicos de su valer y de su influencia; pero jamás levantó un cadalso para servirle de escala. Por eso la historia ha de tener aplausos para su nombre esclarecido, prescindiendo de los errores inherentes á la flaqueza humana, que no alcanzan á empañar el brillo de su gloria.

Su carrera militar comienza el año 11, formando en clase subalterna en las filas de los patriotas acaudillados por Artigas, y termina después de 43 años de servicios, en el rango de Brigadier General, la más alta gerarquía de la milicia en su época.

Su vida pública, que tampoco está exenta de errores, atesorados y brillantes rasgos de patriotismo, de nobleza, de magnanimidad, de altos méritos y servicios distinguidos.

La vida pública del General Rivera, es la historia de su país, que reclama la pluma hábil y autorizada de biógrafos de la talla del ilustrado autor de la *Vida de Belgrano*, para poder bosquejarla con propiedad.

Nozotros apenas osaremos trazar algunos pálidos y reducidos perfiles de esa gran figura histórica, que se destaca en el cuadro de las celebridades orientales.

Don Fructuoso Rivera era hijo de don Pablo Hilarión Perafrán de la Rivera, natural de la Provincia de Córdoba, y de doña Andrea Torcano, natural de Buenos Aires; ambos pertenecientes á los primeros pobladores de este territorio.



Sus padres vinieron en el año 1752 á establecerse en Montevideo, trayendo consigo una gran fortuna, la que dió á D. Pablo relaciones con las principales personas de esta ciudad.

Hicieron cuanto era posible por la educación de sus hijos en aquella época. Don Félix la recibió en la Universidad de Córdoba, pero don Fructuoso no participó de ese bien, pudiendo apenas adquirir los primeros rudimentos en una pobre escuela regentada por don José Bonilla, en el Peñarol.

El General Rivera nació, poco más ó menos, por el año 1784 en el Miguelete.

En sus primeros años estuvo ocupado en uno de los establecimientos de campo de sus padres, en el Arroyo Grande, donde empezó á familiarizarse con la vida pastoril.

Cuando acaeció la revolución en esta banda, el año 11, Don Félix Rivera, hermano mayor de don Fructuoso, fué de los primeros patriotas que se pronunciaron en campaña, reuniendo hombres en el Yí y poniéndose con ellos á las órdenes de Artigas.

Don Fructuoso aprovechó aquella coyuntura para satisfacer sus inclinaciones, que eran servir á la patria, y no tardó en presentarse voluntario en las filas de los patriotas, empezando desde entonces, á la edad de 25 años, su carrera en la milicia.

La primera guardia que hizo fué en el paso del Durazno, en el Yí, á las inmediatas órdenes de don Bartolo Quinteros. Sus aptitudes le conquistaron bien pronto un puesto distinguido en la milicia. Artigas le confirió el grado de Capitán-comandante, dándole el comando de un escuadrón, con el cual concurrió al primer sitio de la plaza de Montevideo.

Levantado éste á últimos del año 11, siguió con las fuerzas subordinadas al General Artigas, á la márgen opuesta del Uruguay, permaneciendo sobre once meses en el Ayuí, soportando todas las penurias que experimentaron allí las tropas de Artigas.

Asistió al segundo sitio de esta plaza al mando del Regimiento número 3, que hacía parte del ejército con que se incorporó Artigas á Rondeau en Febrero del año 13, después de librada la acción del Cerrito.

Leal al jefe de los orientales, siguió sus banderas cuando á mediados del año 14 se separó con sus fuerzas del sitio, negándole obediencia al Directorio de Buenos Aires. Artigas marchó entonces á Belén, destinando al comandante Rivera con su división al Sud del Río Negro.

Terminada la guerra con los realista y ocupada la plaza de Montevideo por las tropas de Buenos Aires, Artigas reclamó su entrega, surgiendo de esa reclamación la lucha armada entre orientales y argentinos.

El comandante Rivera, con su división, fué el brazo potente de Artigas, que sostuvo al Sud del Río Negro su causa. Combate y vence en la azotea de don Diego Gonzalez á una división de Alvear, y reanima con este triunfo el espíritu de los que se sentían abatidos por los reveses sufridos en otros encuentros. Cruza posteriormente el Río Negro, donde lo persigue Dorrego con fuerzas superiores y lo sorprende en la barra de los Tres Árboles. Rivera apenas tuvo tiempo para reunir sus avanzadas y ponerse en retirada, sin haber podido mudar sus caballos de reserva. Sin embargo, se retira bizarramente desde el aclarar del día hasta las 5 de la tarde, maniobrando en más de doce leguas, defendiéndose con valentía de más de 1200 jinetes bien organizados que obraban con bravura. Reforzado con 800 blandengues que hizo marchar Artigas en su auxilio, vuelve sobre la columna de Dorrego, que se pone en retirada con dirección á Mercedes, siendo perseguida tenazmente hasta obligarla á refugiarse en la Colonia, con pérdida de hombres y caballadas.

Rivera regresa á Mercedes, donde sufre un sério contraste, por la sublevación de los blandengues, que atentan contra su persona, se entregan al saqueo y se dispersan los más, cometiendo todo género de maldades. Reune alguna gente en medio del conflicto, y con el auxilio del capitán Lavalleja, que le llega, logra restablecer el orden.

Con la noticia de este contraste, se reúne Dorrego á Soler en San José, y se encamina al frente de 1700 hombres sobre Rivera. Éste reconcentra sus fuerzas sobre Arerunguá. Dorrego

avanza hasta el arroyo de *Guayabo*, confluente del Arerunguá, y se libra allí la famosa y reñida batalla del 10 de Enero de 1815, que decide la contienda con la derrota completa del ejército de Dorrego, dando por resultado la evacuación de Montevideo por las tropas de Buenos Aires y el desistimiento del Directorio á las pretensiones de dominio sobre la Provincia Oriental.

La resistencia que en ese ingrato período de la revolución hizo la Banda Oriental al Gobierno general, y su decisión á sostener su autonomía en una lucha tan desigual como sensible, la empujaron en medidas rigurosas que muchos jefes exageraron por pasión ó inexperiencia, pero la verdad histórica no tiene excesos que reprochar á Rivera, quien en medio de las pasiones desencadenadas de aquel tiempo borrascoso, fué el que más se distinguió en reprimirlos, apareciendo como una segunda providencia en su patria, por los ejemplos de humanidad y grandeza de alma con que señaló su carrera.

El año 16 un ejército portugués invade la Provincia. Rivera es el jefe destinado por Artigas para marchar á la frontera de Santa Teresa, á disputarle el paso por esa parte del territorio. Marcha de Montevideo con su división, que aumenta con milicias de extramuros, y va al encuentro de las huestas del general Lecor, fuertes de 6 á 7 mil hombres de las tres armas. El enemigo se interna en el Departamento de Maldonado, donde se libra la desgraciada acción de India Muerta, cuya batalla estuvo indecisa por más de dos horas. Bisoños los patriotas, faltos de armas y municiones, y de jefes conocedores del arte de la guerra, son obligados á retirarse del campo de batalla en derrota.

Las tropas portuguesas ocupan la plaza de Montevideo el 20 de Enero de 1817, evacuándola las reducidas fuerzas que la defendían con el delegado Barreiro. Rivera unido á éste, continúa la lucha fuera de la plaza, estrechando en ella á los lusitanos, y batiéndolos en sus escursiones hasta Toledo.

Los orientales en campaña opusieron al enemigo una resistencia obstinada por espacio de 4 años, teniendo al fin que ceder á la superioridad del número y á una combinación de circunstancias fatales.

Rivera fué el último de los guerreros orientales que en aquella época infausta envainó la espada ante la conquista.

Su división, en esa dilatada y penosa campaña, no excedió jamás de dos mil y tantos hombres, teniendo que operar en distintos lugares. Sin embargo, el enemigo la encontraba, como á ninguna otra, en todas partes, lo mismo sobre la línea de Montevideo, que en Santa Lucía, el Rabón, Queguay, Batoví y Guazunambí, batiéndose, ya con las fuerzas de Lecor, ya con las de Curado; ya en el Paso de Coello ó ya en la famosa retirada del Rabón, donde resiste con 600 hombres la carga de más de dos mil de Curado, maniobrando bizarramente en retirada por más de doce leguas.

Cuatro años, próximamente, había durado la lucha en campaña.

El bravo Lavalleja estaba prisionero. Otorquez lo había sido también en el Río Negro. El Coronel don Manuel Francisco Artigas había tenido igual suerte. Todo se consideraba perdido. Los jefes y oficiales del Departamento de Canelones y los Comandantes de las milicias de Santa Lucía y Miguelete, ya se habían sometido al orden establecido en la capital por acta de 19 de Diciembre de 1819. El Comandante militar de San José había seguido su ejemplo.

Sólo quedaba en pie de resistencia la división de Rivera. Fué entonces que para atraerla á la pacificación del territorio, resolvió el Cabildo de Montevideo—donde figuraba la *crème* de nuestras notabilidades,—enviarle una misión de su seno, pidiéndole *en nombre del interés del país que se aniquilaba*, el cese de toda resistencia.

En consecuencia, se convino en un armisticio entre Rivera y Bentos Manuel Riveiro, armisticio que fué violado por las fuerzas portuguesas antes de su término.

Confiado Rivera, como jefe de honor, en la fé del convenio, se hallaba en su campo de los Tres Árboles ocupado del arreglo amistoso de las proposiciones del Cabildo, cuando inesperadamente se presenta al frente de su campamento, en actitud imponente, en la mañana del 2 de Marzo, el Teniente Coronel



Carneiro, con las fuerzas de su mando, intimándole reconociese simultáneamente al Gobierno de Montevideo.

La división del coronel Rivera estaba á pie en su campo, bajo la garantía del armisticio, muy distante de esperar tal felonía. La deslealtad del enemigo logró en aquel lance un sometimiento forzado, que en leal combate tenía sin duda por difícil.

Adherido por la fuerza de los acontecimientos, como tantos otros patriotas, al orden establecido en la capital, que no era otro que la dominación extranjera, aceptó la posición ingrata en que vino á encontrarse colocado.

Entraba en los cálculos políticos del sagaz General Lecor, hacer agradable la dominación lusitana, utilizando como medio los mejores elementos sometidos.

Admitió al servicio á todos los jefes y oficiales del país en los mismos grados conferidos por Artigas, y por consecuencia, entró á prestarlo el coronel Rivera con su regimiento, destinándosele á la policía de la campaña, como una especie de garantía para sus compatriotas.

Restablecida de todo punto la tranquilidad pública, separado Artigas de la escena de estos países con su ostracismo voluntario al Paraguay, en armonía con Buenos Aires y las Provincias, cuya independencia reconocía á fines del año 21 el Gobierno de don Juan VI, fueron restituidos á la libertad los prisioneros de guerra que se hallaban en Río Janeiro. Lavalleja, el futuro jefe de los Treinta y Tres patriotas, que era uno de ellos, regresó libre al seno de la patria, ocupando el puesto de teniente coronel en el Regimiento de Dragones, de que era jefe el coronel Rivera.

Á principios del año 22 resolvió el Rey don Juan VI retirarse á Lisboa con la Corte, dejando al príncipe heredero don Pedro de Alcántara, de regente en el Brasil. El 24 de Abril dejó el Janeiro embarcándose para Portugal. En consecuencia, las tropas portuguesas que guarnecían la plaza de Montevideo debían evacuarla y retirarse también para Lisboa. Surgió entonces la lucha entre brasileiros y lusitanos. El 12 de Octubre, el Imperio del Brasil se declaró independiente de Portugal, aclamando Emperador á don Pedro I.

Cuando surgió la división entre lusitanos y brasileiros la Provincia Oriental se hallaba guarnecida por tres mil portugueses. Los brasileiros ocupaban la campaña y los portugueses la capital.

Entretanto, bajo la influencia del Barón de la Laguna y los continentales, se pronunciaron por el Imperio las milicias de la Provincia que presidía el Síndico Procurador don Tomás García de Zúñiga, reconociendo á don Pedro I Emperador y Protector de la Provincia Oriental.

Algunos patriotas orientales creyeron que era el momento de sustraerse á la dominación extranjera, aprovechando la lucha producida entre lusitanos y brasileiros. El espíritu público empezó á excitarse. El Cabildo de Montevideo, de concierto con el general don Álvaro da Costa, se puso al frente de la idea patriótica, firmando la célebre acta de 16 de Diciembre de 1822, en que, poniéndose bajo la protección del Gobierno de Buenos Aires, declaraba nulas las actas de incorporación á la monarquía portuguesa y al Imperio del Brasil, no queriendo pertenecer á otro Estado ó nación que los que componían las provincias de la antigua Unión del Río de la Plata.

Por acta reservada de 4 de Enero de 1823, nombró una Comisión secreta, compuesta de don Cristóbal Echevarría, don Gabriel Pereira y don Santiago Vázquez, para que en su representación gestionase la cooperación del gobierno de Buenos Aires.

El Cabildo de Montevideo buscó en vano aquella protección. Promovió una suscripción secreta de 88 mil pesos para garantizar el importe de los primeros aprestos de guerra que se hiciesen; pero todo fué inútil, limitándose el Gobierno de Buenos Aires á ofrecer á don Álvaro da Costa el transporte de sus fuerzas á Lisboa, siempre que entregase las llaves de la Plaza al Cabildo, como se había acordado en 1817, con Lecor, al ocuparla.

No obstante esto, los hombres pensadores reputaban como temporal y precaria la dominación brasileira. Era esta una creencia muy común, que se disimulaba mal aún á los jefes extranjeros, y de que no dejaban de participar ellos mismos. El

General Rivera no era de los más reservados al respecto, y más de una vez fué denunciado de haberse expresado en términos desfavorables á la ocupación.

La política del general Lecor, tendía á no exacerbar los ánimos de los naturales y á hacer, sino simpática, tolerable la dominación extranjera; y encontrándose sin jefes capaces de sustituir en campaña al Brigadier Marquez, que acababa de morir, creyó salvar la dificultad nombrando al Brigadier Rivera Comandante General de Campaña, poniendo á sus órdenes todas las divisiones de los distintos acantonamientos del Estado.

Rivera aceptó, y marchó al Durazno donde se hallaba de antemano su Regimiento de Dragones de la Unión, al que se le habían agregado algunos jefes y oficiales brasileiros, como en previsión de su conducta.

El amor á la libertad é independencia no muere en los pueblos. Es un sentimiento legítimo y natural, que puede sofocarse, pero no extinguirse.

La Provincia había sido sometida por la fuerza irresistible de los acontecimientos á la condición en que se hallaba, y debía esperarse siempre que sus hijos pretendiesen volver por la independencia perdida. No podía ser eso sino cuestión de tiempo.

La verdad era, que apesar de todas las apariencias, empezaban á germinar en el ánimo de Rivera ciertos ensueños de noble ambición, acariciando en el fondo del alma la idea y el deseo de la emancipación política de la Provincia. La posición que ocupaba, acaso le inducía á considerarse en aptitud de poder llegar á ser un elemento poderoso de redención para la patria, halagando sus aspiraciones.

Un día visitaba al señor don Pedro Pablo Sierra, en su casa-quinta, sita en extramuros de esta ciudad. Sierra era un antiguo Capitán de las milicias de Artigas, patriota, hombre reservado y amigo de Rivera. Paseaban ambos en el jardín sin testigos. Rivera le habló de la patria preguntándole « si no le parecía que los patriotas debían disponerse á trabajar por la libertad. » Sierra sorprendido le repuso: « ¡General, quiere usted comprometerme! »

—No, mi amigo don Pedro Pablo—le contestó el general:—Le hablo con ingenuidad. Sé que usted es patriota y hombre de confianza, y es menester que pensemos en redimir la patria del dominio extranjero. Hablemos con franqueza. Si desconfía de mí, lo autorizo para que me denuncie. Á dos cuadras de aquí está el cuartel de los brasileiros<sup>(1)</sup> y el general Ballé. Puede usted hacerlo.

Y cambiando ideas al respecto, el General le reveló su pensamiento; le dijo que se hacían algunos trabajos con absoluta reserva en ese sentido y lo excitó á ir preparando el ánimo de los paisanos para cuando fuese oportuno obrar.

Llegó el año 25. Algunos de los principales emigrados orientales en Buenos Aires, empezaron á agitarse. La reciente victoria de Ayacucho, que acababa de sellar la Independencia Americana, despertó en ellos el deseo patriótico de libertar la patria. Rumores alarmantes llegaron hasta el Barón de la Laguna. Se levantaron ciertas presunciones de invasión, suscitándose desconfianzas. El General Rivera tenía émulo entre los jefes brasileiros, y esparcieron especies sospechosas sobre su lealtad al Imperio, atribuyéndole connivencia con los expatriados.

El temor despertado, indujo al General Lecor á redoblar la vigilancia en la costa del Uruguay, ordenando el retiro de la caballada y estacionar algunas embarcaciones armadas en el río.

En esas circunstancias tuvo lugar la empresa heroica de los Treinta y Tres patriotas al mando del intrépido Lavalleja. Aquella cruzada inmortal no había sido preparada ni concertada con el Gobierno de Buenos Aires, ni con el General Rivera. Éste no había sido prevenido; sin embargo, no ignoraba, ó presumía por lo menos, los trabajos de Lavalleja y sus amigos, descubriendo los síntomas precursores de la revolución. Sabía por don Leonardo Olivera, su ayudante, que Lavalleja le había escrito algo

(1) El cuartel á que se refería era el de Morales paraje que hoy ocupa el de Cazadores.



sobre la futura empresa, lo mismo que á otros paisanos de acción ó de influencia, pero infería que no se lanzarían á correr los azares de la fortuna sin una combinación seria que asegurase el éxito.

Apenas se supo la pasada de los *Treinta y Tres*, efectuada en circunstancias de hallarse el General Rivera en la Colonia, recibió éste órdenes de ponerse en marcha sobre ellos, en dirección á las Vacas, donde se suponía su desembarque. Rivera cumplió la orden marchando con unos 70 hombres de escolta, en que figuraba su ayudante Possolo; pero en vez de dirigirse á aquel punto ú otro de la costa del bajo Uruguay, marchó estudiosamente al centro de la campaña, con la idea preconcebida de dejar obrar á los patriotas. Si otra cosa se hubiese propuesto, disponía de fuerzas superiores para acometer y dispersar aquel grupo de valientes <sup>(2)</sup>.

Los Treinta y Tres patriotas, desembarcados en la Agraciada el 19 de Abril, pudieron hacerse de caballos y marchar sin obstáculos. El 23 se encuentra Lavalleja en San Salvador con una fuerza del coronel Laguna. Conferencian ambos jefes; Laguna, aunque patriota, juzga temeraria la empresa y rehusa adherirse á ella, en consecuencia, ambas fuerzas se disponen á medir sus armas; pero Laguna prefiere la dispersión de la suya, á empeñarse en un combate.

Rivera estaba en Monzón con su escolta, y se le sorprendió el 29, ó se dejó sorprender, por un ardid que habría sido sin consecuencia trascendental, sin la confianza recíproca que todos los orientales tenían en sus comunes sentimientos.

¡Fué un prisionero! No podía ser otra cosa para salvar las apariencias con el Imperio. Pero prisionero que se recibió en brazos de sus compañeros, apenas se cambiaron las primeras palabras. Había grandes riesgos que correr, y se prestó á correrlos; grandes servicios que prestar, grandes sacrificios que hacer, y los hizo. La persona del general Rivera fué una gran fortuna para la causa de la libertad, el primer triunfo de los Treinta y Tres, y el precursor de muchos otros. Confiaron en él y correspondió noblemente á esa confianza.

El 7 de Mayo flameaba la bandera de la patria en la cumbre del Cerrito de la Victoria, al frente de Montevideo, hasta cuyo punto había avanzado Lavalleja, quedando Rivera en Canelones.

Seis días antes escribía Rivera al capitán don Goyo Mas, su íntimo amigo: «Ha llegado la época de hacer libre para siempre nuestra cara patria. La Provincia en masa está con nosotros. Mi plan se ha realizado. Vd. sabe que hace tiempo lo teníamos convenido y ya llegó la ocasión. Conmigo está mi compadre Juan Antonio. Como antes, hemos jurado echar á los portugueses del país, ó quedar nuestra sangre para memoria. En esta virtud es preciso que Vd. se venga luego á verse conmigo para recibir mis órdenes y reunir la gente del Arroyo de la Virgen, de la Florida».

Correnía en aquellos momentos hacer entender á los hombres que se trataba de atraer sin vacilaciones, que era Rivera el jefe principal, como medio más seguro de obtener el concurso de Calderon y del Regimiento de Dragones de la Unión, por el ascendiente que tenía sobre ellos, y por la influencia que podía ejercer en el ánimo de los indecisos.

Esto explica el *porqué* usaba en sus cartas: «Conmigo está mi compadre Juan Antonio, ó yo ya estoy reunido á mi compadre don Juan Antonio Lavalleja, que con una fuerza de valer y ordenada se ha puesto bajo mis órdenes.»

El 27 de Mayo convoca Lavalleja á los pueblos libres, para elegir un ciudadano por cada Departamento, y constituir el Gobierno Provisorio. El 14 de Junio quedó instalado en la Florida, y su primer acto fué conferir provisionalmente el grado de Brigadier á Lavalleja, nombrándolo General en Jefe de la Provincia, y al Brigadier Rivera Inspector General de armas.

Las fuerzas imperiales de Río Grande pisaban ya territorio oriental. Rivera marchó á descubrirlas.

Se encontró impensadamente con la división de Bentos Manuel por las alturas del Aguila, sufriendo un contraste en la dispersión de su fuerza, que le obligó á retirarse al Perdido.

El 21 de Setiembre, á las 8 de la noche, se pone en marcha desde el Perdido, con parte de la división que tenía á sus órdenes, con dirección á Mercedes. Al amanecer del 22, á pesar del tiempo lluvioso, estaba sobre el Río Negro en el Paso de Valdés. El 24, ordena al coronel don Andrés Latorre, jefe entonces del Regimiento de Dragones de la Unión, que llame la atención del enemigo en Mercedes, amagándolo hostilmente, mientras Rivera sorprende las guardias enemigas en el Rincón, ataca con resolución la tropa que custodia las caballadas, ganados y demás que se hallaba en aquel depósito, haciéndola prisionera y quedando dueño del campo con cuanto encerraba.

Las fuerzas del general Abreu, en Mercedes, sorprendidas con aquel acontecimiento inesperado, no se atrevieron á hacer el menor movimiento.

Rivera había destinado algunas partidas á la recogida de la caballada y en circunstancias de ir á emprender la salida del Rincón, cuya boca estaba zanjada, recibe aviso de sus bomberos de que la columna del coronel Jardín, fuerte de 700 hombres, estaba inmediata á la boca, y pocos momentos después, de que ya había avanzado al interior.

Ni uno ni otro jefe estaban prevenidos de aquel encuentro, pero el peligro de los patriotas al mando de Rivera era positivo. Venían á encontrarse encerrados en el Rincón, teniendo á su frente la columna de Jardín, y á su izquierda la de Abreu, en la margen opuesta del Río Negro.

Rivera no se turba. Tiene confianza en los bravos que comanda y sabe afrontar el peligro con serenidad y valor. Reune sus partidas y espera animoso la aproximación del enemigo. Éste se deja ver en tres divisiones, y en esa posición avanza viniendo Mena Barreto al frente de la primera. Rivera manda cargarlo, llevando la confusión y la derrota más completa á sus filas, y á todo el resto de las fuerzas de Jardín, baciéndole 200 prisioneros y causándole muchos muertos y heridos, tomándole armamento y municiones y 8000 caballos, obligándole á retroceder en dispersión al centro de la campaña.

Pocos días después, regresaba el vencedor del Rincón al Cuartel General con sus fuerzas victoriosas, en circunstancias que el enemigo concertaba un nuevo plan para tentar fortuna sobre las legiones libertadoras.

En el Pintado se revistó el ejército patrio, en que formaron mas de dos mil hombres decididos. Cúpole en esa ocasión al general Rivera el honor de revistarlo y proclamarlo, manifestando las tropas un entusiasmo subido.

Con ese estado de ánimo, el 12 de Octubre se da la batalla del Sarandí, en que las armas republicanas se cubren de gloria.

Rivera estaba campado en la Orqueta del Sarandí. En la noche del 11 marchó Lavalleja buscando su incorporación, haciendo que el coronel don Manuel Oribe se le reuniese esa noche en el camino. Al amanecer llegaron al Sarandí; en esos momentos dieron parte las descubiertas que los enemigos se hallaban á distancia de una legua, en marcha y en dirección á aquel punto. Dos horas después ambos ejércitos estaban uno frente al otro. Verse y chocarse fué obra de un momento, sin dar tiempo á la división del general Lavalleja á concluir de mudar caballos. En una y otra línea no procedió otra maniobra que la carga, siendo ésta la mas formidable que pueda imaginarse. Los enemigos dieron la suya á vivo fuego. Las tropas orientales la resistieron con serenidad imperturbable, llevándose una impetuosa carga, *sable en mano y carabina á la espalda*, que había sido la orden dada al ejército por el general Lavalleja, arrollando al enemigo que derrotaron y persiguieron por más de dos leguas, hasta ponerlo en la fuga y dispersión más completa.

El general Rivera mandaba la izquierda de la línea, y el enemigo, que desplegó en batalla al acercarse, destinó su mejor tropa á batir la columna de Rivera.

Señaladísima parte cupo al general Rivera en esta victoria y así lo reconoció el general en Jefe recomendándolo en el parte dirigido al día siguiente desde el Durazno, al comisionado del Gobierno Provisorio en Buenos Aires.

La importancia moral y material del triunfo fué inmensa, y en Buenos Aires celebróse como aquí con frenético entusiasmo. Fué el triunfo del Sarandí el que dió origen á la ley sancio-

(2) Referencias del General Rivera al autor, hechas en 1946.



nada el 25 de Octubre por el Congreso, declarando incorporada la Provincia Oriental á las demás de la Unión del Río de la Plata, y admitiendo en él á sus diputados.

Los imperiales pusieron á precio la cabeza del general Rivera, como en otra época el Directorio de Posadas había puesto la del General Artigas. Se ofrecieron cuatro contos de reis (2,000 \$) por la cabeza de Rivera y tres contos de reis (1,500 \$) por la de Lavalleja.

El 26 de Diciembre pasó el Uruguay un ejército de observación al mando del general Martín Rodríguez, y poco después se ordenó al general Lavalleja el envío de sus mejores fuerzas al ejército argentino. Las tropas orientales empezaban á fraccionarse y á los hijos del país se destinaban á diferentes cuerpos del ejército.

Rivera, sobradamente perspicaz, veía en esta medida un fin político de mal agüero, una tendencia marcada á dislocar los elementos orientales, que respondería á ulteriores miras de dominación. De estas vistas y de otras cuestiones que surgieron provino un serio y lamentable desacuerdo con el general Lavalleja y la consiguiente rivalidad entre ambos jefes superiores, que tanto debía influir con el tiempo, en los sucesos de la guerra y en la desunión de los defensores de la patria.

El Gobierno Argentino decretó la prisión de Rivera y libró órdenes para perseguirlo, infamándole con la nota de traidor.

Rivera, con ánimo varonil, afronta los riesgos, y acompañado de algunos de sus leales subalternos, llega á Santa-Fé y se presenta al Gobernador López, en quien encuentra protección. Cruza entonces por su mente la idea gigante de lanzarse á la campaña de Misiones. Protegido por López reúne unos sesenta hombres, atraviesa el Entre-Ríos, pasa el Uruguay y emprende con aquel puñado de bravos aquella empresa temeraria.

El 21 de Abril llega Rivera á la costa del Ibicuy, encontrando del lado opuesto una considerable fuerza imperial guardando el paso. Ordena al Capitán Caballero que con 80 hombres *con los sables en la cintura y las pistolas atadas en la cabeza* lo pasen á nado, protegidos por el cabo Manuel Gallego, que, con tres soldados, pasaba en una pequeña canoa. Caballero poniendo el pie en tierra, carga al enemigo, lo vence y persigue como una legua, dejando muertos al Comandante y 19 soldados, y tomándoles 23 prisioneros.

Poco después pasaba el general Rivera con el resto de sus bravos, en circunstancias que otra fuerza imperial se aproximaba á disputarle el terreno.

En esos momentos llegaba también el coronel Oribe con su división á la margen del río, en persecución de Rivera. En tan crítica situación, éste se vale de una astucia para rendir al brasilero. Le hace entender que su gente era la vanguardia del ejército republicano, y que las fuerzas de Oribe que aparecían del otro lado del río, hacían parte de él, y era inútil la resistencia. El jefe imperialista lo cree y se somete á Rivera.

El coronel Oribe se detiene ante el aparato de aquella fuerza, ignorando la estratagema de Rivera, y no se atreve á abordar el pasaje del río, poniéndose en retirada.

Rivera continúa sus operaciones, desplegando todos los recursos de su genio, valor y actividad, y en poco más de 20 días se enseñoorea de la Provincia de Misiones, remontando sus fuerzas, haciendo porción de prisioneros y apoderándose de armamento, municiones y otros trofeos de su espléndida victoria.

Con este triunfo de las armas de la patria, de gran trascendencia, contestaba elocuentemente á la nota de *traidor* y á la persecución de sus enemigos.

Avanzó hasta la Cruz Alta en persecución del Gobernador Alencastre, que se retiraba con 300 hombres á la Sierra de San Martín, empleando en esta persecución cinco días con sus noches, de marcha, faltos de alimentos, á punto de tener que hacer carrear caballos para mantener su tropa.

En uno de los vehículos tomados á Alencastre, se encontraron 5,500 patacones y 600 pesos cobre. El general dispuso su reparto entre la tropa, destinando 8 pesos á cada soldado, 9 á los cabos y 10 á los sargentos. La oficialidad, con desprendimiento patriótico, renunció á la parte que pudiera tocarle, en beneficio de la tropa.

La toma de Misiones era un gran suceso para la República y una señaladísima victoria, que inmediatamente comunicó al Gobierno Provisorio, olvidando las ofensas recibidas; pero los chasques conductores de las comunicaciones fueron tomados y fusilados por el coronel Oribe.

El 16 de Mayo, desde Haun, costa del Ibicuy, le dirigió el parte detallado, siendo portador de él su ayudante don José Augusto Possolo, llevando como trofeo de la victoria un estandarte imperial para presentarlo al Gobierno.

La victoria de Misiones se celebró en Buenos Aires con demostraciones de regocijo, empezando desde luego á operarse un cambio en la opinión, enteramente favorable al general Rivera.

Continuó Rivera al frente del ejército del Norte; cambió las autoridades de los pueblos de Misiones, remontó su ejército con el alistamiento de 1,700 indios misioneros y se preparó para todas las contingencias de la guerra.

En estas circunstancias tuvo lugar el ajuste de la Convención de Paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, con la mediación de S. M. B. El 27 de Agosto se firmó la Convención. Ratificada en Setiembre, se canjearon el 4 de Octubre en Montevideo las ratificaciones. La soberanía del Estado Oriental estaba reconocida; su independencia perfecta y absoluta, conquistada. La antigua provincia se desligaba de las que formaban las Unidas del Río de la Plata, para tomar el rango de Nación y colocarse al nivel de las demás Repúblicas del continente.

En Setiembre del año 29 Rivera fué llamado á desempeñar las funciones de Ministro del Gobierno Provisorio, cuya cartera ocupó hasta Enero del año 30. En el corto período de su Ministerio autorizó algunas disposiciones importantes de organización; el establecimiento del Registro Estadístico, la creación de la Junta de Higiene, la de una Comisión Protectora de Indígenas, la de la primer escuela pública de niñas en la capital, y el inventario de todos los archivos del Estado. El estímulo á la juventud estudiosa, premiando la virtud y honrando el talento, fué uno de los objetos que merecieron su atención y de que dejó testimonio.

Descendió del Ministerio, para ir á prestar sus servicios, ocupando la Comandancia de Armas del Estado.

En ese cargo lo encontraron los sucesos de Abril de ese año, cuando el general Rondeau, Gobernador Provisorio del Estado, tuvo que trasmitir el mando al general Lavalleja.

Treinta días después de efectuada esta transacción, se juraba la Constitución de la República, saludándola el mundo por primera vez, como Nación independiente y constituida.

Se procedió á la libre elección de sus primeros Poderes Constitucionales y el voto de la Asamblea elevó al general Rivera á la primera Presidencia Constitucional.

Hizo en ella un gobierno liberal, tolerante é ilustrado, haciendo prácticas las instituciones y respetando las formas y los derechos tutelares del sistema representativo republicano. El país empezó á prosperar bajo el suave imperio de la libertad y del orden. El progreso moral y material tomaba creces, el comercio aumentaba y la inmigración extranjera empezaba á afluir al nuevo Estado.

El Presidente Rivera tenía por consejeros á las primeras ilustraciones del país, á ciudadanos de lo más honorable por su posición, saber y antecedentes, é inspirándose en sus consejos y experiencia, imprimía á su marcha gubernativa el sello de la tolerancia ilustrada y el respeto á las instituciones juradas.

Desgraciadamente, en 1832, se produjeron movimientos subversivos del orden público, trastornando profundamente la marcha regular del país y encendiendo la guerra civil, que no podía dejar de imponerle dolorosos sacrificios.

Se empezó por sublevar los restos de la indiada que existía en la campaña, y el 11 de Abril de 1831 cada víctima de su arrojo para dominarla, el bizarro oficial del Regimiento 2, D. Máximo Obes. El 15 de Junio sucumbían heroicamente, luchando contra los que capitaneaba Tacuabé, en el Curarey, el bravo coronel D. Bernabé Rivera, el comandante Bazán y el mayor Viera.

Irritado con aquellos sucesos inesperados, marchó en persona



el Presidente Rivera, a someter y castigar la tribu alzada, exterminándola casi por completo en Salsipuedes, y concluyendo con sus restos en el Cuareim el comandante don Ventura Coronel.

Eran los preludios de la revolución que venía a poner en riesgo las instituciones, y escribir con la punta del acero fraticida la primera página de la guerra civil, después de constituida la República.

En la noche del 29 de Junio se pronunció en el Durazno una insurrección militar, encabezada por el capitán Santana, atentando contra la vida del Presidente Rivera, que se hallaba indispuerto en cama y que salvó providencialmente con su fiel Yuca y su ayudante Cabral, arrojándose por una ventana, saltando en pelos en uno de sus caballos y lanzándose al correntoso Yí, que cruzó a nado hasta ponerse en la orilla opuesta, donde tenía acampada alguna gente.

En el momento empezó a tomar sus medidas. La noticia llegó a Montevideo al anochecer del día siguiente. El Gobierno, ocupado a la sazón por el honorable ciudadano don Luis Eduardo Perez, Presidente del Senado, rindiendo culto a las formas constitucionales, se dirigió a la Comisión Permanente, solicitando su aquiescencia para suspender momentáneamente las garantías individuales y proceder al arresto de los jefes visibles de la conspiración.

En ese estado, se produjo el movimiento de 3 de Julio en la capital, encabezado por el coronel Garzón, poniéndose a la cabeza de la fuerza de la guarnición sublevada, unos 140 hombres, que desconociendo toda otra autoridad que no fuese la del general Lavalleja, exigían para éste el mando del ejército.

Por obra de la coacción y la violencia, fué dimitido el Ministro General don Santiago Vázquez, disuelta la Asamblea por la dispersión de sus miembros y suspendido en sus funciones el Vice-presidente del Estado.

Rivera reunía elementos en campaña para dominar la situación. Lavalleja se pronunciaba por la revolución, y la patria sufría en su crédito y existencia. El 5 de Agosto se operó la reacción en la tropa de la capital, y con la aproximación a ella del Presidente Rivera, con una fuerza de 1.400 hombres, la legítima autoridad quedó restablecida.

Las fuerzas revolucionarias en campaña fueron batidas y derrotadas en Tupambay, y pocos días después, «nuestras tropas» presenciaban, sobre el Yaguaron, el triste espectáculo que «ofrecía la inmigración del general Lavalleja, acompañado de un puñado de orientales.»

Rivera, por ministerio de la ley, había descendido de la primera magistratura, para confundirse con el pueblo como ciudadano. El Gobierno que le sucedió quiso honrarlo y distinguirlo, nombrándolo Comandante General de Campaña.

Algunos días después, le decretó una *espada de honor*, como un testimonio de la consideración que le habían merecido sus servicios.

A su turno, la Asamblea, en sesiones extraordinarias, le discernió un premio por sus eminentes servicios a la independencia, a la libertad y a las instituciones del país.

El 1.º de Marzo de 1835 debía elegirse el 2.º Presidente Constitucional.

El General Rivera, contra la opinión de muchos de sus amigos y de algunos de sus consejeros, empeñó su influencia y sus esfuerzos a que la elección respondiese a la candidatura del general don Manuel Oribe.

«El General Rivera quiso honrar el amor a las instituciones en la persona de su enemigo personal, y creyó que era digno de elevarse al alto rango social, el que tanto se había levantado a sus ojos sobre mezquinas pasiones y odios personales.»

La revolución ocurrida en la Provincia de Rio Grande del Sud vino a ser un tópico de serias divergencias entre el Presidente Oribe, colocando ya por desgracia bajo la influencia funesta de Rosas, y el general Rivera, que se consideraba con títulos para ser oído.

Rosas se declaró inmediatea y abiertamente contra uno de los

partidos orientales en lucha, interviniendo en sus cuestiones domésticas, con mengua de la independencia de la República Oriental. Decretó, el 1.º de Agosto, penas bárbaras contra los que hubiesen tomado parte en la revolución o cooperasen a ella y anunció por nota-circular del 2 de Agosto, estar resuelto a prestar toda clase de cooperación y auxilios al Gobierno del Presidente Oribe, contra Rivera y los *pérfidos unitarios*.

Después de estos precedentes, un decreto del Gobierno del Presidente Oribe, expedido el 5 de Agosto, declaró al general Rivera, traidor, depuesto de sus empleos y honores, y puesto fuera de la ley, haciéndolo extensivo al general Lavalle y a los que siguiesen las banderas del caudillo.

El país estaba en plena guerra civil, y las armas de los bandos en lucha, iban a decidir la contienda.

En los campos de Carpintería se batieron las fuerzas contendientes el 19 de Setiembre del 36. La victoria, sin ser decisiva, quedó por las del Gobierno. Días después, el 11 de Octubre, defecionó el coronel Raña con la más fuerte división del ejército de Rivera, y este nuevo e inesperado contraste lo decidió a abandonar el país, emigrando con el resto de sus fuerzas al Rio Grande.

A principios de Octubre, se lanzó Rivera con algunos elementos reunidos en la frontera, a probar fortuna en una nueva campaña.

El 4 de Octubre, sus avanzadas se escopetearon en las puntas del Cuaró, con las del primer cuerpo de ejército del Presidente Oribe.

Oribe se puso en marcha para el Arapey, con el cuerpo de ejército a sus inmediatas órdenes. El 22 de Octubre se encontró con el de Rivera en el Yucutujá, donde se batieron, siendo completamente disperso el que comandaba Oribe.

A este lance siguió, días después, el combate del Yí, favorable a las armas del Gobierno. Rivera, astuto y hábil caudillo, para neutralizar el efecto de ese contraste, burló por medio de hábiles y activísimas maniobras, al ejército de Oribe, atrayéndolo al norte del Río Negro. Allí lo entretuvo y lo desorientó tan completamente, que, desapareciendo en una noche de su vista, marchó sobre la capital, mientras el enemigo le buscaba en dirección a Paysandú, y el 24 de Enero aparecía con una columna respetable en los suburbios de Montevideo, dejando a todos sorprendidos.

Libróse el 16 de Junio la reñida acción del Palmar, completamente adversa a las armas del Gobierno, quedando reducido el poder de éste a las plazas de Montevideo y Paysandú.

Bajo el influjo de aquel serio contraste, la Asamblea General resolvió, en sesión de 9 de Julio, abrir negociaciones pacíficas con el jefe de los disidentes.

En esa situación, el Presidente Oribe se resolvió a ceder poniendo término a la contienda.

En consecuencia, se dirigió el 23 a la Asamblea, diciendo: «convencido el Presidente de la República de que su permanencia en el mando, es el único obstáculo que se presenta para volver a la misma la quietud y tranquilidad de que tanto necesita, viene ante V. H. a resignar la autoridad que, como órganos de la Nación, le habéis confiado.»

El Cuerpo legislativo, por sanción del 24, admitió la renuncia.

Don Carlos Anaya, Presidente a la sazón del Senado, elevó su renuncia de senador, y el Senado eligió a don Gabriel Antonio Pereira, Presidente, en cuyo carácter se recibió del Gobierno, nombrando interinamente al señor don Alejandro Chucarro, Ministro General.

La protesta hecha por el ex-Presidente Oribe, cediendo a las instigaciones de Rosas, contra su descenso del poder, declarando que solo había cedido a la violencia de una facción armada, era una bandera de guerra de que Rosas se servía para hacerla de hecho al Estado Oriental.

Ante esta perspectiva, se decidió Rivera a asumir ante el país y el juicio de la historia, la actitud tomada el 11 de Noviembre, como gobierno dictatorial.

El 1.º de Marzo del año 39, la Asamblea eligió nuevamente al general Rivera Presidente de la República y a mediados de Junio vino a ocupar el Gobierno. Se hallaba en la capital cuando



fué invadido el territorio por el ejército de Rosas, al mando de Echagüe é inmediatamente marchó á campaña á ponerse al frente del ejército de operaciones. En esa época el general Lavalle salía de Montevideo para Martín García con el designio de lanzarse al Entre-Ríos.

El ejército de Echagüe se internó hasta Cagancha, en cuyos campos se libró la reñida batalla que se conoce con ese nombre.

La victoria coronó las armas de la República acreditando Rivera en ese lance el valor y la serenidad que le distinguían en los peligros.

El ejército de Echagüe constaba de 5 mil hombres de las tres armas. El de Rivera estaba volteando reses cuando se tuvo aviso que el enemigo montaba á caballo. A las 10 y media de la mañana, empezó la batalla. Ambos contendientes pelearon con bravura; pero antes de dos horas, el enemigo estaba vencido, dejando en poder del vencedor multitud de prisioneros, armas, municiones, bagaje y su imprenta de campaña. Rivera en persona marchó con una columna de 600 caballos y una batería en su persecución, hasta el Paso del Rey, en el San José.

El 8 de Enero de 1840 llegaba el general Rivera al Miguelete, para volver de nuevo á campaña, completando en pocos días la pacificación del territorio.

El contraste sufrido más tarde por Rivera en Arroyo Grande, el 6 de Diciembre, trajo la invasión al territorio oriental por el ejército de vanguardia de la Confederación Argentina, al mando del general Oribe.

Pasó el Uruguay en número de 8 mil hombres de las tres armas á últimos de Diciembre, y el 16 de Febrero siguiente, establecía sus reales en el Cerrito, frente á Montevideo, cuya ciudad se preparaba á la heroica defensa que sostuvo por más de 8 años.

El 1.º de Marzo de ese año cesó Rivera en la Presidencia Constitucional, quedando de general en jefe del ejército de operaciones, que continuó con varia fortuna hasta la desgraciada batalla de India Muerta en que su ejército fué completamente derrotado.

Ese reciente desastre sirvió de pretexto para desprestigiar á Rivera. Entre sus mismos partidarios de la vispera se formó un partido que le era adverso, y su eliminación de la escena entraba en sus propósitos para allanar el camino á futuras ambiciones.

Rivera estaba detenido en la corte de Río Janeiro. El Gobierno de Montevideo, por intermedio de su agente público, reclamaba su libertad, pero acordando mantenerlo *alejado del país* temporalmente. La Comisión Permanente no participaba de esta última disposición, y el Gobierno, dando un nuevo giro á su política, resolvió el cese del general Rivera en la dirección de la guerra, nombrando al general Medina, general en jefe del ejército de operaciones en campaña.

El 10 de Agosto de 1845 quedó acordado que la persona del general Rivera no regresase al territorio de la República, sin permiso expreso del Gobierno.

Lo que debió sufrir su espíritu con esta medida, que importaba el destierro, fácil es de comprenderse.

Separado del teatro de los sucesos, se le nombró con fecha 1.º de Enero de 1846, Ministro Plenipotenciario cerca del Paraguay, pero con la expresa condición de que debería hacer su tránsito por el territorio brasilero, previniéndosele que si no podía obtener permiso para verificarlo, diese cuenta al Gobierno.

Usando de este carácter, obtuvo sus pasaportes, disponiéndose á venir á Montevideo, y en la última quincena de Marzo llegó á la rada trasbordándose de la embarcación que lo condujo á la corbeta *Perla*, de la estación de S. M. C. Desde allí solicitó una conferencia con los Ministros interventores, que no le fué concedida, y sus partidarios empezaron á agitarse en la ciudad, interesados en que se permitiese su desembarco, representando en este mismo sentido á los Ministros interventores. Á su turno, el general Pacheco y Obes, jefe de armas y decidido opositor á las pretensiones de Rivera, desplegaba toda su actividad y energía para impedir que pudiese cederse de la resolución adoptada.

La división era honda y el malestar general.

El coronel Thibreau, jefe de la Legión francesa, se manifestaba adicto al general Rivera.

Rivera, después de habérsele comunicado la resolución que le impedía el desembarque, pidió por medio del Ministro Muñoz que se le concediesen algunos días para arreglar sus asuntos particulares y que se retiraría del país. Se estaba sobre un volcán y no dilató su erupción.

En la noche del 1.º de Abril estalló la revolución, pronunciándose parte de las tropas en su favor. El movimiento se hizo general y á pesar de los esfuerzos del general Pacheco por sofocarlo, la revolución quedó triunfante, venciendo donde intentaron resistirla.

Por fin, la fuerza de los acontecimientos, como queda dicho, determinó la dimisión del Ministerio y la retirada del general Pacheco y Obes de la escena. Se organizó un nuevo Ministerio, haciendo parte de él don Francisco Magariños y el coronel don José Antonio Costa, y el general Rivera bajó á tierra, presentándose al Gobierno, que le confirió el comando en jefe del ejército de la capital.

Después de estos sucesos, Rivera se contrajo á emprender operaciones sobre el Uruguay, confiando su ejecución á jefes de su confianza. Los resultados correspondieron á sus esperanzas. Bajo su influencia la confianza renació, y el comercio y las rentas aduaneras recibieron impulso.

Los afectos al general Rivera se propusieron introducir en la gerarquía militar el *Mariscalato*, expresamente para él, para halagar su vanidad y distinguirlo de su rival el general Pacheco.

Se presentó el proyecto á la Asamblea de Notables. Se tocó la prensa para que lo apoyase. El proyecto pasó, el 25 de Septiembre, elevando al general Rivera á la categoría de gran Mariscal, *título único* en su clase, señalándole el sueldo que debía disfrutar y el uniforme que debía usar.

El agraciado, por un rasgo de abnegación patriótica, declinó la distinción honrosa que se le ofrecía, rogando al Gobierno, en nota del 15 de Octubre, suspendiese el curso de este negocio, haciendo extensiva la petición á la Asamblea de Notables.

Entonces se resuelve su marcha á campaña, á ponerse al frente del ejército de operaciones, y la emprende llevando algunas fuerzas de la capital. En esa situación, el Gobierno inicia una negociación con el general Urquiza Gobernador de Entre-Ríos, para obtener la cesación de la guerra. El general Rivera no lo ignoraba, pero la fatalidad lo inspiró á llevar intempestivamente el ataque á Paysandú, respondiendo á otros propósitos. Todo fracasó, renunciando Urquiza á continuar los trabajos pendientes, que acaso habrían anticipado cinco años el término de la lucha. Después de aquel suceso vinieron varios contrastes, y la audaz cruzada de Rivera con tres escuadrones de un extremo á otro de la campaña, dominada por el enemigo, hasta aparecer en el Departamento de Maldonado.

Fué ésta, en opinión de los entendidos, una de las operaciones más hábiles, arriesgadas y valientes, ejecutada por aquel jefe desde Yaguari, cuando la estrella de su larga carrera empaldecía. Con el resto de las fuerzas salvadas de los contrastes del último ejército puesto á sus órdenes, ocupó á Maldonado, para salir de allí nuevamente á sufrir las amarguras del destierro.

Exigía nuevos elementos para emprender operaciones. El gobierno de la defensa los rehusaba, receloso de aventurarlos, para que tuviesen un fin tan desgraciado como los anteriores.

De esta resistencia se originaron tristes y graves desavenencias, cargos recíprocos y hostilidades, cuyo desenlace vamos á tocar.

En Setiembre de 1847 escribía Rivera al Presidente Suarez informándole que había iniciado negociaciones de paz con Oribe.

A consecuencia de esa carta, y sin conocer el gobierno los términos de las negociaciones, acordó la destitución y destierro de Rivera.

En la noche del 4 zarpaba del puerto de Montevideo para el de Maldonado el *Maypú*, llevando á su bordo al Ministro de la Guerra y al Coronel Tajés con 160 hombres de su cuerpo, para hacer efectiva la orden del Gobierno.

En la tarde del día siguiente bajaron á tierra, entregando al General la orden de separación del mando de las fuerzas de la



guarnición. El general contestó que estaba pronto á obedecer, y á las 8 de la noche transcribía la orden á su Gefe de Estado Mayor, para que se encargase del mando y lo hiciese saber en la orden general del día siguiente. Llenada la primera parte de la comisión, restaba la segunda, que era hacerlo embarcar en el *Maypú* con destino á Santa Catalina. Al día siguiente se comisionó al Coronel Tajés para que le comunicase la orden de embarque, con prevención que debía efectuarlo dentro de una hora, y que al desembarcar en el punto de su confinación, recibiría 1.500 patrones, importe del primer trimestre de la pensión mensual de 600 \$ que se le asignaba para su subsistencia.

En los momentos de presentarse el coronel Tajés en el alojamiento del general, se encontraba allí el comandante del vapor francés *L'Chimère*. El general invocó su protección, rehusándose á embarcarse en el *Maypú*. En último resultado, el comandante de *L'Chimère* se constituyó garante de que el general, llevado á su bordo, emprendería viaje á la mayor brevedad. Así lo efectuó, y en el ocaso de la vida, después de más de 30 años de servicios á la patria, el que había representado en altos puestos á la nación, marchaba al destierro, «sin ser un criminal convicto», según la propia declaración del gobierno que se lo impuso.

Permaneció desterrado por más de 4 años, sufriendo resignado en Río Janeiro, todos los sinsabores de su situación, y en Febrero del 51 se le confinó á la fortaleza de Santa Cruz, donde se le mantuvo un año próximamente.

Los acontecimientos de ese año, en que cupo tanta parte y tanta gloria al general Urquiza, Gobernador de la Provincia de Entre Ríos, pusieron término á la guerra, con el pacto del 8 de Octubre. La paz, bajo la fórmula *ni vencidos ni vencedores*, que desde antes de esa fecha no era extraña á los sentimientos y propósitos de los hombres de la defensa de Montevideo, reunió á todos los orientales bajo la bandera de la patria, dejando salvada su independencia y libertad.

Ella debía poner término también á la expatriación del general Rivera, pero no fué así, á pesar de haberse levantado su destierro el 30 de Octubre del mismo año 51.

Continuó confinado en la fortaleza de Santa Cruz, á pesar de sus reclamos y protestas, hasta el año 52, después de la caída de Rosas, y de haberse procedido á la elección del Presidente de la República.

Su retención era un misterio, que no podía responder sino á un acuerdo reservado entre ambos Gobierno, y á ese respecto decía el general en carta dirigida á su biógrafo desde la fortaleza:

«De conformidad con el Gobierno Imperial, es asunto convenido y sellado. Confío en mi justicia, y si no me matan y me dejan volver á mi país, iré á contarles á los viejos como yo, lo que quiere decir libertad y principios regulares.

Por fin consiguió mejorar su situación, con el término de su encierro en la fortaleza de Santa Cruz, pasando á vivir en la ciudad de Río Janeiro.

Allí se vió con el general Pacheco y Otes á su regreso de Europa, reconciliándose los adversarios de la víspera y estrechando los vínculos antiguos de amistad é inteligencia.

Al cabo de algunos meses, tras tantas vicisitudes y amarguras, obtuvo su pasaporte en Río Janeiro, y se dirigió libremente á la provincia de Río Grande del Sud, con la idea de hacerse de algunos recursos, para de allí pasar á su país.

Quebrantado por una dolencia continuada, se hallaba en la ciudad de Yaguarón en Julio del año 53, cuando se produjo en Montevideo el conflicto del 18 de Julio. El 24 se tuvieron noticias de él en aquel punto. Rivera se hallaba convaleciendo de una grave enfermedad de ahogos, y á pesar del estado delicado de su salud, se trasladó inmediatamente al Paso de las Piedras, con objeto de influir en cuanto le fuese dado, en evitar la guerra civil que amenazaba, poniéndose á disposición del Gobierno, que presidía entonces el señor Giró.

Poco después, en Setiembre inmediato, se produjeron en la capital los lamentables sucesos que trajeron el descenso violento del Gobierno Constitucional, y como consecuencia, en vez de sucederlo el Presidente del Senado, se nombró un Gobierno Provisorio compuesto de un triunvirato.

El general Rivera fué nombrado uno de sus miembros para componerlo; pero el estado de su salud no le permitió venir á ocupar su puesto inmediatamente.

El general Lavalleja, miembro del triunvirato que acababa de instalarse, mandó á su hijo Constantino cerca de Rivera para significarle sus disposiciones y sentimientos, y el deseo de que viniese á ocupar su puesto en el Gobierno de que hacía parte.

Rivera, á pesar del delicado estado de su salud, se dispuso á activar su viaje á la capital, encontrándose en el Departamento del Cerro-Largo. Venía en marcha, escoltado por Brígido Silveira, cuando de este lado del arroyo de los Conventos le sobrevino un ataque mortal, que lo postró completamente, teniendo que alojarse en casa del vecino don Bartolo Silva, donde se le prestó toda asistencia posible, rodeando su lecho con profundo desconsuelo algunos de sus antiguos y fieles compañeros.

No tardó en llegar á Montevideo la triste y alarmante nueva del gravísimo estado del general, y se trató en el momento, con la solicitud consiguiente, de ocurrir en su auxilio. Pero todo fué en vano para salvarlo.—La enfermedad era mortal.

La luz de aquella existencia tan trabajada por los sufrimientos físicos y morales, se extinguía por instantes, hasta que en la mañana del 13 de Enero de 1854 expiró en brazos de algunos de sus leales servidores.

El coronel Brígido Silveira comunicó la noticia oficialmente por medio de esta nota:

«Excmo. Sr. Comandante General de campaña, don Venancio Flores.

Hoy á las 6 y 10 minutos de la mañana dejó de existir el señor Brigadier General, primer miembro del Gobierno de la República, don Fructuoso Rivera, bajo las órdenes inmediatas de quien me hallaba; y estando las fuerzas que tengo el honor de mandar, á la disposición del Gobierno, me dirijo á V. E. para que disponga de ellas, ordenándome lo que tenga que hacer á fin de llenar mi deber.

Conventos, 13 de Enero de 1854.

Brígido Silveira.»

El Gobierno dispuso que marchase en el acto el Coronel Freire con instrucciones para el caso.

El Coronel Silveira se había anticipado á la orden del Gobierno, para embalsamar el cadáver; pero no siendo posible efectuarlo se mandó inmediatamente á Melo á construir un cajón de madera y otro de zinc para colocar el cuerpo del finado entre alcohol, que se trajo de la misma villa, practicando esa operación los facultativos Maestre y Navarrete. Verificado eso, se acomodó el féretro en un vehículo para transportarlo á la capital, escoltado por una fuerza al mando del oficial G. Carabajal.

El 19 llegaban á Toledo con el féretro.

En esa misma fecha el gobierno Provisorio dispuso lo necesario para sus exequias, decretándole los honores fúnebres correspondientes á su gerarquía militar y á sus dilatados y distinguidos servicios á la patria.

El decreto expedido, firmado por el coronel Flores, miembro del Gobierno Provisorio, y por sus Ministros don Juan José Aguiar, General don Enrique Martínez y don José Antonio Zubillaga, contenía las disposiciones siguientes:

1.º Se construirá á expensas del tesoro público un sepulcro al General Rivera en la iglesia Matriz, donde será sepultado.

2.º Después de escrito en él su nombre, sus títulos y el día de su fallecimiento, se grabará la siguiente inscripción: *El pueblo Oriental á su perpétuo defensor.*

3.º En la parte lateral de la derecha se inscribirán estas palabras: *Sirvió á la Patria, ganó diferentes batallas, consagró toda su vida á la Patria y murió sin dejar fortuna.* Y en la de la izquierda se pondrá: *Desempeñó la primera Presidencia constitucional desde el año de 1830; la tercera desde el año 1839. Mandó siempre en jefe los ejércitos de la República y falleció siendo miembro del Gobierno Provisorio.*

4.º Se declarará día de duelo para la nación el aniversario del fallecimiento del General Rivera.

5.º Se ordena luto oficial por 15 días y cerramiento de las





oficinas públicas y espectáculos públicos el día de sus exequias.

6.º El Gobierno dirigirá una carta de pésame á su familia, y Comisiones especiales de las demás corporaciones le harán una demostración sentimental.

7.º Las tropas de línea y Guardia Nacional formarán desde el pórtico de la Iglesia Matriz hasta la plaza Cagancha. El batallón 3.º de Cazadores y 40 hombres de caballería al mando del Teniente coronel don Eduardo Escola, formarán su escolta. El general don César Díaz, mandará la formación.»

En el día designado se efectuó su entierro, dándosele sepultura en la Iglesia Matriz en la nave lateral de la izquierda entre los altares de la Pura y limpia y los Santos Patronos, donde descansan sus restos mortales, pero sin que hasta ahora *inscripción alguna indique el lugar de su descanso*, á pesar del Decreto transcripto.

La espada del benemérito General Rivera, que llevó con honra en la lucha de la independencia y libertad de la República, se halla depositada en el Museo Nacional, á que fué donada por su señora esposa.

## RIVERA

**L**a desigualdad de criterio para juzgar á las personalidades históricas, el especial aborrecimiento y el tesón para fustigar á una determinada, son fenómenos tan deplorables como constantes en las obras de los escritores de bandería. Nada más disgustante que esos terribles fallos de la ofuscación partidista, que llega con toda frecuencia y sin ningún escrúpulo á confundir en una misma línea á los beneméritos defensores de la humanidad ó de la patria con los más despreciables é ignominiosos caracteres de todas las subversiones sociales y políticas.

Cuando el ataque contra una individualidad veneranda es llevado, durante su vida, por sus contemporáneos, la agrura de los más acerbos juicios se disimula, atribuidos como son entonces á quién sabe qué infinitos, exagerados é inaparentes motivos que es posible murmuren en el seno ardoroso de esta contienda permanente en que nos agitamos, contienda de ideas, de intereses y de afectos. Pero si los fallos se pronuncian en una época alejada del momento en que los hechos se produjeron, parece que toda moderación es reclamada, y toda prudencia y tolerancia insuficientes, ya por tratarse de hombres que no tienen voz para defenderse, ó porque se supone al escritor ageno á pasiones y animosidades retrospectivas, que no siempre apaga ni sepulta el tiempo con idéntica medida y prefijo compás.

Bien está que los tiranos sufran el castigo de sus culpas en el tormento de la historia; pero ¡qué dolor! que los grandes benefactores de los pueblos sean rebajados hasta el nivel de los réprobos, por razón de los errores imaginarios ó positivos que se les pueda imputar, por faltas que, á más de pertenecer á la mayor parte de sus coetáneos, amontonadas y multiplicadas habrían sido inefi-

caces para destruir la sólida reputación de virtud que esos benefactores merecidamente se granjearon.

Esto decimos á propósito de la memoria del General Fructuoso Rivera, de un tiempo á esta parte y como nunca, fustigada sin reparo por la furia vengativa de sus adversarios póstumos, que, diríase á veces, se sienten retrospectivamente humillados por su gloria, su magnanimidad y su grandeza, cuando nó castigados en los campos de batalla á que acudieron sus ascendientes, librados entonces á todos los vientos de una ambición desenfrenada, que en sus delirios criminales no vacilaba hasta en hundir á la patria.

El General Rivera, esforcémonos en creerlo haciendo honor al progreso intelectual y moral de nuestro país, paga ya sus últimas contribuciones en el tributo obligado que á todos los grandes hombres cobra la difamación pública.—Un porvenir de glorificadora justicia no ha de tardar en avanzar con claridades irresistibles.

Mientras tanto, anticipémonos á expresar que la figura histórica de Rivera es la más alta que se levanta en el escenario político de nuestra nacionalidad.

Fundador de nuestra patria independiente, debémosle los orientales no sólo el nombre libre que llevamos, sino también la organización del Estado y el espíritu de libertad impreso en nuestras instituciones.

En la época originaria de nuestra sociedad nacional, Rivera, como administrador, como político, como diplomático, como militar y como hombre de genio se destaca sobre todos sus contemporáneos, y como caudillo no tiene absolutamente rivales en esta parte de nuestro continente, eclipsando su valor, su constancia, su humanidad y patriotismo, á los que más lucieron en aquellas épocas difíciles y tumultuarias.

Sus vistas de grandeza territorial no se limitaban en el Cuareim y en el Yaguarón.

Habiendo tratado de potencia á potencia con el invasor extranjero como jefe del ejército libertador de Misiones, el General Rivera, á pesar de las concesiones é intrigas de las autoridades de convención entonces existentes en nuestra tierra, arrebató todo el actual departamento de Artigas á la dominación del pueblo limitrofe.—Al bajar con sus orientales hasta el Cuareim, no renunció por eso á los derechos nacionales sobre gran parte del territorio rio-grandense, que dejó pendientes de litigio.

El General Rivera se proponía que los orientales alcanzasen con su soberanía, cuando menos las márgenes del Paraná y del alto Uruguay. Pensaba en una gran nacionalidad, fuerte, libre y próspera, que hubiera acabado para siempre con las mezquinas rivalidades argentino-brasileras y que, haciéndonos de inmediato árbitros del Río de la Plata, hubiese adelantado una solución que en forma semejante ha de venir más tarde á introdu-



cir en la América del Sud un equilibrio internacional definitivo.

*Ni brasileros ni porteños*, fué la divisa de guerra del General Rivera durante las luchas de nuestra independencia,—cosa que no decían todos esos otros personajes inmértitos ó siniestros á quienes la explotación de partido pretende levantar sobre el pavés de los grandes héroes.—En cuanto á Artigas, cualesquiera que sean sus inapreciables é indiscutibles servicios á la autonomía de la provincia oriental, no es posible contarle en el número de los campeones de la independencia patria.

Como soldado de orden, de respeto á la propiedad y á la vida, el General Rivera es un caudillo singularísimo en las luchas del continente.

Carácter franco y noble, lo que no excluía por ningún concepto su astucia y viveza geniales, sabía confiar en los hombres, haciéndose respetar y admirar hasta por sus adversarios á los cuales honró más de una vez con generosísimas distinciones, idolatrar por sus soldados y estimar profundamente por los más esclarecidos hombres políticos que ha contado la República, quienes fueron sus amigos íntimos, sus consejeros privados y sus secretarios de gobierno en los largos años en que, con distinto carácter, dirigió los negocios públicos del Estado.

Hijo genuino de nuestro pueblo, cuyo representante era, no habría jamás abandonado el suelo natal. No tenía carácter para emigrante político, y ni los contrastes de la suerte, ni las desventuras de su vida, ni la ingratitud é injusticia de sus contemporáneos, ni todos los desastres y ruinas amontonados sobre sus más queridos ideales le hubieran hecho volver la cara á su país ni desesperar de su pueblo.

No es el menor elogio que pueda hacerse ante sus manes, decir que empezó á prestar servicios á la patria el año 11, en los primeros levantamientos de insurrección contra el extranjero, y que murió el año 54, ocupándose de los negocios públicos, después de haberse entregado durante todo ese interregno á la más absorbente vida política.

Su índole de hombre de acción la pintan sus innumerables combates de armas que ilustró con múltiples, señaladas y brillantísimas victorias, como la que obtenía, mozo aún, en los campos de Guayabos, mandando en jefe contra el ejército de Dorrego.

Derrotado por la mañana en un encuentro de guerra, no era raro verlo tomar espléndido desquite el mismo día, auxiliado por un prestigio sin ejemplo, con una audacia sin límites, y un entusiasmo y denuedo que hizo temibles las lanzas de sus campeones.

La guerra de recursos fué utilizada más de una vez por el General Rivera, siendo en ella habilísimo; pero su reputación militar no se fundó con ella solamente: dentro y fuera del país dió muestras relevantes del valor de su genio, que triunfó

en gloriosas batallas campales, con inferior número de soldados y calidad de armas.

El General Rivera ha sido, en suma, cualesquiera que sean sus defectos y errores, una personalidad extraordinaria, tan identificada con la suerte y los destinos de nuestro pueblo que no sería posible escribir la historia nacional sin escribir su propia historia, la de sus hazañas militares, sus obras de gobierno, sus propósitos y tendencias políticas.

Rivera ha sido el creador, y, puede decirse haciendo su apología como hombre de principios, es hoy todavía la bandera de un gran partido político: el partido colorado.—Esta es la razón de que su nombre sea aún tan deprimido por ennegrecidos orientales que no saben juzgarlo sino como al adversario triunfante de las viejas contiendas.

No fuese Rivera el fundador de la nacionalidad oriental, y fuera ésta el resultado de cálculos y combinaciones de extraños, como sería fuerza admitirlo si á aquél se despojara de su legítima gloria: Rivera sería todavía, como lo es, la personalidad más grande de nuestro heroico pasado.

El partido colorado, que es el gran partido de libertad en la República, sería más que suficiente para darle, en la gratitud y admiración de las generaciones sucesivas, el lugar preeminente de sus méritos y sacrificios.

El partido de Rivera constituyó durante lustros enteros la resistencia oriental contra el extranjero invasor, habiendo salvado no sólo nuestra independencia de nación ya constituida, sino también la libertad de los pueblos del Plata. Y el partido de Rivera, oscurecido con frecuencia en el gobierno del Estado por círculos y facciones que han explotado sus tradiciones, será sin duda alguna el destinado á salvar una vez más y siempre en este suelo, las instituciones liberales, la democracia popular y las libertades de la patria.

CARLOS TRAVIESO.

13 de Enero de 1894.

## EL PATRIOTA

(RECUERDOS DE UN SOLDADO VIEJO)

**Y**o tenía doce años. Era el 42, en Diciembre. Estábamos en la Estancia de mis padres, en el Paso de los Toros, y yo andaba preocupado porque me habían hecho viaje para Francia, á concluir mi educación.

Una mañana me llamó mi padre:—«amigo, me dijo: se le agotó su viaje á Europa. Tiene que ir á ser soldado, porque con estas cosas no sé cual será mi suerte y prefiero que esté al lado del General Rivera.»

Me alegré en el alma, porque era como un cas-



tigo para mí dejar el campo, la vida franca, el caballo y las faenas paisanas, que me gustaban tanto.

A los pocos días no más, fué el viaje. El general Rivera había perdido la batalla del Arroyo Grande, y venía rehaciéndose el indomable caudillo, á quien ningún reves llegó á quebrar. La paisanada criolla le salía al encuentro sin perder la confianza porque lo hubiesen vencido una vez. Eran gajes de la guerra. Mi padre hizo juntar todas las caballadas y apartamos cuatrocientos animales flor, gordos y lindos, como para un apuro, caballos de los que ya no quedan casi, porque se han degenerado, lo mismo que el paisano, que ya no es aquel mismo.

Con esa caballada y veintitantos negros esclavos de la Estancia, marchamos en busca de Rivera. Lo encontramos en el Paso de Quinteros, que todavía no había recibido en el pasto la sangre del gran sacrificio del 58.

Nunca, ni los trabajos ni los años, pudieron borrar de mi memoria el recuerdo de aquella primera vez que lo ví al general Rivera. Yo lo tenía ya como un Dios, porque bastantes veces nos habíamos dormido en la Estancia oyéndole á mi padre contar las hazañas del caudillo y el valor de su corazón patriota y grande como ninguno. Iba receloso á verlo y me alegré muchísimo al encontrarme con que aquel hombre, tan guapo y tan famoso, era bueno y cariñoso como una dama. Me abrazó y me acarició preguntándome por mi padre, de quien era compadre y á quien apreciaba mucho. Yo casi no podía hablarle, admirado de su bondad. Quiso ver á todos los negros y con todos ellos hablaba, porque fué siempre un amigo cariñoso del soldado.

La mujer de uno de aquellos negros, que desde ese día eran hombres libres, llamada María Rosa, lo acompañó al general Rivera como sirvienta durante toda la guerra.

El general que casi siempre andaba de particular, vestía entonces,—me acuerdo como si fuera hoy—pantalón y bota fuerte, saco y un sombrero de paja grande. Era alto y fornido, como para aguantar fatigas, todo afeitado como se usaba entonces. Tenía la mirada mansa y viva, pero en el peligro, le ardía como una llamarada! Tenía el pelo ya plateado de canas. El era muy blanco de cutis, pero estaba quemado por el sol de Misiones. Me mandó dar de alta en su escolta como soldado distinguido, y los negros se los entregó al coronel Mendoza—el mismo que con tanto arrojo se portó después en la triste mañana de India Muerta, y que recién ahora ha recibido las palmas de general que tan bien había ganado. Esta es una de las justicias que ha hecho el Doctor Herrera en los viejos servidores de la Patria y del Partido Colorado.

El coronel Mendoza con aquellos negros empezó á formar, si mal no recuerdo, un Regimiento de Libertos. Yo seguí desde ese día la carrera de que ya no me separé más en la vida, en la que he vis-

tó morir mucho hombre valiente y he hecho lo que he podido en defensa de nuestra bandera—y en la cual, además, tuve la suerte de pelear, como muchos otros, al grito de mando de los dos caudillos, de los dos valientes, de los dos patriotas que más han resplandecido en nuestra historia después del Padre de la Nacionalidad: Fructuoso Rivera y don Venancio Flores.

El general Rivera continuaba formando su ejército y buscaba el rumbo de Montevideo. En el mismo rumbo, detrás de él, venían los Oribe, victoriosos, á establecer el sitio. Cuando los sintió cerca, no teniendo todavía fuerzas para afrontarlos, Rivera les dejó el paso, recorriéndolos hasta el Yí. Allá por el Durazno anduvimos varios meses, mientras el ejército se organizaba y aumentaba sus efectivos, y ya entrando el invierno buscamos el rumbo de la capital. Entonces entré por primera vez en pelea: Cuando veníamos, encontramos á don Ignacio Oribe en el Paso de Solís Grande, lo peleamos y lo deshicimos completamente, trayéndolo en desorden hasta el mismo Cerrito, donde ya estaba don Manuel Oribe sitiando la ciudad. Allí los encerramos; y mientras ellos sitiaban á Montevideo, nosotros los sitiábamos á ellos. Pronto empezaron á galguir de hambre, porque no les dejábamos entrar ni una vaca. Los soldados se nos pasaban todos los días, flacos como esqueletos. Se pasaban de hambre, y nos contaban que de noche, allá en el campamento del Cerrito, los soldados asaltaban los caballos de los oficiales para carnearlos, ciegos, locos de necesidad.

Entretanto, Urquiza se aproximaba con su ejército á ayudar al Teniente de Rosas, y era preciso concluir. El general Rivera entonces, le pidió al gobierno de la Defensa que le mandase las infanterías de adentro para acabar de un golpe decisivo. El gobierno se las negó. Todo esto, que es doloroso y triste, no hay para que repetirlo porque está sabido ya; y ya está escrito también que de aquella negativa nació la desgracia de India Muerta y la prolongación del Sitio Grande, que nos dió muchas glorias y una fama universal como pueblo valiente, pero que también dió ocasión para que el partido adversario hiciera la más grande sangría que hasta hoy haya sufrido la riqueza nacional, aparte de las vidas que se perdieron y del cansancio en que quedó el país, desangrado, despoblado, empobrecido, cuando logramos, por fin, que quedase triunfante sobre los muros de Montevideo y en los campos todos de la Patria la gloriosa bandera colorada.

.....

Este es uno de los tantos títulos que tiene al respeto y al recuerdo de todos los Orientales el ilustre general Rivera, cuya memoria debe vivir siempre en el corazón de los buenos patriotas. Cada vez que nos acordemos de honrar á nuestros grandes hombres, sentiremos que el corazón se nos calienta y que un gran compromiso nos obliga.



Por mi parte, cuando en los días tristes para la Patria y de tiranía, veía que los más serenos se desanimaban, creyendo que todo estaba perdido, me he acordado del indomable patriotismo del general Rivera, les he recordado cómo hicimos la gloriosa Cruzada Libertadora, sin más fuerza para empezarla que nuestro derecho encarnado en la bandera de don Venancio, y he sentido que el desánimo se nos iba y hasta encontré quien me siguiera en empresas contra los tiranos de nuestra tierra,—empresas que, aunque fueron vencidas, han dejado el orgullo del deber cumplido en mi corazón de oriental y colorado.

Si en cada día aniversario de nuestras glorias, el respeto y el recuerdo á las tradiciones y á los buenos patriotas, reúne á los colorados, volverá á arder en los pechos aquel patriotismo antiguo, y se alimentarán los partidarios nuevos como yo alimento al hijo de mi vejez, contándole los triunfos de nuestra idea, y enseñándole á gritar, *Viva el general Rivera!* como sabíamos gritar nosotros, después de uno de aquellos días en que acampábamos con el caballo cansado de cargar, y la lanza ensangrentada pegándose en la mano.

*Simon Martini*

## RINCON

### I

**N**ADA engrandece más el sentimiento patrio y fortalece el espíritu cívico, debilitado á veces por enervaciones del momento, como la rememoración de los hechos pasados, que de una ú otra manera constituyen la base sobre que reposa el edificio nacional.

Todos los pueblos de la tierra, civilizados ó nó, han señalado siempre, con caracteres más ó menos vivos y adecuados, los acontecimientos notorios y resaltantes de sus antepasados, porque procediendo así, además de hacer justicia á los autores de acciones meritorias, se fortifica en el presente el sentimiento ó la noción que aquellos acontecimientos formaron.

Los pueblos no viven tampoco en absoluto la vida del presente. Es indudable que, cuanto mayor caudal de civilización poseen, más cerca están del pasado por el cultivo asiduo de su historia, y del porvenir, por las previsiones infalibles de la ciencia, cuando no por las intuiciones espontáneas del génio.

Destruir, por otra parte, las idolatrias infantiles y las falsas nociones que la tradición ha engendrado en la inteligencia del hombre ó de las sociedades, y contribuir con aquel trabajo á que la verdad histórica se restaure, es sin duda alguna la

mejor contribución que el hombre puede aportar al engrandecimiento político de la sociedad en que vive, ó de la colectividad en que milita con decisión.

No hay sociedad ninguna, por lo demás, que no discierna tarde ó temprano á sus antepasados honorables, civiles y militares, el título que merecen; y ya en el mármol y el bronce, ya en cantos elegiacos ó en panegíricos entusiastas perpetúe la memoria de ellos, ó las hazañas de que fueron autores denodados.

La Francia ha levantado monumentos á Bonaparte; y sus grandes batallas ganadas, llevan nombres que el pueblo francés saluda siempre con entusiasmo patriótico y respeto profundo.

La Inglaterra no ha dejado perecer en el olvido la memoria de Vellingthorpe y de Nelson. Waterloo como Trafalgar tiene en la libre Britania sus monumentos imperecederos.

Italia recordará siempre á Garibaldi y á Victor Manuel, á Cavour y á Mazzini.

El mármol de sus canteras y el bronce de sus fundiciones sirven allí para perpetuar las grandes glorias italianas; como el estro exhuberante de sus poetas y la fantástica imaginación de su raza hallan noble motivo de acción en los acontecimientos edificantes de su historia monumental.

Aquí está también en nuestra América, Ayacucho y Maipú, por ejemplo, justamente consagrados por la posteridad de las dos vertientes andinas. San Martín, Bolívar, Rivadavia, Moreno y Belgrano no han quedado ignorados bajo la losa mármorea del sepulcro, sino que vivirían perdurablemente en el corazón y en la inteligencia de las generaciones que les han sucedido en la carrera de la vida.

En la margen derecha del Plata caudaloso, aquí, donde una raza bravía defendió incansable el dominio natural de sus playas, montes y llanuras, aquí también sabemos rendir honores al pasado edificante y glorioso y vivificar el nombre de nuestros próceres.

Tenemos combates de coste homérico: el Rincón, Sarandí, Guayabos, Cagancha, Ituzaingó; y antepasados como Rivera, Lavalleja, Santiago Vazquez, Larrañaga, Joaquín Suárez y Venancio Flores, ante quienes la posteridad agradecida se inclina reverente.

A conmemorar aquellos himnos y á glorificar aquellos ciudadanos como merecen, debemos estar solícitos siempre, los que hasta ahora, no hemos podido hacer otra cosa digna de los próceres de aquellas hazañas, que conservar su culto patriótico en medio de las insanas apostasias del presente.

### II

Al amanecer el día 24 de Setiembre de 1825, se dió por el Brigadier General D. Fructuoso Rivera, contra una parte de las fuerzas imperialistas que



plagaban la hoy República Oriental, el combate conocido por RINCÓN DE LAS GALLINAS.

Vamos á intentar describir esta batalla memorable, que por las proyecciones que tuvo, así como por las desventajosas condiciones numéricas en que se dió para las fuerzas patriotas, es efectivamente de estilo lejendario, y puede figurar, con justo título, entre las acciones bélicas de mayor resonancia.

El Brigadier Rivera al mando de un reducido destacamento de 250 soldados se propuso, obediendo á un plan de hostilidades completo sobre el general Abreu que ocupaba la Ciudad de Mercedes, arrebatar á este una numerosa caballada que pacía en los campos llamados *Rincón de las Gallinas*, y cuya caballada custodiaban algunos piquetes de escasa importancia, pero también bajo la protección de las fuerzas del mismo Mariscal Abreu que, inmediatas al Rincón, y río por medio con éste, podían en cualquier momento prestar auxilios ó refuerzos militares á los depositarios de las caballadas.

Esta expedición preliminar se realizó, en efecto, con la facilidad y éxito que puede imaginarse, en primer lugar por la rapidéz de su ejecución, y en segundo por la escasez de elementos que defendían el rico botín objeto inmediato de la empresa Riverista.

El mismo General Rivera, dice en un parte dirigido al *General Gefe del Ejército de la Patria* lo siguiente al respecto: «Ayer al amanecer tomé » con una fuerza de 250 hombres á mis órdenes, el *Rincón de las Gallinas*, punto en donde los » enemigos tenían el depósito de un número considerable de caballadas con una pequeña guardia, » la que fué acuchillada, hasta escaparse alguna » parte de ella á bordo de los buques de guerra » que con sus fuegos de artillería pudieron salvar- » los de las garras de nuestros guerreros...»

Desde luego, como se ha dicho, el secuestro de los caballos que poseían los portugueses era la principal medida ideada por Rivera como base de operaciones bélicas ulteriores.

Se concibe, en efecto, que sin privar al enemigo de un medio de locomoción tan importante como era el caballo en las luchas excepcionales de entonces, no era posible pensar obtener ninguna ventaja duradera ni ningún triunfo importante, tanto más, cuanto que los patriotas carecían de recursos bélicos, como ser armas y soldados para librar batallas contra los regimientos portugueses perfectamente armados y numerosos.

Privar, pues, al adversario de cuanto recurso pudiera facilitarle libertad de acción; obligarle á la quietud é inactividad, para mientras tanto organizar y reforzar las divisiones levantadas al grito de redención dado por Lavalleja en el Arenal Grande, era sin duda un recurso militar que se imponía, aparte de que por él, se podrían proporcionar los soldados de la patria un botín precioso y un elemento bélico de primera necesidad para

los éxitos de la guerra. Júzguese también si semejante operación sería necesaria ó nó, teniendo en cuenta que ocupaban el territorio de la *Provincia Cisplatina* más de 19.000 soldados portugueses, por cuya razón las escasas fuerzas bélicas que había podido levantar hasta entónces la insurrección de los *Treinta y Tres* no podían librar combates de importancia y debía adoptar sin embargo medios ofensivos. Entre éstos, uno de los mejores indicados por la ciencia de la guerra, era el que se eligió: arrebatar al enemigo una gran parte de los recursos móviles de que disponía.

Después de haberse apropiado don Frutos de los 8.000 caballos de los portugueses, como queda dicho, y adueñándose del territorio de Rincón, se preocupó en seguida de lanzar descubiertas en todas direcciones, á efecto, como debe suponerse, de evitar sorpresas, frecuentes cuando el vencedor imprudente duerme sobre laureles conquistados.

Una de esas descubiertas le avisó al poco rato de haber partido, la aproximación de una fuerte división de caballería, la que en efecto se aproximaba en número de 700 ó 800 hombres al mando del coronel portugués don Gerónimo González Jardín, quien traía como inmediato al también coronel don José Luis Mena Barreto.

Esta división venía buscando la incorporación de Abreu, en Mercedes, y con ese propósito entraba al Rincón, ignorando probablemente el desastre reciente sufrido por sus compatriotas y que había tenido por resultado la pérdida total de todos sus caballos de reserva.

Decimos que probablemente Jardín ignoraba la presencia de Rivera en aquel paraje, así como la derrota de que había sido víctima el pequeño destacamento que cuidaba los caballos, porque solo á favor de esta hipótesis se explica el descuido con que avanzaba, y la sorpresa, funesta para sus armas, de que fué víctima.

Avisado, pues, Rivera, á las nueve de la mañana por segunda vez, de que Jardín y su tropa precipitaban la marcha, es decir, se acercaban demasiado á la entrada del Rincón, reunió inmediatamente sus escasas partidas, situándolas en el mismo camino, dice el General Rivera, que traía Jardín, á distancia de media legua del paso del Río Negro que está frente á Mercedes.

En esta actitud, se presentó la primera columna enemiga al mando del Coronel Mena Barreto. No tardó más en presentarse que en ser embestida por la fuerza patriota á la voz de: *sable en mano y á la carga!*...

Semejante ataque produjo, desde luego, la sorpresa en los escuadrones riograndenses y después la consiguiente derrota, porque no les fué posible reorganizarse para resistir el ataque repentino y furibundo que por todos lados les agobiaba.

La muerte de su jefe, el Coronel Mena Barreto y de algunos oficiales, contribuyó necesariamente á facilitar la derrota de ésta columna, primero, y la



imposibilidad de su reorganización para la defensa, después.

La segunda columna portuguesa, en presencia de lo que sucedía, formó inmediatamente cuadro, tercerola en mano, y con ánimo denodado de reivindicar lo perdido hasta entonces. Pero el ataque de los patriotas fué aquí tan violento y decidido como formidable la resistencia de las tropas de Jardín. La victoria pronunciase, sin embargo, por las armas del invicto Rivera.

Pronunciado en general el desbande de los portugueses, sólo un escuadrón, al mando del Capitán Cite, conservó su formación y empezó la retirada en orden, pretendiendo varias veces con atrevidos asaltos flanquear al vencedor, pero sin éxito y, concluyendo por entregarse á la fuga.

Era de ver, dicen los cronistas de la época, la violencia con que atacaban en las batallas, las caballerías de la patria.

Rápidos como el rayo, caían aquellos titánicos soldados, sable en mano, sobre los cuadros de la infantería enemiga; y ni las descargas á quemarropa, ni las bayonetas erizadas, ni las lanzas de media luna, eran suficiente obstáculo para su empuje formidable, remedo humano de los huracanes pavorosos.

Más de una vez, el jinete bravo de la independencia, fué á sujetar su caballo á retaguardia del enemigo, y desde allí, volviendo sobre éste sembró de cadáveres nuevamente el campo y cubrió de gloria ejemplar su enseña redentora.

Ningún soldado ha habido, en los tiempos modernos, que sobrepase al valor temerario del soldado platense. Ha habido en él mucho del espíritu heroico de la Grecia, ya para defender la patria, como para soportar con estóica resignación las crueldades del tiempo, unidas á las crueldades del hombre.

No es de admirar, pues, que con aquellos hombres, Rivera obtuviera triunfos como el del Rincón.

Destrozados por completo los escuadrones imperialistas, como queda dicho, Rivera ordenó la persecución de los grupos aislados, en cuya operación final fueron sus hombres hasta la distancia de cuatro leguas más allá del campo primitivo de la acción.

Éste combate memorable, trabado entre 250 soldados mal armados, con escasa ó ninguna disciplina, pero con extraordinario entusiasmo por el triunfo de la empresa redentora de que se llamaban factores, contra 700 ó 800 veteranos de los famosos regimientos portugueses, dió por resultado militar á las armas de Rivera un triunfo heroico, y á la historia del Uruguay una gloria envidiable.

El General vencedor dice, en uno de sus partes de la batalla: « quedaron en el campo más de cien » hombres de tropa muertos; cerca de *trescientos* » prisioneros, entre los cuales se encontraban veinte oficiales; más de *dieciseis* oficiales muertos, » entre los cuales se encuentra el Coronel José » Mena Barreto... Ha quedado aun en nuestro po-

» der un número considerable de armamento y » municiones. »

### III

El combate del Rincón no tuvo, como se ha visto, las proporciones de una batalla campal memorable por la multitud de los ejércitos, por la precisión del armamento, por las combinaciones estratégicas y militares que se desarrollaron ni por ninguno de esos accidentes que han dado resonancia á otros choques militares en la República.

Apenas unos mil soldados entraron en liza, por ambas partes, y de éstos, trescientos por lo menos, carecían de armamentos adecuados. Rivera vió al enemigo, y sin ponderar probablemente la fuerza con que contaba, le arremetió, sin plan ningún estratégico, sin combinar operación alguna bélica: atacar, sable en mano, lanza en ristre, y vencer ó morir en la empresa, he ahí de seguro, el único sentimiento y la única idea que poseyó el glorioso caudillo, cuando sus *bomberos* le anunciaron la presencia de Jardín.

Ahora bien, ninguna de estas circunstancias amengua el mérito extraordinario de la acción, y por el contrario le dan sólida base.

Vencer, en efecto, á un enemigo tres veces más numeroso, mejor equipado, en mejores condiciones de organización y disciplina para la guerra regular, es sin duda un acto raro en la historia de los pueblos, y que no basta á empequeñecer la circunstancia de no haber sido premeditado, ó haberse producido espontáneamente.

Luego de producido el desastre de la división portuguesa, la situación militar del general Rivera no era la de un vencedor que puede descansar confiadamente sobre los laureles conquistados.

Con un grupo de prisioneros superior en número á las tropas que lo custodiaban, en posesión de un botín de guerra precioso, y que era preciso conservar á todo trance, desde que había sido el propósito inmediato de aquella aventura prodigiosa, y sobre todo con la vecindad de Abreu, á poca distancia del escenario del triunfo, y teniendo á sus órdenes una fuerza respetable; la situación de Rivera y sus bravos no era por cierto de las más envidiables.

Pero aquel astuto caudillo, supo encontrar en su ingenio peculiar el medio de detener una reacción en el enemigo, probablemente fatal en aquel momento para los soldados de la patria.

Abreu que estaba en Mercedes, río por medio con Rivera, aun cuando privado de elementos de locomoción, se aprestaba sin embargo rápidamente para atacar al vencedor de Jardín.

En estas circunstancias envía Rivera de emisario acerca de Abreu al mayor Possolo, proponiéndole una tregua á las hostilidades por el espacio de veinticuatro horas, con el propósito humanitario de recojer heridos y enterrar muertos. Aceptada la tregua propuesta por Rivera, este la aprovecha



para recoger sus heridos y retirarse inmediatamente de la vecindad del Mariscal Abreu, pasando el Río Negro con toda su fuerza, armamentos y caballos secuestrados y la cifra relativamente enorme de prisioneros que había tomado. Verificado el vado del Río Negro se dirigió al Durazno, no sin antes buscar la incorporación de la división que comandaba el coronel don Andrés Latorre.

Así empezó y concluyó aquella batalla, la primera ganada por los orientales contra los lusitanos, usurpadores á la sazón del suelo que bañan el Uruguay y el Plata.

Y la estruendosa hazaña del Rincón preparó el triunfo de Sarandí, como si el ángel de las batallas hubiera querido premiar con un lauro más el valor indomable, y ponerse del lado de los que abnegadamente lucharon por la patria.

FEDERICO E. ACOSTA Y LARA.

Enero 1894.

## RIVERA

**E**L General D. Fructuoso Rivera representa la época de la gestación de nuestra nacionalidad.—Identificándose con las aspiraciones generales, en el momento en que el país decidía de sus destinos, puso al servicio de aquellas, su valimiento, su abnegación y patriotismo, legando una de las páginas más hermosas á la historia nacional.

Figura preminente en el escenario de aquellos días memorables, en medio del embate de las ideas generosas y de las conmociones entusiastas, el General Rivera tuvo la intuición del porvenir de su país. Heredero de las tradiciones de Artigas, vislumbró la posibilidad de alcanzar para los orientales, una existencia política reconocida y respetada, y preparó los sucesos para imponerlo por el derecho y la fuerza, á la codicia de sus poderosos vecinos.

Fijando nuevos y mas definidos rumbos á la acción de los Treinta y Tres patriotas desembarcados en el Arenal Grande, puso su espada al servicio de la independencia del país, y coronaba de laureles en el Rincón de las Gallinas y en otros combates las armas victoriosas de la nación.

Si bien el gran caudillo se reveló en una época de relativo atraso y múltiples fueron las resistencias y dificultades que tuvo que vencer, una idea fija iluminaba su camino, mientras levantaba en alto el lema de su libertad como medio de engrandecer y organizar la obra de los grandes patriotas.

Generoso como el corazón de los buenos, fundaba el primero en estas playas, la escuela humanitaria del amparo y del respeto al enemigo vencido.

Jamás la sangre del caído ensangrentó las manos del noble guerrero, ni en la lucha, ni en la hora de la victoria, aun cuando se creía entonces legítimo y necesario la represalia para contener el cuchillo que se ostentaba como sistema de consolidación y de gobierno.

Si el Jefe de los colorados es objeto de la gratitud y del cariño de los que heredamos la santidad de sus principios, día vendrá en que se imponga también á la veneración de todos los hijos de esta tierra.

Una vez extinguidas las ardientes pasiones del pasado, la justicia se abrirá paso y las generaciones del porvenir meditando sobre la historia patria, con la calma y la reflexión que inspira el tiempo, abrirá una base segura para la conciliación y la fraternidad de los viejos partidos.

Nada contribuye mejor á extinguir los resentimientos como la verdad y la justicia, y ellas se imponen fatalmente aunque tarde á veces, á todo aquel que tenga en su alma un fondo de buena fé y rectitud.

Pocos hombres ilustres inspiraron á la par de Rivera y de modo mas inequívoco, el prestigio personal y el sentimiento del cariño y la confianza; fenómeno inexplicable, sino lo justificara la extensión de vista de aquel hombre, la nobleza del carácter, la bondad, las obras y el patriotismo que era peculiar á los insignes varones de su tiempo.

El General Rivera combatió incesantemente; primero, por la independencia nacional y despues por la libertad que era su verdadero ídolo, considerándola la base más sólida de las nuevas instituciones. Todos sus esfuerzos se dirigieron á destruir los obstáculos innumerables que se oponían á la realización de tan elevados propósitos.

¡Qué inmenso prestigio acompaña aquella eminente personalidad! Ese don singular de captarse el respeto y el cariño de su pueblo, recuerda el asendiente que ejercía Napoleón 1.º sobre sus soldados y explica como el General Rivera pudo levantar en masa fanatizados hombres, mujeres y niños, las poblaciones de las Misiones, y arrastrarlas en pos de sí, para poblar una parte de las tierras desiertas de los orientales y luchar y defender con ellos su independencia amenazada por el extranjero.

En los momentos de zozobra y de prueba para el país, el gran caudillo detenía su caballo sobre la cumbre de la cuchilla, lanzaba al viento los acordes del clarín de guerra, y entusiasta y tumultuariamente se congregaban á su alrededor los orientales de uno á otro confin del territorio, desplegando el oriflama colorado de sus lanzas, ansiosas de participar en las hazañas inmortales del jefe, en cuyo valor y patriotismo fiaban ciegamente el bienestar, la felicidad y el porvenir de su patria.

En los días venturosos de la paz, exento de ruines vanidades, evitaba la ostentación de sus



entorchados en las ciudades; y elevado á la primer Presidencia constitucional, residía casi siempre en campaña, huyendo la voz de la adulación, que tanto envilece y afrenta los seres superiores.

Amigo de los hombres de mayor ilustración, procuró con afán su amistad y cooperación para ilustrar su espíritu y poder atender mejor las necesidades y conveniencias públicas.

Desde luego, su acción decidida y decisiva alejaba el entronizamiento de los gobiernos autoritarios que representan el estancamiento y la muerte, donde el buscaba el movimiento, el progreso y la vida.

Eliminados de la historia de este país la personalidad de Rivera y los hechos sucesivos de que fué causa eficiente ó ocasional, la leyenda de nuestras luchas para constituirnos y afianzar las instituciones, se reduciría á los límites de una crónica vulgar, sin ejemplos provechosos, sin estímulos, sin glorias. En cambio, ese libro sagrado, revela excelsas páginas de valor y de heroísmo, comparables á los relatos de los tiempos heroicos de la Grecia, que nos han conquistado el respeto y algunas veces la admiración de las naciones mas civilizadas del orbe.

Si la simiente de la libertad con que fecundó este suelo el General Rivera, no hubiese fructificado, las Repúblicas del Plata habrían retardado medio siglo su asombroso crecimiento y su notable civilización y no engalanaría nuestra tradición las sacrificios y las glorias del sitio de Montevideo, ni la protesta cruenta de los libres en el Paso de Quinteros fuera immortalizada en nombre de *Los mártires de la libertad de la Patria*.

Sin la acción, el impulso poderoso, el culto por la libertad y los grandes ideales en que el General Rivera procuró con el ejemplo, educar á sus conciudadanos, la cruzada libertadora no habría reivindicado el derecho de los oprimidos, ni invocáramos para los manes de nuestros héroes caídos como buenos al pié de su bandera en los esteros del Paraguay, la gloria inmarcesible de haber libertado de su yugo afrentoso á un pueblo hermano y abierto á la vez las grandes vías fluviales del continente, á la libre navegación de todas las banderas y á la civilización del mundo; ni tendríamos tampoco la satisfacción de honrar á los que sobreviven de esa lucha y concurrieron á la victoria.

Todo se eslabona en la vida de las sociedades; los hechos se suceden lógica y fatalmente, y la imprudencia de un solo hombre, cambia la faz de un pueblo y decide de su destino. Esa influencia poderosa y benéfica la ejerció Rivera asentando la independencia de su país, sobre la base sólida é inmovible del derecho y la libertad.

Así se explica como el pueblo oriental reducido en su número y su territorio, pueda no obstante invocar con legítimo orgullo, los grandes servicios que su genio, sus ideas, iniciativas y esfuerzos han venido prestando en dos tercios de siglo, en

favor de esta parte importante del continente americano.

¡Oh! no puede perecer un pueblo que ha desempeñado semejante misión sobre la tierra. Al invocar la memoria del General Rivera recuerda los héroes y las glorias de su pasado; ese pueblo retempla hoy su espíritu en las fuentes edificantes de los grandes ejemplos y prepara el camino para imitarle y ser digno heredero de aquel nombre.

Al cubrir de laureles la losa funeraria del gran caudillo, confiamos en que la justicia de la Nación un día grave al pié de ese venerando sepulcro, el título más grande que alcanzó Artigas y que también le corresponde á Rivera, el de *«Padre de la Patria de los Orientales»*.

UN COLORADO.

## RECUERDOS DE INFANCIA

### EL COMPADRE DON FRUTOS



UE influencias decisivas y misteriosas, qué profunda y avasalladora sujeción, ejercen en el espíritu humano ciertos sucesos y ciertas personalidades, especialmente cuando se ha recibido su impresión en los tiernos años de la vida!

Para ello, algún prestigio singular y extraordinario debe acompañarlos: y si esos sucesos y esas personalidades se hallan vinculados á la historia y á las glorias de la tierra donde hemos nacido, las ideas y las simpatías que despiertan se conservan en el alma perennemente vivas.

Nosotros somos un ejemplo de aquellas influencias que aconsejan, dirigen y dominan los actos de toda una existencia.

Ha trascurrido ya medio siglo, y todavía suena en nuestro oído la voz de nuestra madre que nos conciliaba el sueño con el relato de las hazañas del gran caudillo, que ella respetuosamente llamaba: «Mi compadre Don Frutos.»

¡Oh, indelebles recuerdos de la infancia!

Cómo nos halagaba la relación, de los lábios maternos, de los heroicos episodios de la época!

Cuando la Patria premió con la primera presidencia constitucional los servicios de su hijo predilecto, el venerando autor de nuestros días, depositaba en manos de aquel magistrado, con el mayor desinterés, sus grandes caudales, para que atendiese las apremiantes necesidades de su gobierno y solventase el exíguo presupuesto de la Nación, mientras se preparaba un sistema prudente de impuestos y se organizaba la hacienda pública.

Las tradiciones de nuestra familia están íntimamente ligadas á la época en que dirigía los desti-



nos del país el eminente ciudadano á quien el pueblo idolatraba y le saludaba también, con el nombre modesto y republicano de Don Frutos.

Más tarde, corriendo la buena y la mala suerte del país, llegaba para nuestra familia la hora de la estrechez y todavía un sentimiento dominante impulsaba á nuestra madre á poner en manos del general Pacheco, las alhajas de la casa, cada una de las cuales representaba un recuerdo cariñoso de las solemnidades domésticas, adquiridas paulatinamente por el jefe del hogar durante su larga existencia de constante labor.

Con su precio, unido al producido de las demás prendas de las damas de Montevideo, se proveía, por un día siquiera, á la alimentación de los defensores de la plaza, y se atendían los hospitales de sangre donde gemían los caídos en las murallas de la invicta ciudad.

No contábamos aún cinco años de edad, y recordamos no obstante, nuestra profunda emoción y la conmoción popular que se producía, cuando se levantaba una voz anunciando: «Ha llegado Don Frutos.»

Ese anuncio importaba para la conciencia pública la reparación de todos los males, la cesación de las aflicciones del presente, la salvación del país.

Mientras la suerte contrariaba la voluntad y los proyectos del gran caudillo, la miseria golpeaba las puertas de nuestro hogar, un día tan opulento, y la madre se expatriaba con sus chicuelos, quedando los hijos mayores con el fusil al hombro vigilando los muros de la ciudad sitiada.

Muchas fueron las familias nacionales reducidas al doloroso sacrificio de abandonar la tierra de su nacimiento, el país de sus recuerdos y de sus esperanzas, y nosotros además el sepulcro donde descansaban los restos del jefe de nuestra familia, objeto del más respetuoso culto.

Grandes fueron las penalidades á que nos vimos sometidos, pero nuestra madre preocupada del porvenir de sus hijos varones menores y con el propósito de que un día fueran útiles á su país y levantarán los muros de la casa caída, se decidía al sacrificio extremo, empeñando los últimos recursos que había respetado su patriotismo,—de enviarlos á Europa á cursar sus estudios.

Al abrazarnos en la hora amarga de la separación, nos decía: sean buenos y virtuosos, háganse dignos de su país y de Rivera!

Cruzamos penosamente los mares y trascurrieron muchos años, más del cuarto de una existencia humana.

Trascurrieron largos años de tristes vicisitudes para nosotros, niños de corta edad confiados á manos extrañas. Nuestros hermanos caían vencidos por la fatalidad, y nosotros seguimos educando el corazón é ilustrando el espíritu.

Por aquellos tiempos, presenciábamos el inmenso sacudimiento de la vieja Europa, convulsionada para abatir la íntima y tiránica obra de la Santa

Alianza, restablecer la independencia de las nacionalidades y el reinado de la igualdad y de la libertad. Nuestro corazón palpitaba participando de las tumultuosas emociones populares.

Durante muchos años asistimos, aunque pasivamente, á la grande epopeya de una raza que un día dominó el mundo y gemía desde siglos bajo el yugo del opresor extranjero.

El estruendo de las batallas y los cantos de la victoria despertaban en nuestra alma, los recuerdos de la infancia: la Pátria, el general Rivera!

Así se conservaba intenso el amor por nuestro país y se engrandecía el sentimiento de sus sufrimientos y el ánsia de verlo salvado y feliz.

Cuantas veces sentados sobre la arena de una playa lejana, veíamos á lo lejos en el horizonte, con los ojos de la mente, á nuestra querida Montevideo, donde nuestros hermanos como soldados y más tarde como oficiales, prestaban su servicio de sangre en las faldas del Cerro, en las murallas y en las salidas de la plaza.

El nombre de Rivera se presentaba á nuestra imaginación como una esperanza de redención, como la estrella luminosa del porvenir.

Murió el gran caudillo! pero vió ántes realizada su obra, vió á la libertad coronando la frente de sus conciudadanos; el tirano sangriento y maldonado del Plata huyó despavorido, buscando un asilo en las nieblas de Inglaterra que lo ocultaran al horror del mundo.

¡Murió el gran veterano! Su nombre y su influencia, sin embargo, sobrevive y sigue dominando nuestros sentimientos, robusteciendo nuestra fe en los principios que él sustentó y que son, como la sangre en las venas, indispensable para nuestra existencia de pueblo libre.

Sea dicho esto, sin agravio de nadie y sin que la consideración para con nuestros compatriotas se singularice por razones de opiniones políticas.

Por fin! Un barco cruzaba las aguas del Plata y el expatriado por los deberes impuestos á la maternidad, vislumbraba á lo lejos la silueta del Cerro. Una hora más tarde aparecían las blancas casas de la ciudad invicta.

No estalló el corazón por que dulces lágrimas humedecieron nuestros ojos.

Bajamos á tierra; eran las diez de la mañana.

Recibimos la bendición materna y la expresión del cariño de nuestros hermanos.

Pocas horas después, recorriamos las calles de la ciudad y saludábamos con cariñoso respeto la casa de la calle Rincon y Misiones, donde allá por los años de 1843 ó 44 nos enviaban, tiernos niños, pobres y casi desvalidos, á besar la mano del compadre Don Frutos,—que había dispuesto de toda la fortuna paterna, y de Doña Bernardina, su esposa.

El día siguiente, visitamos la Aguada, atravesando el extenso arenal que la separaba de la ciudad. La Aguada, donde murió por la Pátria Marcelino Sosa! Adelantamos hasta el mirador de



Vilardebó testigo de la gloria del coronel don José María Muñoz y de sus valientes soldados. Nos trasportamos á la ladera del Cerro, campo de las proezas del entonces coronel Flores, que á la cabeza de sus escuadrones, lanza en mano y banderola colorada, forzaba la entrada de la plaza, arreando el ganado destinado á alimentar á la desabastecida población, y resistía con heroico valor el empuje terrible de todo el ejército sitiador.

Allí, en ese día, ganaba nuestro hermano mayor sus charreteras de alferez mientras el bueno del capitán Miranda, ordenaba á nuestro hermano, muchacho de quince años: ¡Fuego granadero! Y cuando éste contestó tristemente: No hay ya municiones, Miranda irritado por la aparente desobediencia, profería, á grito herido, sin darse cuenta, en el ardor de la lucha, de las palabras que pronunciaba, sublimes en su obcecación: ¡Fuego, fuego! granadero; por la salvación de la patria!

Descansamos sobre una peña al pie de la vieja fortaleza y saciamos nuestra mirada admirando el panorama que contenía el cúmulo de nuestras memorias queridas. Una visión nos iluminaba: la imagen del general Paz se alternaba con la de Pacheco; la del venerando Suarez con la de Manuel Herrera y Batlle; vislumbrábamos la de Garibaldi á la altura de las Tres Cruces, donde niños aún, huyendo del hogar paterno, acudimos un día, anhelosos, á presenciar las guerrillas de la Legión, detrás de un cerco de pitas.

En esa hora, era al caer de la tarde, cien y mil sombras fantásticas de valientes guerreros y de insignes servidores de la República, agigantaban la visión; las tradiciones de la familia, los más íntimos recuerdos de la infancia se presentaban vivos á nuestro espíritu, dominándolo todo un pensamiento persistente. Esto, todo esto que se vé, y los sentimientos generosos que oculta la conciencia de nuestros conciudadanos, y el amor á la libertad y los beneficios de la independencia de la Patria, todo es obra de aquel varón de alma expartana, del general Rivera!

¿Cómo puede localizarse un sentimiento tan intenso en los estrechos límites de unos cuantos centenares de cuadras de tierra?

Para nosotros, la Patria, no se extendía más allá del Arroyo Seco, donde existía la quinta de la familia, que pasó despues á manos de Rivera y hoy poséen fraccionada los Señores Canstatt.

Las miradas del niño no habían alcanzado más afuera de las cuchillas que dan aguas al Miguelete.

El mundo entero se concentraba en ese espacio; allí se levantaba la casa paterna, allí vivía nuestra madre, allí habíamos aprendido á venerar á Rivera y amar á la Patria.

Tan corta es la extensión del pensamiento del niño, que sólo se encariña con lo que ha visto y lo que ha oído, como encarnación de lo bello y de lo bueno. Su inteligencia no se eleva á las esferas superiores, y así se explica cómo, para él, una individualidad representa el valor, la virtud, la gloria.

Tal ha sido la poderosa influencia que ha ejercido sobre nosotros el prestigio del nombre y la personalidad del gran caudilló.

Corría el año sesenta y nos relacionábamos con las familias principales de la ciudad, complaciéndonos su sistema patriarcal, la modestia y la sencillez de la vida de los hogares nacionales, donde se confundían los sentimientos de una cortesía atrayente y de una exquisita y sincera amistad.

El título de compatriota abría por sí solo todos los corazones; las manos se tendían presurosas para estrecharse las unas á las otras. El respeto á la ancianidad, al saber, á los servicios prestados á la sociedad y al país, sea en el orden civil como militar, la honradez, la moral pública y privada, excitaba la admiración del extranjero y, cosa singular, la sociedad oriental ni siquiera tenía el concepto de las virtudes que le eran peculiares, que tanto la enaltecían; todo aquello era normal para ella y lo más natural del mundo.

Con razón los viejos y los pensadores se enorgullecían del sistema que regía á las familias nacionales; ellas carecían de la necesidad de la ostentación, y bastaba para conservarlas unidas y exentas de malsanas inspiraciones la sola autoridad paterna.

Bajo estos halagadores auspicios, ligábamos más tarde nuestra suerte á la de una joven compatriota, y hoy, tocando ya los límites extremos de la edad madura, rodeados de una numerosa sucesión en medio de muchas preocupaciones y responsabilidades, repartiendo nuestro afecto entre tantos seres queridos, todavía sentimos que en un rincón oculto de nuestro corazón viven inalterables las memorias de un pasado ya remoto; y cuando reaparecen esas imágenes sentimos vibrar el corazón y renacer sus afecciones antiguas, y el viejo colorado se estremece y el nombre venerable de Rivera sube á sus labios con una bendición.

Cincuenta años han transcurrido y nada ha podido extinguir, ni alterar siquiera, la fuerza del sentimiento de la primera edad, ni la influencia que un nombre vinculado á las glorias de la patria, ha ejercido tan sensiblemente en el alma del niño, como en la del joven y del viejo partidario.

El contraste que ofrece la actualidad, no es, por lo demás, muy aparente para que se desvanezcan los gratos recuerdos de otra edad, ni pierdan su fuerza los artículos del credo que nos legaron nuestros mayores.

Nuestra madre, en los últimos años de su existencia, solía decirnos: Mejores eran los tiempos de la vela de sebo y del vestido de zaraza. La santa matrona sentaba un axioma que la experiencia de los años y los acontecimientos han venido confirmando. Si; mejores eran los tiempos de la vela de sebo y del vestido de zaraza, cuando la virtud, el valor, la abnegación y la bondad, eran dotes generales y comunes; cuando la vida doméstica, se deslizaba serena y tranquila, exenta de las preocupaciones constantes que las nuevas costumbres y las exi-



gencias desbordadas de épocas posteriores han venido imponiendo con la posesión de la riqueza.

Sí, esta sociedad, no puede regenerar su presente sin remontarse á las fuentes de las virtudes antiguas, á aquellos tiempos en que hasta el más ilustre, el más meritorio de los ciudadanos, se honraba con su pobreza, no teniendo, á veces, en el bolsillo un peso para socorrer al soldado que peleaba á su lado por la libertad, y se escusaba mostrando sus viejas botas y su casaca roída de general. Su estrechez sin embargo, nada le preocupaba, que en nada desmerecía su valimiento, ni los servicios prestados á su país, ni tampoco aminoraba el prestigio de su nombre, ni la fé, el amor, la constancia y abnegación de sus conmitones y subalternos.

Volver á los tiempos en que el hogar se alumbraba con velas de sebo y las matronas se vestían de zaraza, esto es, á los tiempos de las grandes virtudes, tú lo has dicho proféticamente, buena y santa madre, eso es lo que necesita este pueblo que clama por un salvador... por un Licurgo... mejor todavía, por un compadre Don Frutos.

UU VIEJO COLORADO.

Enero 1.º de 1881.

## UN PENSAMIENTO

**L**os errores, y si se quiere, las faltas del general Rivera, eran hijas de su tiempo y de su temperamento de caudillo.

El vencedor del Rincón, había comprado al precio altísimo del heroísmo, el derecho á tener las veleidades que engendra la posesión del mando. Si dispensó favores fué á los conquistadores de las Misiones, ó á los triunfadores del Sarandí é Ituzaingó.

La posteridad le ha cancelado la deuda, como absolvió al general Lavalle del fusilamiento de Dorrego.

Estos hombres vivieron únicamente para los pueblos, que agradecidos, han cubierto su tumba de flores, lujoso manto de olvido, que arrojan sobre la fragilidad de sus héroes!

Por condición del humano linage, estuvieron sometidos al error y á la culpa, pero, no son por eso, menos dignos, de que un Homero cante sus glorias.

Las caídas de estos luchadores tienen cierta aureola de grandeza, al lado de las sensualidades vulgares que constituyen la vida de nuestra democracia.

Aquellos eran los naturales extravíos del ardor de la guerra, el polvo de la pelea, la embriaguez del triunfo, la intimidad de los campamentos, la noción confusa de los deberes y derechos políticos,

en una época en que los hijos de América solo habían aprendido á combatir por la libertad, y finalmente, de la reyecía que el hombre adquiere por virtud de su fuerza sobre las cosas que somete al imperio de su dominación soberana.

¿Qué atenuaciones presentarán ante el severo tribunal de la historia, los gobernantes que se han enseñoreado de los destinos de su pueblo, aferrándolo á los caprichos de su voluntad y á los cálculos de su frío y empedernido egoísmo, sin haber dado un día de gloria á la patria, ni una hora de alegría, ni mitigación ni esperanzas á los ciudadanos, sordos á sus exhortaciones é insensibles á sus infortunios?

¿Cómo probarán que el poder ha sido en sus manos la insignia de la dignidad nacional, y que sus odiosas preferencias no fueron el precio de las abdicaciones personales y de las sumisiones palaciegas?

El espectáculo de la arbitrariedad, la subversión de las leyes, los ultrajes á la moral, el celo de los émulos en disputarse una sonrisa, ó el honor de ser sus mandatarios, ó sus camareros ¿acaso no fueron siempre el séquito de las dominaciones personales?

¿Y cómo borrarán estas afrentas por ellos inferidas á la nación y sus instituciones?

¿Qué dirán en descargo de la corrupción que han esparcido, prostituyendo las leyes desde la cumbre, y envileciendo los caracteres por la explotación de sus debilidades, las reducciones del halago y el incentivo de la dádiva?

¿Qué dirán cuando se comparen sus obras con sus promesas? ¿Sus antiguos dogmas, rígidos y severos como una sentencia de Catón, con sus nuevos principios de la escuela corruptora del éxito, que menosprecia el ejemplo de Washington porque simboliza la obra paciente de la virtud, austera y sobria, y adora á Federico el Grande porque representa el génio de la fuerza?

Para estos falsos apóstoles de una fé que han adjurado, para estos epicúreos de todos los tiempos, la pluma de Tácito, ó el látigo de Juvenal.

Es difícil distinguir en un cuadro el ocaso de la alborada. La penumbra que nos envuelve ¿es una salida, ó una puesta de sol, usando de un bello pensamiento de Franklin?

Al rememorar la luctuosa efeméride del ilustre prócer, y si la muerte es ley de la vida en la perpétua renovación de las cosas y las ideas, espere-mos que estas horas oscuras sean la aurora de una nueva era, que restablezca los fueros de la libertad y el imperio de la justicia, para que reine la prosperidad en la República y el pueblo no sufra más la humillación de ver hollados sus derechos y violadas sus leyes.

La aspiración á este ideal y la condenación de las subversiones que se pretenden erigir en sistema de gobierno, es el mejor homenaje que puede ofrecerse á la memoria del benemérito general Rivera.



El recuerdo de los grandes hombres, sería el culto estéril de la vanidad presuntuosa, sinó sirviera para retemplar la fibra patriótica, exaltar la virtud, fustigar el vicio y difundir, como irradiaciones luminosas, los elevados sentimientos que hacen libres y felices á las naciones.

DOMINGO MENDILHARZU.

Enero 13 de 1894.

## EL GENERAL RIVERA

**S**i en las páginas de la historia patria no estuviese el nombre de Artigas, sería Rivera el Padre de los Orientales, el Precursor de la nacionalidad Uruguaya.

La noticia de los propósitos de Artigas refrescó en Rivera ideas de libertad que también él acariciara, las que fueron acogidas por el ilustre patriota con el cariño que se tiene á viejos conocidos, cuya presencia nos alegra; y á fin de que el verbo fuese carne ofreció su brazo para luchar por la independencia y su vida para perderla en holocausto á tan grandes ideales.

Fué á «Las Piedras», donde empezaron á soplar vientos de gloria; venció en Guayabos, gracias á su habilidad; perdió de vista al Triunfo y conoció la Derrota en 1816, haciéndole más daño que el aire fétido de los pantanos el ambiente de tristeza que se respiraba en India Muerta; extrañando á su viejo protector y no hallándose á gusto conforme con su nueva conocida, venció en Paso de Cuello y Sauce, en Guabiyú y Chapicuy; ante la posibilidad de aparecer vencido por segunda vez, operó la retirada de El Rabón, que si no es comparable á la de Moreau por la cantidad de combatientes, no cede á la mejor de las retiradas en cuanto á la calidad de las operaciones.

Pasaron los 33; y es de creerse que, sin la ayuda de Rivera, la acción incomparable de los héroes hubiese terminado en el sacrificio estéril de los mártires.

Su astucia, su fé en la causa y la confianza en sus hombres hacen prodigios en el Rincón de las Gallinas; y, sin tiempo para celebrar su triunfo, acude al llamado de Lavalleja para oír el grito salvador de «carabina á la espalda y sable en mano» mandando como segundo en la batalla cuyo fin venturoso anunciaron las dianas de Sarandí.

Bien merecía tanta actividad que esas dianas inmortales, suprimiendo el tiempo, festejaran así mismo la pasada victoria del Rincón al través de diez y siete días de patriótica ansiedad.

Anduvo el tiempo, se repitieron los sucesos y el caudillo se vió aislado. Mientras tuvo el apoyo de los suyos, se hizo admirar por ellos y sus enemigos; solo, porque confiaba en sí mismo y en su

causa, hizo preezas dignas de la admiración universal.

La idea de conquistar Las Misiones ocupó su mente, y á conquistarlas se lanzó, sin pensar en la insignificancia de sus fuerzas ni hacer caso de la guerra que le hacía el gobierno argentino mandando un jefe Oriental en su persecución.

En Ibicuy palideció su estrella; pero su astucia le devolvió su brillo: burló al brasilero conquistando luego el territorio deseado; dejó al jefe oriental enviado por el gobierno argentino fusilando gente en su despacho, mientras él recogía gloria en los campos enemigos al punto de hacer pensar al Emperador en la necesidad de hacer la paz con los orientales.

Agitada por mil corrientes encontradas de prosperidad y decadencia, la personalidad del general Rivera hubo de salir al fin á flote, merced á la fuerza ascensional de sus méritos y patriotismo; y como faltara Artigas, la justicia quiso que Rivera fuese el primer Presidente de la República, merecido premio á tantos sacrificios; prueba inequívoca de la gratitud de su pueblo.

Tal fué el hombre: modelo de virtudes cívicas; ejemplo del más puro patriotismo. Fundó un partido que aprendió con su jefe á ser altivo en la derrota y generoso en el triunfo. Espíritu liberal y corazón magnánimo, su obra llevó su sello. Y el Partido Colorado, con su amplia bandera de principios, bajo cuyos pliegues se salvaron un día las libertades del Plata, ha sido siempre fiel á la tradición de su ilustre fundador, que en la lucha podía hacer pensar que tuviera algo de tigre al que no supiese que tenía mucho de león.

LUIS FABREGAT.

13 de Enero de 1894.

## Al General Rivera

ANTES... DESPUÉS... AHORA...

Antes..... cuando los viejos militares  
Morían defendiendo sus hogares  
A la sombra del pátrio pabellón,  
Eras el adalid de la leyenda  
Si sonaba en la homérica contienda  
El casco de tu alígero bridon.

Fuiste de Artigas el marcial remedo,  
En tu alma nunca reflejóse el miedo  
Y aprendiste magnánimo á vencer;  
Jamás tu brazo se dobló rendido,  
Y respetaste al luchador vencido  
Más que al alarde vano del poder.



Paladín de las glorias uruguayas  
 Cuando á la luz que alumbra las batallas  
 Tremolaste la enseña tricolor,  
 Fué un triunfo para tí cada jornada  
 Donde escribió la punta de tu espada  
 Tus rasgos de pericia y de valor.

Hijos del Uruguay! tu voz gritaba,  
 La Patria do nacisteis yace esclava  
 Y hay que tornarla libre ó perecer!  
 Os aclama la voz de la victoria,  
 En busca vais de libertad y gloria,  
 ¡Adelante, mis bravos, á vencer!

Y doquier fuiste, venciste,  
 Cuando en las grandes jornadas  
 Desnudaron sus espadas  
 Los uruguayos valientes,  
 Que alzaron luego sus frentes  
 De laureles coronadas.

Venciste cual siempre bravo  
 En Guayabo,  
 Diste gloria á la Nación  
 En Rincón,  
 Nuevo triunfo á tus legiones  
 En Mistones,  
 Y más tu gloria se ensancha  
 En Cagancha;

Que doquier guiaste los sables  
 De tus gauchos indomables,  
 La victoria fué contigo,  
 Y al cargar al enemigo  
 Sobre los briosos corceles  
 Como terrible avalancha,  
 Arrancaste los laureles  
 Con tus garras de león,  
 Como en Guayabo, en Rincón,  
 En Misiones y en Cagancha.

Después ... destino fatal!  
 Como si el suelo oriental  
 No hubiera sido tu cuna,  
 Te deparó la fortuna  
 En vez de justa ovación,  
 El destierro y la prisión  
 Donde te arrojó la intriga,  
 Y al fin de tanta fatiga  
 Por la patria en que naciste,  
 Vuelto á esa patria, tuviste  
 ¡Héroe de grandes alientos!  
 En vez de espléndido hogar,  
 Un rancho para espirar  
 En la costa de Conventos.

Misterios de lo infinito...  
 Acaso ya estaba escrito  
 Que así, con pobre atavío,  
 Bajara al sepulcro frío  
 Un héroe de otro héroe en pos;  
 Por eso el dedo de Dios

Te señaló ese destino,  
 Como al héroe peregrino  
 Que después de tanta hazaña  
 Murió pobre en tierra extraña  
 Sin que al morir lo cubriera  
 Aquella inmortal bandera  
 Que tremoló con sus brazos,  
 Cuando iba haciendo pedazos  
 Á la legión invasora  
 Que quiso audaz en mal hora  
 Batallando con afán,  
 Como si de aquel titán  
 No hubiera sangre en las venas,  
 Aprisionar con cadenas  
 La patria de Sapicán.

Ahora ... preclaro guerrero,  
 Dice un eco justiciero  
 Que en torno á tus manes zumba  
 Como la voz del pampero,  
 ¡Nada tu gloria derrumba!  
 Y puede el pueblo oriental  
 Poner corona inmortal  
 En la almohada de tu tumba.

Corona que lleve unidos,  
 Y al laurel entretejidos  
 Con artístico esplendor,  
 Gajos de acacia y de palma,  
 Como emblemas de tu honor,  
 Tu humanidad, tu valor  
 Y la grandeza de tu alma.

Mas, si es pequeño el santuario  
 Para guardar tu memoria,  
 Hay en cada partidario  
 Un templo donde se anida  
 Ardiendo en eterna vida,  
 Porque es nuestra patria historia  
 Foco de luz que deslumbra  
 Cuando la vista se encumbra  
 Á la cima de tu gloria.

ALCIDES DE-MARIA.

Montevideo, Enero 13 de 1904.

## BATALLA DE CAGANCHÁ

29 DE DICIEMBRE DE 1839.

### I

Aunque no sea del momento investigar las causas, es un hecho que desde los tiempos de la colonia, Montevideo aspiraba á la hegemonía del Plata y sus grandes afluentes, frente á la poderosa Buenos Aires.

No es menos cierto que esa aspiración desarro-



lló en nuestro territorio, más que en cualquier otra parte, un espíritu local tan arraigado y fuerte, que la independencia del Estado Oriental y la emancipación de la Metrópoli, constituyan para los orientales un solo sentimiento,—uno é indivisible.

Cuando un pueblo siente y quiere con intensidad semejante, es error funesto contrariarlo, porque hará siempre efectiva su aspiración con tenacidad irresistible, arrollando á quienes se opongan y endiosando á quienes de esa aspiración hicieron su bandera.

He ahí el secreto de la incontestable y decisiva influencia del general Fructuoso Rivera en los destinos de nuestra patria.

Nadie como él personificó y tradujo en hechos gloriosos, la aspiración suprema de este pueblo, en páginas tan brillantes como Guayabos y Cagancha.

Si esa personificación explica su prestigio local, sin parangón posible,—explica al mismo tiempo la saña inmoderada con que Rosas, representante de la aspiración opuesta, combatió y execró la descolante personalidad de Rivera.

Cuando apesar de Rosas, pues contrariaba sus planes absorbentes,—el vencedor del Palmar y del Arroyo Grande demostró su influencia decisiva en el país, y convencido de ello, el general don Manuel Oribe resignó el mando ante la Asamblea y pidió su venia para retirarse á Buenos Aires,—Rosas, triunfante en todas las Provincias, y cuando más afianzado se veía en el poder, temió por la estabilidad de ese mismo poder.

Lo que no había conseguido un partido poderoso de la Confederación Argentina, ramificado en todas las Provincias, con el decidido apoyo de Bolivia y el eficaz auxilio de la escuadra francesa, lo había conseguido el *gaucho* Rivera al frente de un puñado de orientales. Rosas temió, en medio de sus triunfos, por la estabilidad de su poder.

Ese solo triunfo moral coloca á Rivera fuera de toda discusión acerca de su valimiento.

Para que resaltase más su personalidad en los destinos de su país y aún de la América del Sud, si para Rosas era un constante recelo, para los patriotas argentinos representaba la única esperanza que les daba aliento en su injusta desgracia.

En efecto, en Buenos Aires acababa de abortar la conspiración llamada de *los lomos negros*, con el bárbaro asesinato del doctor Manuel Vicente Maza, presidente de la Cámara de Justicia y de la Cámara de Representantes, en cuya sala fué asesinado en Junio de 1838, y luego, sin forma de proceso, fusilado su hijo el coronel Ramón Maza, presunto jefe militar de la conspiración.

En el Sur ahogóse en sangre el movimiento intentado en Julio del mismo año, por el teniente coronel Juan Zelarrayán, muerto en Bahía Blanca.

Cullén, Gobernador de Santa Fé, en Octubre del 38, es derrotado en Cayastá, y habiendo caído en manos de Rosas en Julio del siguiente año, fué inmediatamente pasado por las armas.

El Gobernador de Corrientes, Genaro Berón de Astrada, que se pronunció contra Rosas con un ejército de cinco mil hombres, fué derrotado y muerto en Pago Largo, en Marzo de 1839, por la vanguardia del General Echagüe, al mando del general Urquiza, quien hizo allí dar muerte á más de ochocientos prisioneros.

Un nuevo movimiento al Sur de Buenos Aires fué igualmente ahogado en sangre, muriendo entre otros el patriota Pedro Castelli, cuya cabeza, fija en un palo, fué expuesta durante ocho días en la plaza principal de Dolores.

Tal era la angustiosa situación de los patriotas argentinos cuando todo lo esperaban de Rivera y cuando Rosas, por lo mismo, determinó abatir ese poderío para acallar sus recelos, y someter la República Oriental para colmar su ambición.

A ese efecto dispuso que el general don Pascual Echagüe, Gobernador de Entre Ríos, invadiese nuestro territorio con un ejército numeroso.

En Cagancha, pues, donde se decidía esa campaña, se jugaban los destinos de nuestra patria y la causa de la libertad en Sud-América.

De ahí la inmensa importancia política que debe atribuirse á esa batalla, para cuya inteligencia era indispensable la recapitulación que precede.

## II

Sabedor Rivera de la proyectada invasión, trató de organizar la defensa del territorio nacional con su actividad acostumbrada. Muy oportunamente auxilió al general Lavalle, que lo había acompañado en el Palmar, enviándolo á Corrientes para que á su vez organizase á los vencidos de Pago Largo. La presencia de Lavalle en aquella Provincia, obligaba á Rosas á distraer fuerzas y dividir la atención, y efectivamente, tuvo que mandar á la frontera de Entre Ríos al general don Manuel Oribe en observación de Lavalle.

A solicitud de Cufre, nuevo Gobernador de Corrientes, mandó también Rivera algunos jefes y oficiales correntinos, que tenía bajo sus órdenes; pero con tan mala suerte, que cayeron en poder de Oribe y todos fueron muertos. (\*)

En el mes de Junio de 1839, pasó Echagüe el Uruguay, estableciendo su cuartel general en las proximidades del Salto. A sus órdenes estaban los generales Juan Antonio Lavalleja, Servando Gómez, Eugenio Garzón y Justo José de Urquiza,

(\*) Los datos que ilustran nuestra narración, en particular los relativos á la invasión de Echagüe y á la batalla de Cagancha, los tomamos de los documentos de la época, parte de Rivera, parte y comunicaciones de Echagüe, cartas del General Oribe,—y de la versión oral recogida de los labios de testigos presenciales, como el General D. Juan Mendoza, Teniente Coronel y Jefe del 1.º Escuadrón de línea en la batalla de Cagancha,—el coronel D. Feliciano González, á la sazón Sargento de órdenes del general D. Enrique Martínez, jefe del centro,—y especialmente la interesante narración del teniente coronel D. Domingo Coria, soldado entonces del escuadrón de Luna, como así mismo el recuerdo de la versión de otros testigos, ya fallecidos, como la del teniente coronel Anacleto Dufort, padre del que escribe, que según creemos, servía en calidad de alférez ó teniente en la División del coronel Fortunato Silva, y la del teniente coronel Martín Igarzábal, que había sido de los *guayaguaites* de Rivera.





como también los jefes y oficiales que habían emigrado con Oribe.—«El equipo del ejército era completo,—dice don Antonio Díaz,—llevaba un buen servicio de campaña y el total de combatientes no bajaba de seis á siete mil hombres.»—Intentó además sublevar la campaña y engrosar las filas de su ejército, y con tal fin, mandó al coronel Vélez al Departamento de Soriano, á Leonardo Olivera al de Maldonado, á Juan Valdez al de Tacuarembó y al de San José al coronel Manuel Lavalleja.—Con tales elementos, halagaba á Echagüe la seguridad de una fácil victoria, al punto que con fecha 2 de Agosto escribía á Rosas, rebotando de satisfacción, y le manifestaba que el ejército de la Confederación Argentina sobre el territorio oriental, había dado principio á sus operaciones militares para destruir el poder del anarquista unitario Rivera; que á la mayor brevedad se pondría en movimiento hacia el Queguay, donde batiría la enemigo, si osaba esperarlo; que pronto tendría la satisfacción de anunciar que, *con la existencia de Rivera, habían concluido las esperanzas de los unitarios.*

Entretanto el general Rivera seguía organizando su ejército, en observación constante del ejército invasor,—estado que duró cerca de dos meses, puesto que el general Echagüe se mantenía en su cuartel general, esperando sin duda el éxito de las expediciones enviadas á los diferentes Departamentos. A su vez Rivera no descuidaba esa parte del plan enemigo, y al efecto desprendió tropas en todas direcciones á fin de cruzar y destruir el intento de los invasores.

Por fin en Agosto púsose en marcha el ejército de Echagüe, vadeando el Queguay por el paso de Andrés Perez. El servicio de vanguardia lo hacía el general Urquiza con una división de ochocientos hombres.

Para resistir el empuje de aquella masa relativamente enorme, el general Rivera contaría á la sazón unos dos mil hombres de caballería. Comenzó entonces una de esas retiradas que bastarían para crear una reputación militar, si ya no la tuviese Rivera, pero al confirmar esa reputación, enaltece la gloria de los leones que tenía bajo sus órdenes.

Disputáronse con ardor todos los pasos, siendo teatro cada uno de ellos de un combate desigual, pero reñido y heróico.

La marcha del ejército invasor resultaba lenta y penosa á causa del obstáculo que le oponían unos quinientos hombres, al mando del bravo coronel Angel Núñez, que cubría la retirada.

Ya en el paso de Andrés Perez, mantuviéronse fuertes guerrillas que duraron hasta el anocheecer. A esa hora se retiró Núñez yendo á acampar á dos leguas de distancia, en la costa del Arroyo Grande frente á la estancia de la Cordovesa, según la versión del comandante Cozio, á quien seguimos en esta parte.

Una partida enemiga, mandada por los Francia,

según se dijo, avanzó la estancia del señor Warnes, degollándolo, como asimismo á don Melchor Ituarte, un recaudador de rentas y dos personas más.—En acción y en camino iba el bárbaro sistema de Rosas.

Tocó á la división de Paysandú el honor de cubrir hasta el río Yí, la brillante retirada. La mandaba el bravo coronel Angel Núñez é iban á sus órdenes jefes como José María Luna y Fausto Aguilar, capitanes como Santiago Alemán y Juan Francisco Monsevat, y oficiales como Alejandro Illezcas, Marcelino Almada, Donato Ruiz Díaz, Pedro Ifrán, Nicolás Raña, Felipe Luna, Luciano Arriola y otros.

Cuando Rivera pasó el Yí y Echagüe llegaba al Río Negro, se puso al general don Anacleto Medina en observación del enemigo, y el coronel Venancio Flores fué enviado con trescientos hombres al Departamento de Soriano.

A las órdenes del general Medina iban los escuadrones de los coroneles Manuel Díaz y Faustino López, el de coraceros, el 3.º de línea del coronel Victoriano Camacho y el del coronel Domingo García.

Fué tan disputado el paso del Yí, que el general Urquiza se vió obligado á esperar refuerzos del ejército de Echagüe, antes de pasar el río; pero una vez recibidos, ya muy superior en número, comenzó la persecución más tenaz y cruel de esa penosa marcha, llevándola hasta las puntas de Maciel y haciendo como nunca difícil la situación de los valientes que sostenían la retirada. Se perdieron como cien hombres, entre ellos el sargento mayor Cipriano Martínez, á quien se le cansó el caballo y tuvo que refugiarse en los montes de Maciel, salvando á penas con grandes dificultades y fatigas.

Llegado Medina al Arroyo de la Cruz, donde se encontraba Rivera, éste emprendió la marcha en dirección al Santa Lucía Chico.

Recomenzó Urquiza la persecución y ya el general Medina buscó decididamente la incorporación del Ejército, que había pasado al sur del Santa Lucía Grande, por el Paso de la Calera, lugar convenido para cesar la retirada. Allí, río por medio, acamparon los dos ejércitos.

El citado comandante Cozio narra así algunos episodios ocurridos en tal circunstancia:—«Como permaneciesen siempre los ejércitos sobre el río Santa Lucía Grande, renovándose todos los días el choque de las vanguardias con resultado vario, el enemigo nos puso una emboscada de infantes en el Paso de Severino del mismo río, y al pasar en la madrugada la división del coronel don Luciano Blanco, fué sorprendida por dicha emboscada matándosele de cuarenta á cincuenta hombres. Allí murieron el teniente Campón y el alférez Natalio Alberdi, del 1.º de caballería; pero á los pocos días el general Medina tomó la revancha. Hizo pasar de noche, en una picada falsa ó poco conocida, al mayor don Justo Tavares con su escuadrón,



á sorprender una de las avanzadas enemigas y este jefe, que era temible para una carga, se llevó acuchillando al enemigo hasta el centro de su vanguardia. Para apoyar esta operación había mandado también el general Medina á los coroneles Faustino López, Hipólito Cuadra y Domingo García, que en dos columnas, se situasen en dos cañadones del campo enemigo, que quedaban á los flancos del Mayor Tavares. Así es que cuando éste llegó á la vanguardia enemiga, lo cargan todos, pero á su vez carga el coronel García, y aparecen de uno y otro costado Cuadra y López, saliendo de los cañadones y cargando al enemigo, que huye en desbande hasta sobre su ejército, llegando el coronel López hasta el campamento de los indios Guaicurús que trata Echagüe y quedaban á la izquierda de su ejército, donde fueron lanceados muchos y muerto el cacique.»

Si la retirada del Ejército Nacional fué heroica bajo el punto de vista del valor, bajo el punto de vista militar, fué hábil y de resultados positivos. Rivera necesitaba ganar tiempo á fin de asegurar el éxito de las fuerzas destacadas para operar en los diferentes Departamentos donde á su vez el enemigo operaba. Aproximándose á Montevideo se ponía en condiciones de recibir tropas de refresco, infantería y artillería, sin exponerlas á las fatigas de las grandes y penosas marchas que hubiera exigido una batalla al Norte del Río Negro, por ejemplo, como deseaba Echagüe. Al obtener ese resultado, fatigó al mismo tiempo y desmoralizó al enemigo, obligándolo por último á aceptar el campo de batalla por él elegido y que conocía palmo á palmo.—Solo así podría aventurar la batalla con un enemigo tan superior numéricamente.

Las importantes operaciones que confió á varios jefes, dieron todas, sin excepción, el más brillante resultado. En efecto, el 31 de Agosto, á las tres de la mañana, el general Medina había sorprendido en el Arroyo de las Maulas, al coronel Vélez, derrotándolo completamente. En la persecución, el coronel Vélez fué alcanzado y muerto por el teniente Anselmo Sobredo.—El mismo general Medina derrotó, en las puntas de Arias, al coronel Manuel Lavalleja, cuando intentaba incorporarse á Echagüe.—En el mes de Setiembre, el coronel Fortunato Mieres, operando al Norte del Río Negro, derrotó completamente al coronel Juan Ruedas en el Departamento de Tacuarembó, entre Charatas y Arroyo Malo, donde murieron cinco hermanos Francia, cayendo prisionero el mayor de nombre Tomás.—También en Setiembre, el coronel Venancio Flores derrota la división de San José, compuesta de mil hombres, en el Arroyo de la Virgen y cuando la división buscaba la incorporación de Echagüe.—Por último el coronel Fortunato Silva el 17 de Octubre, cerca de San Carlos, derrotó al coronel Leonardo Olivera.

Y tales hombres, familiarizados con la victoria, eran los que concurrían á la cita que Rivera les había dado en Cagancha.

En Octubre se incorporaron al ejército tres batallones de infantería, 1.º de línea mandado por el coronel Santiago Labandera, 2.º al mando del coronel Pedro José Agüero y el denominado «Voluntarios de la Libertad», cuyo mando confió Rivera al comandante Soriano.—Incorporóse también el coronel José María Pirán con seis piezas de artillería, calibre de doce la mayor,—*La Niña*, como la llamaban en el ejército.

El ejército de la defensa nacional quedaba así reunido y organizado, compuesto, según la versión más probable, de unos tres mil hombres, frente al invasor que se apoyaba en siete mil soldados de las tres armas.

Nuestro ejército tenía setecientos infantes y el invasor quinientos,—el nuestro seis piezas de artillería y cuatro el invasor,—el nuestro dos mil trescientos hombres de caballería y el invasor seis mil quinientos. Uno contra tres.

### III

Cuando Rivera consideró al ejército suficientemente pertrechado y equipado, tomó la resolución de combatir, obligando al enemigo, ya que éste no tomaba iniciativas.

Púsose, pues, en marcha contra el invasor, levantando el campamento del Paso de la Calera. Echagüe á su vez levantó el suyo, retrocediendo hasta los campos de Callorda, al Este del Arroyo Cagancha, eligiendo allí terreno para la inminente batalla.

Rivera también eligió el suyo, próximo al cerro de Cagancha, y tendió su línea de batalla. Esto obligó á Echagüe á modificar la que tenía, apoyando su ala izquierda en unas quebradas, cerca del Arroyo, quedando así ese flanco cubierto por obstáculos naturales.

En tal situación quedaron los ejércitos, midiéndose y buscando indecisos el respectivo lado vulnerable, sin que ninguno cediera al contrario el lugar elegido. Hubiera sido imprudencia por parte de Rivera, ceder á la invitación contraria, llevando el ataque y abandonando sus ventajosas posiciones, dada la inferioridad numérica de nuestro ejército. Esa expectativa duró desde el 24 al 29 de Diciembre, y ya Rivera estaba persuadido que se le rehusa el combate, cuando al amanecer del día 29, se vió al enemigo á caballo y con su línea tendida.

Rivera dispuso en el acto formar la de nuestro ejército. El centro, mandado por el General Enrique Martínez, y compuesto por la artillería é infantería, formaba del siguiente modo: á la derecha de la artillería, el batallón núm. 1, al mando del coronel Santiago Labandera, la artillería en el centro mandada por los tenientes coroneles Pirán y Vedia, y á la izquierda de ésta, el batallón núm. 2, al mando del coronel Agüero, y el Vde oluntarios de la Libertad á las órdenes del coronel Soriano.—Mandaba el ala derecha el coronel Fortunato Silva y la componían los cuerpos que tenían por jefes á



los coroneles Pedro Mendoza, Faustino López, Victoriano Camacho, Simón Bengochea, y tenientes coroneles José H. Mirabal y Juan Mendoza.—El ala izquierda estaba á las órdenes del coronel Angel Núñez y se componía de los cuerpos mandados por los coroneles Hipólito Cuadra, Belarmino Baez da Silva y Manuel Díaz y tenientes coroneles Antonio Mendoza y Bernardino Baez.—En la extrema izquierda se encontraba el General Medina con el cuerpo de vanguardia, cuyos jefes eran los coroneles Luciano Blanco y José María Luna.—La reserva, mandada por el Gefe de Estado Mayor, General Aguiar, se componía de los cuerpos á las órdenes de los coroneles Manuel Freire, Venancio Flores, Juan Ramos y teniente coronel Vicente Viñas y todos los oficiales del Estado Mayor.

Se conservó en formación el enemigo durante algún tiempo, inmóvil y observando, retirándose de pronto.

Creyó el general Rivera que una vez más rehuía el combate y mandó desensillar y carnear. Como se le observara que, según noticias, el enemigo conservaba los caballos ensillados, contestó que estuviesen tranquilos, que el enemigo no se animaba á pelearlos. Tal era la confianza que tenía en los suyos y en el éxito.

Y efectivamente, esa recíproca admiración y confianza entre jefe y subordinados, es la primera condición de la victoria.

Esta vez, sin embargo, la confianza trajo algún trastorno, aunque por ella misma reparado.

Núñez y Luna, por ejemplo, se desprendieron de la formación para hacer tomar agua á las caballadas, á una buena distancia.

A las diez de la mañana trajeron el parte de que el enemigo había montado á caballo y emprendía la marcha.

Se restableció la formación apresuradamente, faltando sin embargo algunas divisiones, como dejamos dicho.

Se hizo el silencio precursor de la batalla. Un sol de medio día doraba la cúpula celeste, alumbrando aquellos rostros tranquilos y de mirada atenta en la expectación de los grandes hechos.

El general Rivera montaba un caballo overo rosado. Los paisanos, aún en aquellos momentos, reconocían la marca de don Sandalio Gimenez, padre. Montaba Rivera con esa arrogancia soberana de los grandes ginetes, que dá á los nuestros, según d'Amicis, aire de príncipes. Vestía chaquetilla de paño azul con alamares negros, pantalón de brin, color plomo, botas granaderas armadas de espolines, y en la cabeza, sombrero redondo de felpa, penacho punzó y divisa bordada de oro. Sable á la cintura, las riendas en la mano izquierda y en la derecha... el látigo de trenza. Era su arma de combate.

Sabía vencer, pero no sabía matar.

El enemigo había sido descubierto por el capitán Juan Mesa, de la vanguardia, que estaba de

avanzada. Mandó el parte á Medina y éste á Rivera, lo que motivó la formación de nuestra línea. En tanto, la guerrilla de avanzada cumplía con su deber y se aprestaba á resistir el empuje de la poderosa columna que, en aire de ataque, avanzaba por ese lado sobre nuestra debilitada izquierda. Era la vanguardia enemiga al mando del general Urquiza y fuerte como de dos mil hombres. La heroica guerrilla es cortada por el enemigo, perdiendo veinte hombres, entre ellos el alférez Ladislao Sanguino. Después pudo incorporarse por la derecha.

Esa diversión dió tiempo al general Medina para ordenar sus escasas fuerzas y salir al encuentro de la derecha enemiga.

El general Medina que crecía ante la dificultad, inició una serie de aquellas soberbias cargas que, ante propios y extraños, le dieron fama gigante en los campos de Itzaingó.

Vestía un traje elegante y llamativo, al modo paisano. Poncho celeste y blanco, chiripá de seda, también celeste, botas granaderas, armadas de espuelas rancias, sombrero blando, gacho, y gran divisa colorada. Montado sobre un caballo overo negro, blandía en la mano la imponente lanza.

Se le veía coronar la ondulación en que muere el cerro de Cagancha, rehacer los escasos escuadrones y desplomarse de la altura abriendo hondas brechas en la columna enemiga, sin ceder un palmo, hasta que la línea estuvo en orden á su retaguardia.

El enemigo, rehecho, vuelve á la carga más numeroso, más irresistible. Sube como la marea, amenazando inundarlo todo. Pero Luna y Núñez han olfateado el peligro. A caballo! Al trote! Al galope! Llegan al campo en momentos que la división del coronel Constancio Quinteros carga sobre el escuadrón del coronel Centurión. Caen sobre su flanco derecho y lo arrollan y deshacen. No basta. El coronel Almada con sus entrerrianos, viene de refresco, con apariencia más formidable, y los carga sin darles tregua. Unidos á Centurión, se vuelven y le hacen frente, terribles como leones acosados en su guarida, y lo arrollan y lo lancean, persiguiéndole más de media legua. Vuelven al campo. Su quehacer no ha terminado.

Núñez tiene un aspecto feroz. La manga derecha ensangrentada; en el asta de la lanza, donde es empuñada por la mano, la sangre se ha hecho espuma y parece hervir; en la espiga, corta y dentada como una sierra, cuelgan girones de carne humana. Eran zarpazos de león.

Nuestra izquierda estaba triunfante y Urquiza deshecho y huyendo espoleado por la derrota, después de haber sido rechazado tres veces.

Parece que el general Lavalleja, jefe de la reserva enemiga, con una división de mil hombres, tenía encargo de flanquear nuestra izquierda, relacionando ese movimiento con las cargas de frente que debiera llevar Urquiza. Sea que Lavalleja no se diese cuenta de la importancia de la operación,



sea que al ver nuestras escasas fuerzas y la superioridad numérica de Urquiza, la creyese innecesaria, el hecho es que, en vez de atacar de flanco, pasa por nuestra izquierda y va á caer sobre el convoy de carretas,—unas ochenta, que servían de hospital y equipo y algunas de negocio,—situado á una legua á retaguardia de nuestro ejército. Había en el convoy ochenta y cinco heridos que fueron degollados. Igual suerte corrieron tres practicantes que los asistían. Pudieron escapar y salvarse, el cirujano mayor, doctor Fermín Ferreira, y dos practicantes.

A esa fuerza tenía que batir nuestra vanguardia victoriosa.

Pero antes veamos lo ocurrido en la derecha de nuestro ejército, atacada por cerca de tres mil hombres al mando del General Servando Gómez. Aquí la faena fué más ruda y más difícil la situación del ala derecha y la reserva, no solo porque luchaban uno contra tres, sino porque el jefe contrario era desgraciadamente un oriental y se llamaba Servando Gómez, todavía cubierto con la gloriosa aureola del Rincón.

El coronel Venancio Flores fué el primero que resistió su empuje. Al generalizarse, la lucha fué empuñosa y con alternativas varias. La avalancha aplastadora arrollaba nuestros bravos escuadrones; pero se rehacían volviendo desesperadamente á disputar el triunfo, recuperando sus posiciones. A veces, pelotones deshechos y desmoralizados, como ramas que el huracán arranca de cuajo, caían á retaguardia y aguijoneados por un comienzo de pánico intentaban huir; pero allí tropezaban con el general Rivera, que los reprendía primero, los alentaba después y llenos de nuevos bríos volvían á la lucha.

Un oficial,—el único que se cita—perdió un instante la cabeza y dió rienda al caballo. Rivera quiso detenerlo y fué llevado por delante.

—¡Eso es una vergüenza, señor oficial!—le gritó Rivera, y ante aquella voz el oficial se detiene y queda inmóvil. Entonces Rivera, dirigiéndose á Mateo Tula, ayudante del General Martínez, le dice:

—Ayudante Tula! Hágase cargo de ese oficial que está asustado.

Al oír aquellas palabras, el oficial reacciona de pronto y se lanza en medio del combate.

Estos detalles demuestran la violencia y el poder de las cargas enemigas; pero en manera alguna que el enemigo durante algún tiempo, haya podido considerarse vencedor en el ala derecha. El mismo Oribe que lo afirma, dice que el General Gómez llevó catorce cargas brillantes. Quien tiene que llevar catorce cargas brillantes es porque ha sido rechazado catorce veces con igual brillantez,—heroicidad en el caso, dada la increíble inferioridad numérica de nuestros bravos. Ni un escuadrón fué sacado del campo, ni un instante dejaron de disputarle la victoria, permaneciendo siempre allí, como barrera insalvable. Eso, pues,

no es victoria. Es estar en el fiel de la balanza que un peso cualquiera puede hacer bajar de un lado ó de otro.

Y así fué.

De pronto, un brazo pujante intervino en la lucha y el enemigo vaciló. Era Angel Núñez acaudillando sus valientes. Entró como cuña de acero, soberbio é irresistible como siempre. El enemigo vaciló, perdió terreno y presintió la derrota.

Al mismo tiempo y en completo desorden, aparecen en escena grupos de enemigos que desorganizan las desmoralizadas filas de Servando Gómez y precipitan el desenlace. Eran los dispersos de Lavalleja, sableados por el incansable Medina. Y comenzó la retirada, la huida, la dispersión.

En el centro, base de la resistencia de nuestro ejército, el drama se desarrollaba buscando el mismo desenlace. Desde su comienzo, nuestra artillería molestó con eficacia el avance de las columnas enemigas. Una vez formalizada la batalla en las dos alas, avanzó el centro enemigo al mando del general Eugenio Garzón.—Con tres piezas de artillería, convenientemente situadas, empezó á molestar nuestro centro.—De improviso llega la infantería que, encubierta por una cañada, se había puesto á tiro, y se despliega en guerrilla haciendo un fuego vivo y sostenido.—Tan bien dispuestos estaban los infantes, que no se veía [ni un hombre], fusilando impunemente á nuestros infantes y artilleros.—En esa ocasión fué herido el jefe del 2.º batallón, coronel Agüero.—Nuestros artilleros en cambio, apagaron los fuegos de la artillería enemiga.—El jefe de la brigada de infantería dispuso que el batallón de voluntarios se desplegara en guerrilla y marchase contra la infantería enemiga. Esta rechazó el ataque. Había necesidad de desalojarla de su ventajosa posición, y el jefe de la brigada, poniéndose á la cabeza del 2.º batallón, emprendió el ataque decidido.—En tal momento, el alférez Enrique Vedia solicitó del coronel Pirán la venia para colocar la pieza que mandaba en situación de ametrallar aquellos infantes.

—Manténgase en formación, alférez,—le contestó Pirán,—y no quiera ir á comprometer su gente sin objeto.

Pero habiendo oído el diálogo el general Martínez, rectificó:

—Deje, coronel, á ese oficial que vaya donde dice.

El alférez Vedia tenía razón. Aunque expuesto á ser fusilado, se colocó en posición conveniente, y empezó á disparar tiros de metralla sobre los infantes enemigos, obligándolos á desalojar en momentos en que el batallón 2.º cargaba á la bayoneta.—El general Garzón dispuso entonces la retirada de la artillería y la infantería, verificándolo en dos filas.

Había llegado la hora del desastre para el ejército invasor. En ese instante emprendía la retirada la división del general Gómez. Dos ó tres tiros de





cañón, cuyas balas, bien dirigidas, picaron á retaguardia de la columna, bastaron para provocar el desbande, la huida desatentada.

Eran como las tres de la tarde.

## IV

El general Rivera se había puesto á la cabeza de dos escuadrones para verificar personalmente la persecución, y la llevó á cabo por espacio de ocho leguas, hasta el Paso del Rey, en el río de San José. Allí se detuvo porque la mayor parte de la gente que llevaba, había quedado rezagada, con los caballos cansados, al punto que llegó á dicho paso solo con cuarenta hombres.

Emprendió el regreso al campo de batalla. A la altura de la Azotea del Arroyo de la Virgen, vió que costaba el monte una fuerza como de doscientos hombres, que por lo desorganizados, se comprendía que eran dispersos del ejército derrotado.—Entre los hombres de Rivera y los dispersos, corría un cañadón muy hondo y al parecer invadable.

Pero Rivera, dirigiéndose al teniente coronel Juan Mendoza que con él iba, le dijo:

—Mire, comandante, por aquella altura, el cañadón dá paso. Vaya con dos soldados, ataje á aquella gente y dígame que soy el general en jefe. Que si quieren entregarse, les garanto la vida y hasta el regreso á su patria, si lo desean.

El comandante Mendoza cumplió la orden. El que parecía jefe consultó con sus compañeros, y contestó que aceptaban, si se les garantía el regreso á Entre-Ríos.

El general ratificó su promesa y dispuso que los prisioneros siguieran su escolta hasta el campamento. Era un espectáculo extraño, por lo inusitado, ver á cuarenta hombres llevando doscientos prisioneros *voluntarios y en libertad*. Estos conservaban hasta sus divisas blancas. El que hacía de jefe mandó pedir que pusieran gente á retaguardia para que no se extraviasen los resagados.—Se le enviaron ocho hombres.

Como don Juan Mendoza manifestara al general que ese jefe parecía persona decente, lo mandó llamar y resultó ser el secretario de Echagüe.

Al llegar al campamento, pidióles Rivera que se quitaran las divisas para evitar conflictos. Se las quitaron en el acto. Despues les cumplió la promesa, auxiliándolos con ropa y dinero y mandándolos á Entre-Ríos en completa seguridad.

Las bajas de nuestro ejército ascendieron á trescientos veinte muertos y ciento noventa heridos. Entre los primeros, el teniente coronel Feliciano Rodríguez y ayudante de campo Isidro Fuentes y varios oficiales.

Cuatrocientos ochenta hombres dejó el enemigo en el campo de batalla. Tomáronsele prisioneros varios jefes, ciento treinta y siete oficiales y unos mil individuos de tropa.

Es falso que el coronel José María Raña haya

caído prisionero. En la última carga que dió nuestra izquierda, segun testigo ocular, Raña fué perseguido por Marcelino Sosa, quien lo alcanzó en las faldas del Cerro y de un lanzazo le dió muerte.

La señal convenida con don Pedro Pablo Sierra para anunciar la victoria, era la cadena del reloj de Rivera, rota en dos pedazos. El día de la batalla le fué entregada por el teniente Chaná. Tal fué la primer noticia llegada á Montevideo.

Momentos despues el Gobierno recibía el parte de la batalla y era su portador el hoy coronel Feliciano Gonzalez. (1)

## V

La victoria fué completa. A los pocos días no pisaba el territorio de la República un solo enemigo en armas. Echagüe y Urquiza se azotaron al Uruguay. Como Urquiza no sabía nadar, estuvo á punto de ahogarse, pues en la precipitación, se dió vuelta la pelota en que iba.—El 25 de Enero el general Garzón se incorporaba á Oribe con quinientos hombres, en su campamento de Mandisoví Chico.

La causa de la libertad se había salvado.

Todos los corazones rebotaban de júbilo. Los patriotas argentinos se sintieron retemplados. Sin Cagancha la campaña de Lavalle no hubiera sido posible.—Todavía en Caseros alienta el espíritu que animó á los héroes de Cagancha.

¡Gloria, pues, á aquellos héroes legendarios!

¡Gloria á Rivera su inmortal caudillo!

A. DUFORT Y ALVAREZ.

## PENSAMIENTOS

**C**UANDO en Abril del año que hoy termina, un núcleo de ciudadanos inició los trabajos necesarios para conmemorar dignamente, y por primera vez en todo el país, la inmortal epopeya de 1825, no faltó un ilustrado compatriota y correligionario que se abstuviera de tomar participación en los cívicos festejos, alegando que se iba á cometer una imperdonable omisión y una atroz injusticia con el general Rivera, á quien, segun él, debiera considerarse como parte integrante de aquel diminuto pero heroico grupo de esforzados campeones que acaudillados por Lavalleja, desembarcaron en el Arenal Grande para redimir á su patria de la dominación extranjera ó sucumbir en la demanda. A juicio de dicho com-

(1) Pocos actores quedan de aquella gloriosa jornada. Se recuerda á los generales Juan Mendoza, Gregorio Castro, coronel Feliciano Gonzalez, tenientes coroneles Domingo Cozio, Federico Baras, Eugenio Amaro, Francisco Saenz y Santos Correa, sargentos mayores Mateo Funes, Aniceto Graceras y Floro Madriaga.



patriota, la efeméride de los 33 debiera denominarse de los 34 orientales, para dar en ella cabida á aquel invicto caudillo.

Grave error y extraña ofuscación. Aparte de la evidente inexactitud histórica que tales asertos encierran, lejos de enaltecer, como se pretendía por ese medio, la egregia personalidad del General Rivera, mas bien se la empequeñece y deprime. No puede, en verdad, conceptuarse como un simple guarismo y una nueva unidad al esclarecido guerrero que tan poderoso contingente aportaba á la lucha contra el Imperio; al hombre ilustre que por sus brillantes talentos y dotes personales, por su bravura y sagacidad proverbial, por sus notables y prolongados servicios á la causa de la emancipación desde la época de Artigas, por su elevada jerarquía militar y vinculaciones en el ejército, por los irresistibles prestigios de que estaba rodeado, y por el ascendiente inmenso que ejercía en las masas campesinas y en todo el país, constituía por sí solo una legión y legión invencible, y representaba en fuerza y poderío moral y material una cifra igual por lo menos á la épica falange del ínclito Lavalleja.

Todo induce pues á creer, sin ningún género de duda, que sin la decisiva cooperación de Rivera, hubiera fracasado de una manera irremediable la sublime y temeraria empresa de los 33, quienes habrían hecho el sacrificio estéril de sus preciosas vidas en el altar de la patria, sin haber tenido el infinito consuelo de ver á ésta redimida, y sin experimentar otra recompensa que la de legar á la posteridad sus nombres, ceñidos con la resplandeciente aureola del martirio por la más noble y santa de las causas.

Rivera es un astro de primera magnitud en el fulgurante cielo de nuestra patria histórica. Para rendirle el merecido tributo de nuestro reconocimiento y admiración, no es menester que inscribamos su imperecedero nombre en el poema incomparable del Arenal Grande, que es el timbre de honor y el patrimonio legítimo y exclusivo de Lavalleja y sus heroicos compañeros.

Al vencedor en cien combates por la libertad y la independencia de nuestra querida patria, al vencedor de Guayabos y del Rincón y al conquistador de las Misiones, le sobran títulos para obligar nuestra gratitud.

Rivera no es solo el fundador de uno de los grandes partidos políticos en que está dividida la opinión del país; es también y ante todo una gloria nacional indiscutible, y es bajo este aspecto que los orientales todos podrán y deberán asociarse á grandes festejos que en honor á la memoria del héroe proyectan dentro de breves meses organizar algunos de sus agradecidos compatriotas y admiradores.

R. L. LOMBA.

Montevideo, Diciembre 31 de 1894.

Si el recuerdo de los héroes que han combatido por la libertad de su patria debe ser sagrado para los pueblos, sacratísima para nosotros debe ser la memoria del General Rivera, que á más de darnos libertad nos legó Patria é independencia.

Luis BERGALLI.

EL GENERAL RIVERA.—Llámesese aberración—llámase, como se quiera—es un hecho que confirma la historia de la humanidad,—los grandes hombres no reciben jamás la justa recompensa por sus virtudes ó por los servicios rendidos á los pueblos en que actuaron.

Napoleón expía su grave error político en Santa Elena, entregándose á sus irreconciliables enemigos.

El inmortal General Artigas que fundó nuestra nacionalidad é hizo imposibles las pretensiones ambiciosas de los monarcas europeos, por mantener uncidos á su carro á los pueblos sud-americanos,—muere tras larga ausencia, allá;—en las selvas del Paraguay.

Muere el héroe, y—sobre su helada tumba—escritores de un pueblo que debiera serle grato, muy grato,—le tejen una corona cívica de injurias,—se la tejen con más ardor y con más encono que la que tejieron al execrable tirano argentino.

Diríase que está escrito que los hijos deben heredar el triste destino que les cupo á sus padres.—Ahí está el destino que cupo al hijo predilecto del General Artigas, ó sea al noble entre los nobles General Rivera.

El General Rivera recoge la bandera y la lanza homérica que el héroe abatido, exhaustas ya sus fuerzas, no puede más agitar, y batalla sin cesar por independizar á su Patria, por afianzar en ella las ideas más avanzadas de la libertad, de la civilización y del progreso.

Vence, y antes de ver terminado el altar en que debía custodiar sus hermosos ideales el glorioso Partido Colorado, que él formó con tan patriótico propósito,—obligado por la negra ingratitud de los que más gratitud le debieran, cometió el craso error de ir á hospedarse entre sus enemigos jurados.

Allí, el Gobierno brasileiro lo encierra en la Fortaleza de Santa Cruz para despues soltarlo moribundo.—Allí, expió nuestro héroe su traición al Imperio,—su traición, si—pero su traición por libertar su Patria. ¡Ojalá surgieran en nuestro pueblo muchos traidores como el General Rivera, sin cuyos esfuerzos nos encontraríamos hoy, en las condiciones del pobre cubano, ó figuraríamos en el mapa universal con el nombre de Provincia Cisplatina!

Como Oriental, como partidario y como hijo de uno de los más sinceros y fieles amigos del General Rivera, hijo del ciudadano Don Domingo Veracierto, tan humilde al extremo que ni su nombre



figura entre los cuatro únicos, que llegaron á compartir con nuestro *verdadero libertador* las horas tristes del ostracismo,—en este aniversario solemne, yo me inclino con veneración ante los manes del gran hombre cuya memoria debemos recordar los Orientales, y muy particularmente los que nos honramos en pertenecer al glorioso partido que él fundó.

DALMIRO VERACIERTO.

Enero 13 de 1894.

CUANDO la historia de nuestro país, se escriba con criterio imparcial y justo, los hechos del General Rivera, llenarán sus páginas más brillantes, y el sentimiento de veneración que hoy inspira á sus parciales aquella grande personalidad, se hará extensiva á todos los Orientales, pues todos ellos, aun los que desconocen su humanidad y su grandeza, han recibido de él los beneficios inestimables de la independencia y de la libertad de la Patria.

AGUSTIN DE CASTRO.

EL General Rivera vencedor ó vencido, fué siempre la más alta personalidad militar de la República.—Gloria á él.

VENTURA RODRIGUEZ.

General de División.

### (De Campaña)

## LA CASA EN QUE MURIO EL GENERAL DON FRUCTUOSO RIVERA

FRONTE al extremo Oeste de esta población, (Melo) en la orilla opuesta del arroyo Conventos, como á una cuadra más ó menos, (campo de don José Abella), en una eminencia desde la cual la vista domina un hermoso panorama, se levanta una habitación de muy humilde apariencia por su rústica construcción de paredes de piedra y ladrillo, desnuda de todo retoque arquitectónico, y techo pajizó; pero que por los recuerdos que evoca á la memoria, tiene todas las proporciones de un monumento histórico.

En aquella habitación, exhaló el último suspiro uno de los jefes mas preclaros de nuestra nacionalidad, aquel que con Artigas y Lavalleja nos legó una patria libre, independiente y constituida.

El esforzado paladin de la regeneración política de nuestro suelo; aquel que fué uno de los primeros en poner su espada y servicios á disposición de los homéricos *Treinta y Tres*; el invicto guerrero que con su valor espartano contribuyó al triunfo de las huestas patriotas en Sarandí; el vencedor de Guayabos, Misiones, Rincón y Cagancha; el digno primer Presidente Constitucional de la República,—vió llegar su última hora en la habitación á que nos referimos, el nefasto día 13 de Enero de 1854.

Dirijase con su ejército á la capital, de donde era llamado para formar parte del Gobierno Provisorio de aquel entonces—y de una manera casi inesperada lo sorprendió la muerte; cuando aun estaba llamado á prestar nuevos é importantes servicios á la patria.

¡Era como el cedro corpulento que entre las estepas del Líbano resiste los embates y rigores del tiempo, por años dilatados!

¡Era como el gladiador soberbio que en el circo romano solo perdía su fuerza hercúlea, al exhalar el último hálito de vida!

¡Era, en fin, como el soldado que en cumplimiento de su sagrado deber, no abandona el puesto que se le ha confiado, aun cuando lo ataque un enemigo diez veces mayor, sinó hasta el momento en que cae para no levantarse jamás!

Así era el General Rivera.

Hasta el último instante de su vida fué el cedro altivo, el gladiador soberbio, el soldado espartano que solo podía rendirse bajo el peso de una fuerza sobrenatural, irresistible, suficiente para derrumbarlo y aplastarlo todo, como lo es la misteriosa fuerza del destino.

Y el destino fatal vino á cumplirse en él cuando, recién llegado á Melo, se preparaba para continuar su marcha atendiendo siempre solícito al llamado de la patria que una vez más reclamaba sus grandes y meritorios servicios.

Pasarán los años, y quizás mas tarde, esa histórica finca que hoy pertenece al Sr. José Abella, si no es cuidada como lo ha sido hasta ahora, se derumbe por la acción del tiempo ó de la piqueta del albañil, no quedando como recuerdo de ella sinó una tradición que podrá tambien conservarse ó no imperecedera en el pueblo.

¿No sería, pues, un acto en extremo patriótico, ya por tributar un homenaje de veneración á la memoria del General Rivera, ya por la importancia histórica que reviste el lugar en que falleció, colocar allí una lápida ó una columna con inscripción indeleble que recuerde al viajero el triste acontecimiento desarrollado en aquella casa, el 13 de Enero de 1854?

A los poderes públicos corresponde la realización de esta idea, si es que se dignan tomarla en cuenta; pero, en caso así no suceda ¿no sería posible entre el pueblo obtener fondos para tan plausible fin, hacer construir una lápida ó columna y colocarla, mediante la aquiescencia del Sr. Abe-



lla,—que creemos no la negaría,—en el aniversario de la muerte del preclaro general?

Esperamos que si, pues creer lo contrario sería desconocer en nuestro pueblo los sentimientos de gratitud y veneración eternas que guarda hacia la memoria de los héroes legendarios que, como Rivera, dejaron escritas con su espada, tantas brillantes páginas de nuestra historia.

BLAS C. MARTÍNEZ.

(Redactor de EL PARTIDO COLORADO.)

**D**ICHOSO aquel que después de cumplir su misión en la tierra, baja a la tumba respetado por sus conciudadanos y llorado [por los patricios—así fué el General Don Fructuoso Rivera fundador del gran partido COLORADO en ésta República—por eso su pueblo, no obstante la crisis financiera que lo tiene momentaneamente abatido, y la lamentable circunstancia que atraviesa debido a la desidencia entre los miembros de la colectividad política que él propio formó; atiende con orgullo espartano al llamado que en nombre del patriotismo se le hace, para conmemorar el aniversario de su muerte, emitiendo, aunque ligeramente, sus ideas por medio de la palabra escrita; pueblo que así procede, es un pueblo valiente, digno que su nombre se inscriba con caracteres indelebiles en las primeras páginas del gran libro de la humanidad agradecida, para que sirva de ejemplo ciudadano a la juventud que por ley natural, está llamada a relevarnos en el escenario público.

ALFREDO PARODI.

Redactor de «El Argos»

Durazno, Enero de 1894.

**L**A eximia personalidad del General Fructuoso Rivera, como el astro rey, ha tenido sus eclipses; pero así como éste irrada esplendente y perdurable en los dilatados horizontes planetarios, aquella brillará en el zénit de la historia patria como un sol de gloria nacional.

Brazo potente de Artigas en la lucha inicial de nuestra emancipación política, patriota abnegado en la homérica campaña del año 25; héroe y temerario combatiente en Rincón y Sarandí; conquistador glorioso de Misiones; gobernante de miras levantadas; dueño del país por su inmenso prestigio de ocho lustros de cruento batallar y sacrificios;—resignase a vivir la vida del proscrito, extrañado por sus propios amigos de causa, falto de recursos, lejos del consuelo de la esposa y las caricias de los suyos, enfermo y en el ocaso de su existencia, suspirando siempre, como el vencedor de las Piedras en su largo ostracismo, por la felicidad y el engrandecimiento de su tierra natal.

Pobre y resignado, sumiso a la ley y fiel al principio de autoridad por cuya consolidación sacrificara sus mejores días,—la madre común le llama a su regazo, colmándole de nuevos honores, y al pisar su suelo, el mal acrece, flaquean sus fuerzas y rinde el fatal tributo de su ser a la avara y despiadada naturaleza.

Su muerte fué su apoteosis, porque murió para nacer a la inmortalidad y la justicia.

SETEMBRINO E. PEREDA.

Paysandú, Enero de 1894.

**L**A memoria política y militar del General Rivera, grabada en los anales de la historia patria con su espada inmortal en los campos de Guayabos, Rincón, Misiones y Cagancha, es la síntesis del heroísmo uruguayo, y su gobierno, la gran escuela del ciudadano.

Hoy, el día de su 40 aniversario, sus manes reciben el homenaje y tributo de un pueblo agradecido.

P. GALARZA.

Mercedes, Enero de 1894.

**R**ENDIR culto homenaje a la memoria del benemérito General D. Fructuoso Rivera en el 40 aniversario de su fallecimiento, poniendo de relieve sus virtudes cívicas y su esforzado patriotismo en aquellos días legendarios, en que con su límpida espada contribuyó entre los primeros a fijar los fundamentos de nuestra nacionalidad; es, a la vez que un acto de bien merecido reconocimiento póstumo de parte de sus conciudadanos, hacer el proceso de estas situaciones efímeras y ominosas que afligen a la patria que él contribuyera a formar y organizar, y que pasarán sin duda alguna, obedeciendo a los eternos principios que rigen las leyes de la dinámica político-social.

Inspirándonos, pues, en los manes de tan ilustre prócer, luchemos con energía y sin descanso por rehabilitar el temple de nuestro carácter primitivo de pueblo viril, soberbio y altanero de sus derechos y prerogativas; que solo así de tal manera nos habremos hecho dignos de merecer los alhagos de una patria grande y feliz en la que quepan todos los orientales.

ELOY J. LEGAR.

Paysandú, Enero de 1894.

**M**AS arriba de los laureles de Guayabos, Rincón, Las Misiones y Cagancha, más alto que su condición de protector de los Treinta y Tres, existe en el General Rivera, el honor de haber inspirado el credo y los hábitos del



partido colorado, el cuál ha representado las aspiraciones generosamente liberales de nuestra colectividad social, y cuya tradición es la historia de la lucha de la libertad contra la tiranía, en el Río de la Plata.

La memoria del General Rivera, no se honra pues, con himnos más ó menos sinceros en su loor, ni con magníficos monumentos, sino con la abnegación y el civismo de los colorados, tan necesario en estos tristes tiempos en que para tantos la conciencia política, es una mercancía barata, y hasta la obra de nuestro glorioso corifeo parece se fuera convirtiendo en la inmensa sombra de una grandeza derruida.

JOSÉ E. ESPALTER.

Rocha, Enero de 1904.

RINDAMOS culto á las tradiciones del Partido Colorado, honremos la memoria de sus próceres y amemos la libertad, que así lo perpetuamos en el porvenir y nos confortamos en estos momentos de prueba. Salvemos inmaculados sus principios, repudiando las iniquidades que se hacen á su nombre, para conservarle su virtualidad de hacer la felicidad de la Patria.

B. M. CUÑARRO.

Mercedes, Diciembre 28 de 1893.

RIVERA fué el alma de la independencia de la República Oriental del Uruguay, como puede verse por los gloriosos triunfos obtenidos en Guayabos, Sarandí, Las Misiones y Cagancha. Por su patriotismo y liberalidad, por su valor y probidad, se granjeó la voluntad de sus conciudadanos, legando á su patria las más brillantes páginas de su historia contemporánea.

MANUEL B. TARDÁGUILA.

Maldonado, Enero de 1904.

EL vencedor de Guayabos, Rincón, las Misiones, Cagancha, Sarandí, Yucutujá, Palmar y otros cien combates; el que dió su fortuna y su vida por la libertad de la patria; el que creó y dió nombre imperecedero al gran partido colorado, merece no solo que se le levante una estatua, sino que la gran colectividad de ese partido anteponiendo todo resentimiento y unido y fuerte en su deber y su derecho, se inspire en el recuerdo de su jefe é imitando su ejemplo llegue al ideal por la felicidad y engrandecimiento de la patria.

JOSÉ N. ESCOBAR.

San Fructuoso, Enero de 1904.

GLORIA y honor al benemérito General Don Fructuoso Rivera; ¡que descanse tranquilo! sus correligionarios sostendrán con fé la bandera y tradiciones que nos legó.

RAMON ARENAS.

Coronel

San José, Enero de 1894.

ENTRE las extravagancias que se verifican en los pueblos jóvenes al formarse para la vida democrática, se observa con frecuencia que los más preparados para ello son los que, generalmente, actúan en su contra, paralizando así su marcha progresiva hacia el objetivo que se quiere alcanzar, y en cambio, se presentan en el escenario político hombres del pueblo sin preparación alguna, que sirven la causa de la democracia, vinculando á ella sus nombres, guiados solamente por su instinto patriótico y por su buen sentido natural.

La enseñanza que resulta de este hecho por todos constatado, es que los buenos ciudadanos, los ciudadanos útiles, no siempre se encuentran entre los que se han formado en las aulas universitarias.

FRANCISCO MORELLI.

Colonia, Enero de 1904.

GLORIA y respeto á las cenizas del invicto Brigadier General Don Fructuoso Rivera, que jamás dejó hollar el Partido Colorado.

JUAN FELIX DA SILVA.

San José Enero de 1904.

CUANDO seáis ciudadanos hijos míos, y entreis en el maremagnum de la vida, enseñad á los vuestros que veneren el nombre del General Don Fructuoso Rivera y que defiendan, tanto como á su honor, las tradiciones que, después de cruentos sacrificios, nos legó; que educados en esa escuela, serán el pedestal de las instituciones.

LISANDRO F. FREIRE.

San José de Mayo, Enero de 1894.

EL recuerdo de Fructuoso Rivera retempla el Espíritu, y el respeto y veneración que se guarda á su memoria, es el monumento más grandioso que se le pueda erigir.

ENRIQUE FAGET.

San Eugenio, Enero de 1894.



El vencedor de «El Rincon de las Gallinas» el Reconquistador de los siete pueblos de las Misiones, el principal coadyuvante de la obra redentora de los Treinta y Tres, cuya empresa hubiera fracasado sin el concurso del General Rivera, ha dejado impreso un timbre de gloria en la historia de nuestra nacionalidad, que alcanza á todos los orientales.

Su personalidad se destaca entre los héroes de las guerras de nuestra independencia, por su valor indomable, su constancia, su humanidad y por su profunda intuición del triunfo final de la libertad de su patria.

A despecho de los menguados rencores partidistas, el Jefe del gran partido de la libertad, es la figura más brillante de nuestra epopeya nacional: será el Cid, el Guillermo Tell de aquellos tiempos heroicos que las generaciones futuras han de venerar, como veneran los pueblos que aprecian su independencia y sus libertades, á los héroes generosos que supieron conquistarlas para legarlas como herencia de su gloria.

LA REDACCIÓN DE EL RIVERISTA.

Minas, Enero 1.º de 1894.

El invicto general don Fructuoso Rivera fundó el partido colorado para guardian de las libertades institucionales de la patria reconquistada de manos de tiranos sanguinarios. Los que después de cuarenta años de su muerte pretenden representar á ese partido, arrogándose la facultad de dirigirlo, han hundido la patria confiada á su guardia, haciendola el botín de insanas ambiciones personales, y si el héroe de mil batallas tuviese la facultad de resucitar y darse cuenta de la manera que en el año 1893 se practicaron los actos más solemnes en la vida de los pueblos, las elecciones generales, descendería de nuevo al sepulcro, convencido de haber luchado y vivido en vano.

OTTO SCHULTZE.

Durazno, Enero 1.º de 1894.

Fructuoso Rivera! Nada tan sencillo y hermoso á la vez como consagrar á la memoria del vencedor de Cagancha un Número Único en el que —como enseñanza grandiosa y útil—tracen los soldados del Gran Partido Colorado dos palabras que hablen al corazón, que eleven los sentimientos que inspiren al alma bien sentidas afecciones y que despierten y eduquen las virtudes cívicas de nuestros hijos.

EMILIO E. THÉVENET,  
Director de LA PRENSA

Salto, Enero 2 de 1894.

Es un imperioso deber de patriotismo el rendir tributo de homenaje y respeto á la memoria de nuestros mayores que se distinguieron, en vida, por su heroísmo y virtud;—y ese deber es aún más ineludible, tratándose del benemérito general don Fructuoso Rivera, militar de valor á toda prueba y jefe de un partido que llenará de admiración al mundo por la tenacidad con que ha siempre defendido las libertades públicas.

RAMÓN TABARES.

San José, Enero 12 de 1894.

Como el choque de dos nubes preñadas del rayo, que impelen electricidades contrarias, así fueron los hechos del heroico soldado del Partido Colorado Fructuoso Rivera, en pró de la independencia de nuestra amada patria.

Dedicar un recuerdo al patricio eminente, es superior para mí, en este momento, á todo cuanto pueda llamarse felicidad.

¡Gloria al genio!

J. VILLAR.

General de Brigada

Arapey, Enero 2 de 1894.

Rivera ha sido la estrella más luminosa, que protejió á Lavalleja en su heroica empresa, la que libertó nuestra querida patria del poder extranjero, y ese mismo astro, reflejó también, en segunda época, para sostener la jurada independencia de la patria de Artigas, amenazada por las huestes del tirano Rosas, comandadas por su jefe, Oribe.

Rivera pues, simboliza «Patria Uruguaya.»

P. BAGNASCO.

Teniente Coronel.

San José, Enero 3 de 1894.

## SUETOS DE LA DIRECCION

EL GENERAL DON JUAN MENDOZA

Y

EL DR. DON ANGEL FLORO COSTA

PARA explicar el motivo de no figurar entre los colaboradores de esta publicación el veterano de la Independencia, el valiente de Cagancha General Don Juan Mendoza, y el ilustrado Doctor Don Angel Floro Costa, una de las más lucidas





inteligencias de la República y del partido colorado, damos á continuación las cartas siguientes:

*SS. Don Antonio O. Villalba y Don Alcides De-María.*

Señores:

En contestación á la atenta comunicación de ustedes, debo manifestarles que uniéndome vínculos de consanguinidad con el General Rivera creo que ese hecho es un motivo poderoso para escusarme de tomar parte en la manifestación de simpatías que se proyecta en su honor.

Sin dejar por eso de aplaudir tan brillante idea, hago votos porque el mejor éxito la corone.

Saluda á ustedes atentamente.

JUAN MENDOZA.

s/c. Diciembre 29 de 1893.

Buenos Aires, Diciembre 29 de 1893.

*Sres. D. Antonio O. Villalba y D. Alcides De-María.*

Mis estimados compatriotas.

He recibido la atenta nota que Vds. se han dignado dirigirme, solicitando mi cooperación para la edición del número único titulado «FRUCTUOSO RIVERA» y me es sensible declinar el honor que Vds. me hacen al querer incluir mi nombre entre los trabajos que ella debe contener—pues ausente del país y con mi tiempo consagrado á los asuntos particulares que han motivado mi viaje á ésta—no me es posible contraer mi espíritu á producciones históricas, que requieren meditación y calma.

Deseando á Vds. un completo éxito en ese pensamiento patriótico—me es agradable suscribirme su compatriota y amigo.

A. FLORO COSTA.

### ¡SALUD VALIENTES!

Al conmemorar el «FRUCTUOSO RIVERA» el recuerdo y las glorias de la gran personalidad política y militar del general Dn. Fructuoso Rivera, en el 40 aniversario de su muerte, saluda con respeto y cariño á los viejos soldados que combatieron bajo sus órdenes, en aquellos tiempos de abnegación y de heroísmo, y que aun sobreviven para testimoniar con su palabra los hechos casi fabulosos que se atribuyen al valor espartano, al arrojo, á la inteligencia y la pericia de aquel ilustre guerrero, que si hubiese actuado en escenario más vasto y en épocas más adelantadas, habría legado á la posteridad un nombre universal.

De esos sobrevivientes recordamos los nombres de los Generales Juan Mendoza, Simon Martinez, Ciriaco Burgos, Gregorio Castro, Manuel Caraballo, Doroteo Enciso, Sandalio Ximenez, Se-

bastian Solsona, Ventura Rodriguez, Gervasio Galarza, y Francisco Belen, en cuyas personas saludamos tambien las de los Sres. Coroneles y demás Jefes y Oficiales de aquel tiempo.

Entre esos beneméritos figura el nombre del Sargento Mayor Dn. Mateo Funes, que era segundo Jefe de la Escolta del general Rivera en Cagancha, y que aun conserva el mismo grado de Sargento Mayor, despues de más de *medio siglo* de la fecha de aquella memorable batalla.

Salud! valientes; y que vuestras charreteras tengan siempre el puesto de honor que les corresponde en el ejército de la República.

### EL DOCTOR CASTELLANOS

Por la premura del tiempo y la circunstancia de haber tenido que ausentarse para el campo el doctor Dn. José María Castellanos, no hemos podido recoger el autógrafo que nos había ofrecido y que gustosos hubiesemos publicado.

Como el Dr. Castellanos es persona caracterizada en nuestro partido, creemos conveniente explicar el motivo de no aparecer su nombre entre los ilustrados colaboradores del «FRUCTUOSO RIVERA»

### La imprenta de Cagancha

La imprenta de campaña tomada por el general Rivera al enemigo, en la batalla de Cagancha, fué regalada por el vencedor á D. Isidoro De-María, como una demostración de aprecio por lo que había contribuido como periodista al triunfo de su causa.

Cuando el Sr. De-María se trasladó á Entre-Ríos el año 49, con motivo de los sucesos que se preparaban por Urquiza para derrocar á Rosas y Oribe, dejó la prensa de aquella imprenta, que era una pequeña prensa de madera, en poder de un miembro de su familia, quien sin tener idea de la importancia histórica del mueble, y apremiado por la necesidad en aquellos tiempos del *sitio* en que de todo se carecía, la vendió á don Juan Buela por el precio de unos seis patacones.

Con esa prensa principió Buela la publicación de *El Telégrafo Marítimo* que fué la base de su modesta fortuna, que ha ido creciendo en formato á manera que ha crecido el desarrollo del comercio, y que aún subsiste como el Matusalen de nuestros diarios.

También subsiste la prensa en poder de los hijos del Sr. Buela, y sería de desear que no desapareciera, por uno de esos descuidos tan comunes entre nosotros, ese *traste viejo* que nada vale ya para la imprenta, pero que vale mucho como objeto histórico digno de conservarse.



## EL CAÑÓN DE LA SALVA

El Mayor don Santiago Gadea, ayudante del Ministerio de Justicia, y otros testigos oculares, refieren que cuando murió el general Rivera, en la costa de Conventos, el coronel don Brígido Silveira jefe de la división que lo acompañaba, mandó que se le rindieran honores fúnebres disparando un tiro de cañón cada cuarto de hora.

La pieza con que se hicieron los disparos era un cañoncito de campaña que habían traído de Cerro Largo, y el oficial encargado de hacerlos el alférez Alejo Almada.

Ignoramos el paradero del mencionado cañoncito, que creemos era de bronce, y que por la circunstancia enunciada debería figurar entre los objetos históricos que se custodian en nuestro Museo Nacional.

Dejamos á quien corresponda, la tarea de averiguarlo y de darle, caso que se encuentre, el destino que se crea más conveniente.

## EL PRIMER BOLETIN

El diario de aquella época que publicó el primer boletín anunciando el triunfo de Cagancha, fué «El Constitucional» redactado por D. Isidoro De-María, y cuya imprenta, que se titulaba del 18 de Julio, estaba establecida en la calle 25 de Mayo esquina Cerro, frente á la casa de don Luis Lamas.

El redactor del Constitucional fué la primera persona á quien D. Pedro Pablo Sierra, que vino desde su quinta situada á inmediaciones del antiguo cuartel de Morales, en un caballo malacara, dió la noticia del triunfo, mostrándole la memorable cadena rota y explicándole el enigma que cerraba su envío por Rivera.

Desgraciadamente el Sr. De-María no conserva en su archivo ningun ejemplar de ese boletín, por lo cual nos vemos privados de publicarlo.

La casa donde el patriota Dn. Pedro Pablo Sierra llevó en seguida la noticia, fué la de Doña Bernardina Fragoso, esposa del general Rivera, que vivía entonces en la calle San Felipe esquina San Gabriel.

## EL SEPULCRO DE RIVERA

El coronel Flores, miembro del Gobierno Provisionario, y sus ministros don Juan José Aguiar, General don Enrique Martínez y don José Antonio Zubillaga, firmaron un Decreto mandando construir, á expensas del tesoro público, un sepulcro al General Rivera en la iglesia Matriz, donde después de escrito en él su nombre, sus títulos y el día de su fallecimiento, se grabara la siguiente inscripción: *El pueblo Oriental á su perpétuo defensor.*

Hasta la fecha, los restos del general Rivera, inhumados en nuestra catedral, no tienen siquiera,

una pobre lápida que indique que aquella es la tumba del campeón de nuestra independencia.

¡Oh gratitud nacional!

## Nuestras ilustraciones

1.<sup>a</sup> *Grupo iluminado de banderas y escudos de la Patria.*—Dibujado segun los modelos pedidos al historiador nacional Don Isidoro De-María.

2.<sup>a</sup> *Retrato del general Dn. Fructuoso Rivera.*—Dibujo de Diógenes Hequet, tomado de un cuadro al dagarrotipo del año treinta y tantos, propiedad del general Don Juan Mendoza.

3.<sup>a</sup> *Croquis del paraje donde murió el general Rivera.*—Tomado de un plano de mensura practicada en 1866 por el agrimensor Dn. Ramon Santos, y que existe archivado en el Departamento de Ingenieros.

4.<sup>a</sup> *Vista exterior del rancho de Dn. Bartolo Silva, donde murió el general Rivera.*—Copia de una vista tomada por el fotógrafo de Melo Dn. P. Sasiain.

5.<sup>a</sup> *Interior del rancho en el momento de la muerte.*—Dibujo de Diógenes Hequet segun datos de testigos presenciales.—Las personas que aparecen rodeando el lecho de muerte son: F. Gadea y el Secretario Onetti, á la cabecera; á los piés el comandante Illescas, el capitán Julian Borches y Angel Vega, escribiente del general, y más atrás un muchacho, llamado Faustino, que le servía de asistente.—Los muebles se conservan aun en la misma casa.

6.<sup>a</sup> *Cortejo fúnebre que condujo los restos del general á la Capital.*—Dibujo de Somavilla, segun datos históricos.—La escolta era mandada por el capitán Gregorio Carabajal, de Canelones, y el carruaje, propiedad de doña Justa Blanco, fué enlutado con coco negro, por Angel Vega y el coronel Aro.

## Sumario:

Dos palabras—Artículo de la Dirección.

Biografía del general Rivera, por don I. De-María.

Rivera, por don Carlos Travieso.

El Patriota, por el general don Simón Martínez.

Rincón, por el doctor don Federico Acosta y Lara.

Rivera, por un Colorado.

Recuerdos de antaño, por viejo un Colorado.

Un pensamiento, por el doctor Domingo Mendilharzu.

El general Rivera, por Luis Fabregat.

Antes .. después .. ahora .. poesía, por Alcides De María.



La batalla de Cagancha, por el doctor don Anacleto Dufort y Alvarez.

Pensamientos: Recibidos de la Capital y Campaña.

Sueltos de la Dirección.

*Autógrafos* de las personas siguientes:

Sebastián Solsona, General de Brigada.

Fernando Toares, ex-Ministro y ex-Senador.

Sandalio Ximenez, General de División.

Tomás Gomensoro, Presidente del Senado.

Máximo Tajés, Teniente General y ex-Presidente de la República.

Rosendo Otero, Abogado y Senador.

Nicomedes Castro, General de Brigada.

Blas Vidal, Senador y ex-Ministro.

José Román Mendoza, Abogado y Representante.

Pedro Carve, ex-Senador.

Alberto Flangine, ex-Ministro.

Cárlos de Castro, Representante y ex-Ministro.

Jacobo A. Varela, ex-Inspector Nacional de I. P. y ex-Ministro.

Salvador Tajés, General de Brigada y ex-Jefe Político.

Pablo Nin y Gonzalez, Calígrafo notable y ex-Representante.

Amaro Carve, Senador y ex-Ministro.

Pedro Bauzá, ex-Senador.

Isidro Tabares, Teniente Coronel.

Salvador Laírobla, Coronel y Jefe de la Penitenciaría.

Pedro De Leon, General de Brigada y ex-Ministro.

Antonio Pedemonte, Teniente Coronel.

Celedonio Islas, Coronel y ex-Jefe Político.

Oscar Hordeñana, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores.

Benigno P. Carámbula, Coronel y ex-Jefe Político.

Enrique De María.

Angel Casalla, Coronel.

Federico E. Acosta y Lara, Abogado y catedrático de la Universidad.

Santos Arribio, General de Brigada y Jefe de Estado Mayor.

Mateo Magariños Veira, abogado.

Antonio O. Villalba, ex-Representante.

José Miranda, Teniente Coronel.

Pedro Figari, abogado.

Ventura Silveira, coronel.

Luis Carve, ex-Representante.

Antonio S. García, Capitán de artillería.

Alfonso Acosta y Lara.

Federico Canfield.

Agustín B. de Castro, Representante.

Estanislao Perez Nieto, ex-Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra.

Luis Queirolo, Teniente Coronel y Jefe Político.

Julian O. Miranda, Inspector de Instrucción Pública.

Carlos Burmester, Agrimensor.

Jorge Bayley, Teniente Coronel, Jefe de la canonera «General Rivera».

Blas Vidal (hijo), Abogado.

Leonardo Rivera, Oficial del Ejército.

Juan J. Debali, Teniente Coronel de artillería.

Eulogio de los Reyes, Teniente Coronel.

Mateo Magariños Solsona, Literato.

Enrique P. Torres.

Manuel Echevarria, Teniente Coronel.

Adolfo B. Perez, Coronel, Jefe del Regimiento de Artillería Ligera.

Carlos M. Maeso, Oficial Mayor del Ministerio de Guerra y Marina.

Carlos Morador y Otero, 2.º Jefe del Regimiento de Artillería Ligera.

Alcides De Maria.

Angel de León, Coronel.

Julio Dufrechou, Teniente de artillería.

José María de Nava, ex-Ministro.

Alvaro Acosta y Lara.

Francisco P. Miranda, Teniente de marina.

J. Baptista y Vedia, Teniente de artillería.

José P. Massera, Abogado.

Juan M. Villar, Teniente Coronel y Juez de Instrucción militar.

Juan Suarez Gordillo, Teniente Coronel.

Antonio H. Conte.

Luis Revuelta, ex-Representante y Jefe Político.

Arturo J. Olave, Teniente de artillería.

## A LOS COLORADOS

Los abajo firmados, antiguos soldados del héroe General Rivera, que oyeron vibrar en sus labios las rápidas y seguras órdenes de mando, en las batallas libradas en defensa de la Patria y sus instituciones, se hacen un deber en invitar a todos los colorados a concurrir a depositar el 13 del corriente una siempreviva en la tumba del que fué su jefe.

Montevideo, Enero 10 de 1891.

*Simón Martínez, Feliciano González, Ramón Tabares, Floro Angel Madriaga, Federico Barras, Santiago Gadea, Domingo Cozio, Mateo Funes.*

## Brigadier General Fructuoso Rivera

La Dirección del número único «FRUCTUOSO RIVERA», la Dirección de «El Día» y la Dirección de «El Deber» solicitan de las familias orientales y en particular de las de sus correligionarios los colorados, el envío de flores para cubrir el 13 de Enero próximo, la tumba del vencedor de Guayabos, Guaviyú, Queguay Chico, Rincon, Las Misiones y primer Presidente de la República.

Los envíos, que desde ya se agradecen, deberán hacerse en la tarde del día 12 del actual, a las redacciones de «El Día» 25 de Mayo núms. 421 y 423 y de «El Deber» 25 de Mayo núm. 443.

Montevideo, Enero 2 de 1891.



# CROQUIS

del paraje donde murió el General Don Fructuoso Rivera



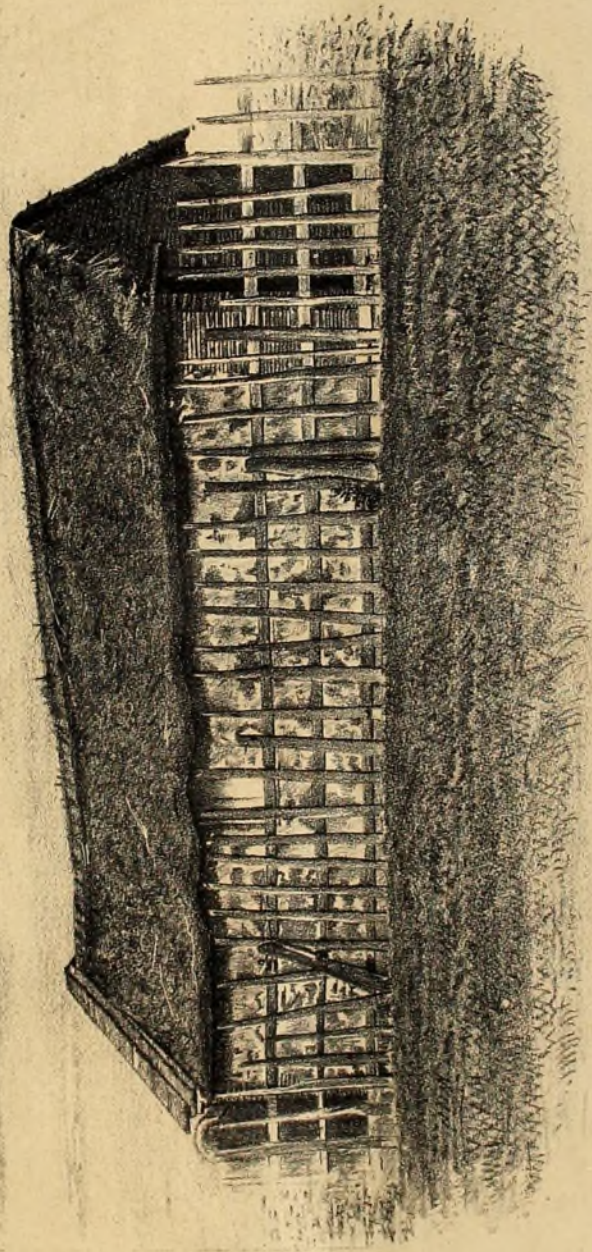
ESCALA  $\frac{0.001}{20 \text{ m}}$



1860

1860





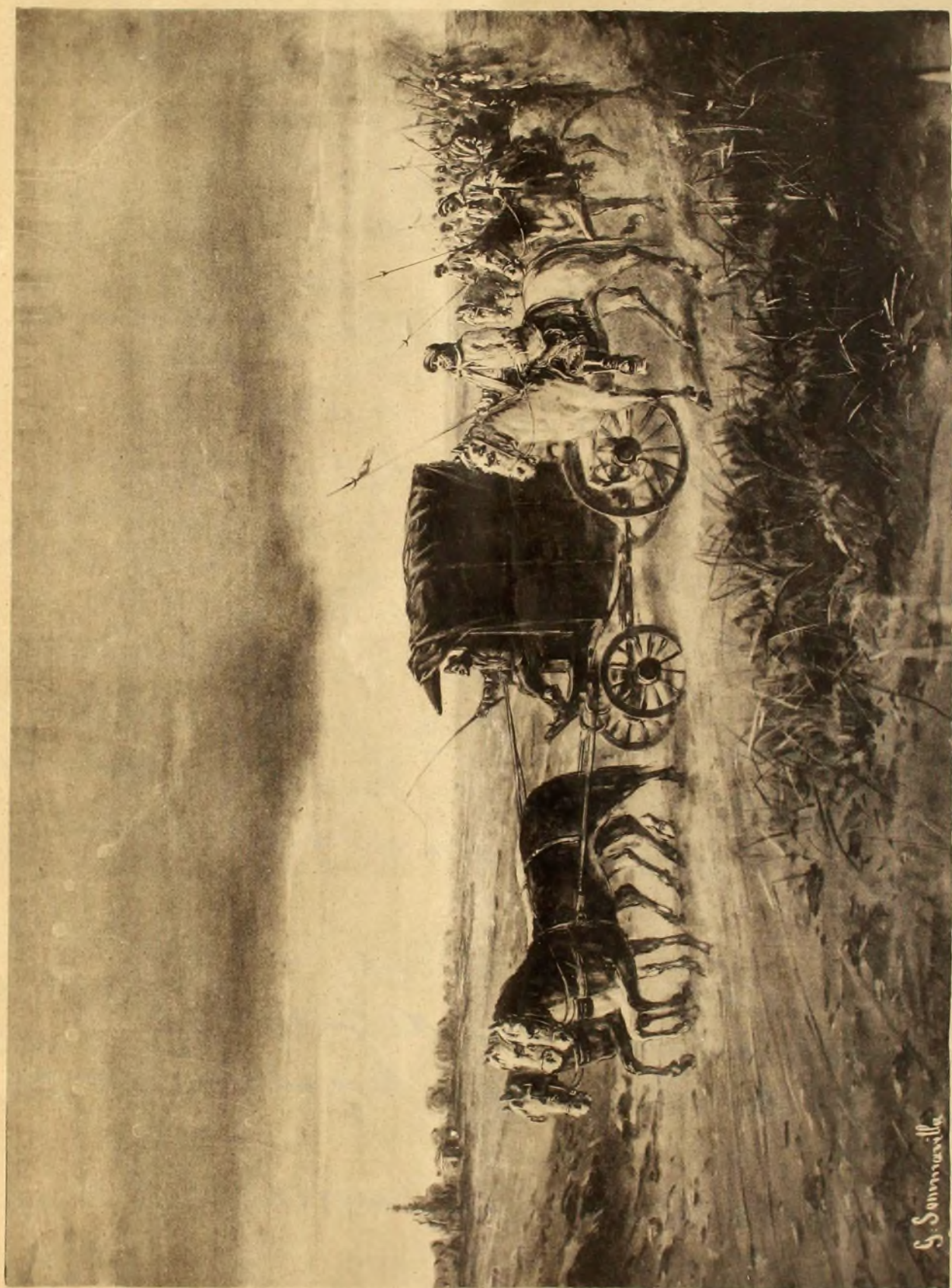
Casa en que falleció el General Don Fructoso Rivera, en la Costa del Arroyo Conventos, frente á la Villa de Melo (Departamento de Cerro Largo) el 13 de Enero de 1854











S. Somerville





# Rivera

¡13 de Enero de 1854! La luz de aquella existencia se había apagado para siempre. — Allí en el arroyo Corrientes en un miserable rancho, acababa de expirar en brazos de sus amigos. ... Ya no se oiría su voz al través de los campos en que él había batallado sin cesar, en donde había alcanzado tantos triunfos. ... Ya no se oiría su voz de combate en medio del fuego y las balas, arrebatando al enemigo y llevando la victoria en aquellas cargas de caballería que solo él, batallador incansable, supo hacer. —

¡13 de Enero de 1854! La bandera Oriental entera se estremeció en aquel fatal momento; todo fue triste en aquel día. — Desde el Uruguay al océano, una voz única, de sentimiento y consternación se elevó en los aires. — La patria por la que él, había expuesto su vida en los más ruidosos combates, quedaba abandonada, su hijo predilecto había cerrado los ojos para nunca más!

Si Francisco Rivera había muerto! Pero la memoria del vencedor de Guayabos, y del Príncipe de las Misiones y la gaucha, jamás se borrará!

¡Del libro de los existentes pasaría al libro de la posteridad!

Pablo de la Cruz Torres

Montevideo Noviembre 1.º de 1879





Rivera en es.  
las playas, es  
el apóstol de  
la libertad

Sebast. Balsaña

¡Fuerzas Rivera!

He aquí uno de los  
hombres más notables de  
América y el segundo  
de los hombres ilustres  
de la patria.

Cuando la nación que  
tan poderosamente combatió  
se agita, se agita, se agita  
de y febril, y se agita

a todo, reflejando sobre  
el fundador una parte  
de su gloria, entonces,  
el nombre de Rivera  
se repite por la  
humanidad, como el de  
un hombre eminente  
por sus virtudes, de  
ciudadano, por la  
lealtad y el valor.

Los hombres como Ri-  
vera, cuando moran, no  
sienten sino a la nación  
que los produce. Son  
ciudadanos en todos los  
pueblos y en toda época.  
Fernando Fournier



Cimentar el Triunfo y la gloria de la Patria, no con la Galatrina del Hrisburo, sino con la Sangre y la espada del Soldado. Tal es el mayor Tributo de gloria del General Rivera.

Montevideo Diciembre 29 de 1893

Saludatio Ximeno

El escritor que se cometa la empresa de trazar los rasgos de la legendaria personalidad del general Rivera, estudiando las vicisitudes de su ardua vida, advertirá al terminar su trabajo que ha elaborado

la historia militar y política de la República Oriental del Uruguay.

Montevideo 28 de Dto de 1893.

Tomás Gommon  
84 años de edad

Después del general Artigas, la figura del general Rivera es la que se destaca con mayor brillo en las luchas por nuestra independencia

Maximo Tajes

Creer que hay quienes nacen destinados por la Providencia a ser los árbitros de los destinos de un Estado, es un fatalismo que la razón rechaza.



El azar puede contri-  
buir a elevar un indi-  
viduo, pero su efecto  
es del momento, y solo  
cuando se prosen-  
dotes y cualidades es-  
peciales, se imponen  
estas en medio de las  
pasiones encontradas,  
verificandose lo que  
en la lucha por la  
existencia ó en la se-  
leccion natural, que  
prevalece el mas  
fuerte.

El General Rivera  
fué indudablemente  
uno de estos hombres,  
y la historia al fin-  
garlo, si considera el  
medio en que se for-  
mó, y se coloca en  
su época, encontrará  
abundancia de hechos  
para compensar con  
notable exceso sus erro-

res. —

Monte-Diche 27/893

Rosendo Otero

Considero que la políti-  
ca, como las religiones, tie-  
nen sus cultos y sus dioses,  
y con patética ironía  
el del partido Colorado y  
mi dios el General Fructuoso  
Rivera

Nicomedes Santa  
Juana de los Rios

Dice un pensador, que  
los grandes hombres  
como el sol, llevan en su es-  
plendor, la excusa de sus  
manchas. En vuelta en los  
luminosos rayos del Rincon,  
las misiones y Cagancha, sur-  
ge de nuestra pasada histo-  
ria, la personalidad de Ri-  
vera y es tal el brillo de la  
aureola, que, todas sus fal-  
tas permanecen eclipsadas.

Bleis Vidua



Es privilegio de las grandes personalidades agigantarse con el tiempo. — Tal sucede con el General Rivera, cuyo nombre y cuyos hechos resplandecen cada día con mas brillo en la historia de la Patria. — Rivera fue el verdadero héroe de la Independencia Nacional en las diversas luchas sostenidas con argentinos, portugueses y brasileños. — Vencedor de Dorrego en los Guayabos afirmó la autonomía de la Provincia contra los avances del Gobierno de Buenos Aires como veinte y ocho años mas tarde salvó la República de la conquista de Rosas derrotando a Echagüe y a Urquiza en los campos de Lagancha. —

Teniendo en India Merceda levantó la reputación del valor Oriental deteniendo durante cuarenta horas, con mil quinientos milicianos, pura caballería, a un ejército portugués de las tres armas, compuesto de soldados que acababan de venir a los veteranos de Napoleon de la Península. — En la epopeya del año 25, después de triunfar en Rincon y Sarandí encontrando estrecho los horizontes de la Patria para sus hazañas llevó los ganchos orientales a remover con sus lanzas victoriosas los escombros de las antiguas divisiones! Esta conquista caballerescas de los siete pueblos obligó a D. Pedro 1.º



a formar la paz  
de 1828.

Como jefe de Partido,  
la influencia de  
Rivera domina to-  
davía la colectivi-  
dad política de q<sup>e</sup>  
fue fundador. —

El espíritu de liber-  
tad, de tolerancia  
política, de huma-  
nidad en la lu-  
cha que animo sien-  
pre al gran candi-  
do, agita aun hoy  
a los verdaderos  
colorados, que recuer-  
dan como un tim-  
bre de honor de su  
pasado histórico, q<sup>e</sup>  
el General Rivera  
disfrutando en el  
país de un presti-  
gio casi absoluto,  
no levanto un ca-  
dalso, ni desconoció  
un derecho, ni pre-  
tendió imponer a  
sus empujados  
la servidumbre del

mando, dejando su  
sitio de Presidente  
para que lo ocupa-  
ra oíste, su perse-  
guidor y su rival  
en las guerras de  
la Independencia —  
Jose Roman Mendya

El comportamiento sa-  
bido de todos del General  
Rivera revela el propo-  
sito de humanizar  
nuestras guerras civiles.  
Ent. 13 de 1894

Luis Garre

Si alguna vez la in-  
transigencia y la fal-  
sía, quisieran empa-  
ñar la purísima glo-  
ria del vencedor de  
Misiones y Cagancha,  
la verdad histórica  
mostro, en toda su  
grandeza, la noble  
figura del suclito  
Brigadier General Don  
Fructuoso Rivera, Ge-





rol de la Independencia Nacional, primerero, y fundador de los paises, del alto Partido Colorado, que en los montes de la Nueva Troya, con sublime abnegacion y cruentas batallas, salvó esa guerra Independencia, junto con las nobilidades libertades del Rio de la Plata.

Alberto Mangiarini

La mision desempenada por el General Rivera fue verdaderamente providencial en la época de las luchas heroicas de los Orientales para constituirse en Nacion y proclamar el Código de sus instituciones.

Como ningun otro, encasó las aspiraciones y las voluntades de ese período heroico de la gestacion nacional. Con la inflexibilidad de su caracter y la firmeza de sus convicciones, combatió constantemente por la independencia de su patria, coronando con la victoria ese grande propósito

Su accion, modificando las condiciones de la vida, el derecho y la libertad de este pueblo, imprimió una huella profunda en la conciencia y en el corazon de sus contemporáneos, cuyas proyecciones se extienden hasta el presente y han de influir aun poderosamente, en el futuro.

El sitio de Montevideo, el triunfo de Caseros, la cruzada libertadora, la guerra redentora del Paraguay y todos los demás sucesos que constituyen la leyenda de nuestras nobles iniciativas y de nuestras glorias, no son mas que la consecuencia natural y forzada de la liniente civilizadora y progresista lanzada por aquel benemérito Ciudadano, pudiendo afirmarse, que él fue quien decidió de los destinos de su Pais.

El tiempo, con su fallo sereno y justiciero, agiganta cada dia aquellas figuras, despojandolas de las miserias e imperfecciones



nes del ambiente en que vivió  
y revelando una alma llena  
de ardiente patriotismo y de  
sublimes ideales.

Por su valimiento y por los  
hechos transcendentales que  
realizó, el General Rivera se  
presenta como la persona-  
lidad mas culminante de  
la historia de este pueblo,  
que en su abatimiento  
actual, evoca el recuerdo  
de sus héroes y de sus mártires,  
como un medio de emula-  
ción al cumplimiento de los  
deberes que impone el patrio-  
tismo, guardando así obe-  
diencia a las exactas  
tradiciones del pasado  
y significando la memoria  
de su gran caudillo.

enero 11 1894

C. A. Castro

Con generalidad se  
dice y se repite, que el  
Partido Colorado es el  
que está en el Poder  
en la actualidad de la

República :- Dicién-  
dose de 1893.

Si alguna filosofía  
se desprende de la His-  
toria y de la tradici-  
on, aquello debe ser  
una falsedad, confir-  
mada por los recuer-  
dos y los sentimien-  
tos propios; a no tener  
atrofiado el cerebro  
y sin latidos el co-  
razon.

Justa en los Com-  
pendios y en las En-  
ciclopedias se denigra  
al Partido Colora-  
do como el liberal,  
el que ha pugnado  
y derramado toda la  
sangre de sus venas  
por afianzar las li-  
bertades públicas.

¿Como se concilian  
estas premisas  
con los hechos de pre-  
sente, que mantienen  
avergonzados a los  
ciudadanos y sirven  
para mofa de nues-  
tras prácticas ins-  
titucionales, en el  
extrangero?

Las serenidades  
de la Historia resol-  
verán, sin duda, el  
problema; pero, en-





pretando, que la responsabilidad sea personal y no colectiva.

Hay colorados que reconocen la honradez y una fuerza, lo mismo en política que en todos los actos de la vida privada o pública. Esos, tienen derecho, por lo menos, a escribir que se satisfacen sus opiniones; que la votación sea nominal, como se hace en los cuerpos colegiados en los asuntos de grave responsabilidad para el futuro.

Jacinto Arce

Grande y sublime sería si pudiéramos decir ante el recuerdo del fundador del partido Colorado benemérito General Fructuoso Rivera ¡Oh! tened a vuestro par-

tido unido y fuerte representando y observando sus verdaderos principios políticos de amplia libertad e igualdad para todos los orientales constituyéndolo así la base esencial en que duraran la estabilidad el engrandecimiento y la felicidad de la Patria, pero hoy que despreciablemente se han olvidado estos principios por los que debían regir los prácticos desconociendo los más sagrados derechos del ciudadano es de estallar de mar. - Manes de Rivera, rogad porque de hoy más no tengamos que decir parodiando a Madame Roland. ¡Oh partido co-



lorado, cuantos crimi-  
menes se cometen  
en tu nombre!

*F. Rivera*

Siendo una dolorosa  
necesidad de la humani-  
dad, pagar el tributo de  
sangre y sacrificios para  
redimirse o instituirse  
los pueblos, cuyos factores  
en lucha del bien y el  
mal son los partidos,  
la República Oriental  
del Uruguay ha tenido  
que tener los suyos.

Al General Juan Fructuoso Rivera céjrole res  
el fundador del parti-  
do Colorado, - partido  
de la libertad en el de  
recho; y, si como toda  
personalidad descollan-  
te, ha podido proyectar  
sombras en su camino,  
son tan brillantes los  
títulos que uno con-  
quistase, de patriota,  
humano y generoso  
que aquellas proje-  
ciones jamás podrán  
oscurecerlos.

Para purgar con  
imparcialidad a los  
hombres públicos, es  
indispensable despo-  
jarse de las pasio-  
nes políticas y conocer  
en la época y el  
medio ambiente en  
que actuaron i solo  
así podrá promou-  
erse el preciso tran-  
quilo y serénico  
de la historia.

*Pablo Nín y Gaurale*

No se puede ne-  
gar sin desconocer  
los sucesos milita-  
res y políticos de  
1828, que la toma  
de las Misiones  
por el General Ri-  
vera sin mas re-  
cursos que su pa-  
triotismo y actividad,  
y que contrarió el go-  
bierno argentino y





Los orientales que le  
obedecían, aseguró  
la independencia  
de la Provincia Rim-  
tal.

Monte Nuevo de  
Amaro Carue 1894

Una sucesion de hechos  
que son de público dominio, a-  
traen la conviccion de que el  
general Rivera fué el funda-  
dor de nuestra democracia.  
Se contemplamos haciendo  
práctica esa doctrina en el  
gobierno y en el ejército, sin  
que las contrariedades con  
que luchó en su larga vida  
pública tuvieran fuerza pa-  
ra desnaturalizar el culto  
que por conviccion rendia á  
tan hermosa tendencia.

El secreto de su gran pros-  
tigio personal, emanaba en  
mucha parte de tal disposi-  
cion de animo, reconocida, aun  
por sus propios adversarios.

De ahí proviene el hecho  
incontestable de que el Partido  
Colorado que fundó y educó so-  
bre la base de aquella doctri-  
na salvadora, sea, por exe-  
lencia el Partido eminente

mente popular de nuestro  
país.

Pedro Bañán.

El salvador de  
del ineluctable  
Rivera, ha en los  
primeras páginas  
de la historia de  
nuestro país, por  
describir el relato  
de sus epopeyas,  
descubriendo  
fuerzas para el  
progreso de la  
del heroísmo del  
en el delfín que  
si bien es grande en el  
combate, lo fue  
también en su  
mayor armonía con  
el mundo. —

Andrés Bello.

Rivera como Bolívar  
no fue tribuno ni filósofo  
mas sí un valiente  
soldado. Puso sincera-  
mente su sangre á  
disposicion de la Patria,  
encarmando su acen-



## FRUCTUOSO RIVERA

drados caridos a ella,  
en el estado politico  
a que nos honramos  
en pertenecer los que  
hoy veneramos en  
memoria

Salvador Lavallada

Cuando la  
Republica tenga  
verdadera educacion  
politica y desapa-  
recan las aspi-  
raciones bastardas  
que solo han pue-  
sto en peligro la  
estabilidad y el  
libre funcionamiento  
de las derechos civi-  
les, entrara enton-  
ces el pais en  
una era de recon-  
struccion y veremos  
fundir en el bron-  
ce estatuario  
la figura mas  
culminante de  
un heroe de la  
Independencia, el  
immortal Rivera,  
que nos lego  
con sus patriotas

mo, una Patria  
Libre e Independien-  
te.

Montevideo Enero 4<sup>o</sup> 1873

Pae Leo

General de Brigada

Si el General Rivera  
no hubiera prestado  
su influencia moral y  
material a los bravos  
que pisaron el suelo  
querido de la patria  
en la alborada del 19 de  
Abril de 1825, no hubie-  
ra havido Lavandí, Rin-  
con de las Gathinas ni  
Pavasaingo.

Al festejar pues aquella  
gloriosa epopeya, debe  
agregarse a los valientes  
"treinta y tres", el nombre  
del Gral Rivera, sin el  
cual nada hubiera he-  
cho Lavallada al empe-  
zar su jornada.

Eduardo Vazquez



Gloria al héroe y al pa-  
trista General Rivera  
que con sus eminentes  
servicios a la independen-  
cia, a la libertad y a la  
civilización se hizo asce-  
der al respeto y a la vene-  
ración de sus conciuda-  
danos.

Montevideo Enero 1894.

Ant. P. Delmonte

Después que los  
pueblaros ciudada-  
nos y festuatos  
Jaaguier Suarez y  
Melchor Pacheco  
y Obes difieron del  
General Rivera, que  
nunca cambió en sus  
manos había flamea-  
do tan majestuosos  
el Pabellón Orien-  
tal, ¿que podía de-  
cir hoy de tan ilus-  
tre Caudillo, el mas  
humilde soldado  
de ese gran Parti-  
do Colorado que

él fundara y que  
enseñó él, a luchar  
por la Libertad  
y por la gloria?

La admiración  
que siento por sus  
hechos gloriosos, es  
igual a la venera-  
ción que tengo por  
su recuerdo ilustre!

Calderón J. Las

El General Rivera fue  
el fundador del partido  
Colorado, que representa  
la libertad, la justicia  
y el derecho. Dentro de  
su programa, caben  
todos los anhelos y  
nobles ambiciones del  
patriotismo.

Los ciudadanos bien  
intencionados, agrupan-  
dose al rededor de  
esa hermosa bandera,  
pueden, sin abjurar





de sus Creencias políticas  
ejercitar libremente  
sus derechos y trabajar  
por el bienestar y feli-  
cidad de la patria.

Oscar Fordermana

Honrar la memoria  
de Rivera, es llevar el  
nombre del más atrevido,  
orgullo y activo candillo  
de su época. Es rendir un  
tributo al valor del intelli-  
gencia, el más digno  
de hallar entre los hom-  
bres.

El partido colorado siente  
la necesidad de inspirar-  
se en la memoria y en  
la legión a que debe  
su existencia de libertad  
y de libertad completa  
de cabeza. aunque la  
viera amenazada por  
la espada de Varro, para  
retratar el espí-  
ritu en tonos de obedi-  
encia; porque así co-  
mo en las épocas de

progreso nacional, los  
pasiones del interior se  
desarrollan en razón  
directa de los progresos  
materiales; — al contrario,  
cuando los pueblos con-  
tinúan a sus herencias, es por-  
que se encuentran patri-  
gados en sistema polí-  
tico y religioso a que  
obedecen, o puesto para  
el en peligro las insti-  
tuciones. Entonces, con  
el recuerdo de los in-  
justicias de sus herencias, es  
la causa intrínseca por  
la que se educan a sus  
necesidades, y en las  
de influencia pasada  
en y en la vida en sus  
naciones.

Paraguay

El General Rivera representa el  
honor del ejército Oriental, el orgu-  
llo del partido colorado, y la gloria  
de la Patria.

Eguez, Delmar



Si existiera el fundador del Partido Colorado, General D. Fructoso Rivera no habría reportado aminor el partido las humillaciones, por que le han hecho pasar las Gobiernos arbitrarios.

Gloria eterna a la memoria del gran caudillo.

Angel Casalla

Cuanto la erudición histórica y la filosofía hayan completado, entre nosotros, su obra trabajosa, resalta con plena evidencia comprobado, y los caudillos como Rivera han contribuido, por una parte, a vigorizar el sentimiento patrio, y por otra, a engendrar esas tendencias libres de la democracia, y con la principal resistencia a los abusos del poder público.

Monte S. 24/899.

José A. Leostayky

Es deber y deber noble de Ciudadanos y de Soldado rendir homenaje a la memoria del poseer de nuestra Independencia que surge vertiendo sangre generosa para donnos Patria y Libertad, al que desde el ostracismo vio, desaparecer la tiranía que oprimía las dos Repúblicas que separam el Estuario del Plata y que combatió con su Valerosa Espada.

Santer Arribis

Diciembre 26 de 1893

Si el General Rivera no hubiera demostrado de un modo elocuentísimo, en el Rinero, Garandí, Luquitos y sobre todo en la soberbia conquista de Cifuentes que es la primer figura militar de nuestra patria y uno de los mas grandes capitanes de la América del Sud, brillaría siempre en su frente una aureola





de inmarcescible gloria, su virtud ciudadana nunca desmentida y su proverbial humildad, enalesquiera que fuesen las vicisitudes de su vida y por mas alto el puesto que ocupara; pues a raíz de una revolución que lo hizo omnipotente, proclamó ampliamente la libertad de la prensa; perdonó y protegió a sus mas encarnizados enemigos y levantó a los hombres mas eminentes, formando de ellos grandes estadistas como don Santiago Vazquez, sin verirse nunca que pudiesen serle oídos. Damos los odios personales como vivieron su noble pecho y no narra un solo hecho de la historia, de que haya manchado sus manos con sangre de vencidos, en las innumerables veces que el sol de la victoria iluminara su olímpica cabeza!...

(Estas condiciones salientes del inclito y generoso caudillo, tan generosamente nacional, cuyo cerebro encerraba los mas grandes ideales y cuyo corazón era capax de todas las hercúleas diurnas nervio y vida a' el Partido Colorado, tumultuoso y libe-

ral, partido que contiene en sus tradiciones todas las glorias patrias y que encarna en los muros de la 'Nueva Trujillo' en la proeza inmortal de la Defensa, salvando la libertad y el derecho en el Rio de la Plata.

Si hoy ese partido herido, que en su evolución necesaria al travez del tiempo, ha cumplido y desarrollado ~~atras~~ las ideas y tendencias que agitaban en la noble naturaleza del gran caudillo, si ve abatido y equivoado por torzados tan requintados como perversos, no es porque se entregue inermemente. Pronto, muy pronto, dará nuevos y esplendidos dias de gloria a esta patria tan oscuramente como amada; pues estornase su poderoso organismo el espíritu batallador y profundamente libre del incansable guerrero, que lo alienta, diciéndole como Jesús a Sazán: Levántate y marcha!

M. Magarinos Velez



El General Rivera inmortalizó su nombre, sirviendo con la espada victoriosa de Guayaibo, Guarizú, Queguay chico, Rincón, Sarandí y Las Misiones la independencia de la patria y con su labor de gobernante la obra de la nueva nacionalidad, descendiendo al cumplir el primer período constitucional con la satisfacción de dejar la República tranquila libre y respetada.

Loor eterno a la memoria del inmortal General Rivera!

Montevideo, Enero 13/1893.

Mt. O. Villalba

Uno de los hombres mas calumniados ha sido el General Rivera, sin embargo, fue un gran patriota en las luchas por la independencia, un valiente en los

campos de batalla y el fundador de un gran partido que ha tenido y tiene por objeto la libertad del

Jose A. Miraneda

*JAM*

En la etapa de nuestra historia que cruzó el Gral Rivera, cooperando con recio esfuerzo en la obra cíclopea que nos dio patria, el civismo era una altura inaccesible a las ambiciones insanas.

Después, los embates de un egoísmo feroz, que cultivamos a nombre de la civilización, han socavado sus cimientos y en el asalto las nuevas generaciones han descendido día a día de aquella cima, de la que solo conservamos un recuerdo deslumbrador.

La montaña ha sido desmoronada. Es hoy un guijarro que mueven



todas las corrientes del  
interés personal. -

Mont. Diciembre 27/1893

Lic. J. J. Figueroa



Como soldado del General Rive-  
ra en aquella época  
legendaria de continuo  
batallas por las liber-  
tades públicas, por  
to el patriotismo de  
las nuevas generaciones  
que veneren la  
memoria del más  
grande de los herri-  
dores de la independen-  
cia, el héroe General  
Rivera.

Oruro 13 y 14 de Enero  
Feliciano González

dador del gran  
partido Colorado,  
de la libertad y  
de las instituciones.

El fue quien com-  
pletó al ilustre Sa-  
valleja para que  
se realizara la epi-  
peya de la Indepen-  
dencia Oriental.

La historia todavía  
nos reserva el abrazo  
postumo de estos dos  
grandes caudillos  
para la gloria de los  
Orientales.

Plata Libertad

En. 13/894.

Hoy a la memoria  
del gran Caudillo  
Buznayo, al fun-

Es una injusticia atri-  
buir a los caudillos cam-  
pesinos los contratos y  
las dificultades que tra-



habian la revolucion del  
Rio de la Plata, pues por  
punto general fueren, con-  
cientes o inconcientes, sus  
guerras vivas, como lo han  
sido de todos los movimien-  
tos autonomos de sub-ameri-  
ca.

Es necesario que sin las  
autoridades personales in-  
responsables, sus bravuras  
y sus mismos patriotis-  
mos nativos o pasiones  
locales de que estuvieron  
saturados la revolucion  
habia sido traiciona-  
da o frustrada.

Buenos 3/74

Lucas Corve

Immortal Rivera.

Si como ciudadano  
te venero; al contem-  
plar tus gloriosas  
campañas te admi-  
ro.

*[Signature]*

Si los pueblos se engran-  
decen a favor de tradiciones  
heroicas - ninguno mas  
grande que el Húngaro-  
yo, que encuentra en los  
anales de su historia los  
combates del Rincón, del  
Sarandí y de Guayabos.

Buenos 13 de Enero 1874

Alfonso Acosta y Larraz

haciendo alarde de  
victoria a la Bandera  
guerrida de la Patria  
en los campos de  
Guayabos - Rincón  
y las divisiones no  
hubieramos tenido  
el siguiente pensa-  
miento

Desgraciados de los Pueblos  
que pierden su vitalidad  
y tal vez que los habien-  
nos resurgiendo por el  
de otros, por el amor a sus Le-  
yes, a su Patria, a su  
gloria y a su libertad, sin re-  
cibir el castigo de que  
se han hecho acordes -  
nos por su esquivar el  
Conducta

*[Signature]*



Los antiguos, dice el historiador Laurent, colocaron a Spaminondas en primer término entre los grandes hombres. La gloria del ilustre tebano no dependió tanto de su talento político y del éxito de sus campañas militares, como de su genio benigno humano, que le inspiraba el mayor respeto por la vida de sus semejantes, en una época en que ella tenía generalmente poco valor.

El general Fructuoso Rivera, que actuó en unos tiempos en que la violencia de las pasiones oscurecía a la razón y parecía eclipsar todo sentimiento de humanidad en las conciencias, como lo evidenciaban tantos y tantos tristes ejemplos de brutal ferocidad ejecutados aún por los actores principales de aquella época heroica, el general Rivera acandillando montoneras indisciplinadas dispuestas a cometer toda clase de excesos, ni aun por represalias, olvidó el respeto que debía a las leyes de la humanidad.

Un alma noble como el alma del héroe tebano, no envileció jamás con los horrores del degüello, la causa justa y santa de la independencia y de la libertad de la patria, a cuyo servicio puso todos sus esfuerzos, todo su valimiento.

Montevideo, Diciembre 30 de 1893.  
Agustín del Castro.

Preceden los apasionamientos partidistas, desvirtuando los hechos de la justicia histórica, intentos oscurecer la gloria de nuestros grandes hombres; pero nadie podrá negar al vencedor de Junco del Pinar y de las Pánuas, el derecho de figurar en primer lugar entre los héroes legendarios de nuestra epopeya patria, ni el honor de haber legado a la historia nacional algunas de sus más brillantes páginas.

E. Pérez Viquez

Fructuoso Rivera legó su nombre a la posteridad como patriota, como soldado y como par-





tidario; pues fue la fuerza propulsora de nuestra independencia, el héroe legendario en los combates y el fundador de un partido de tradiciones gloriosas y sentimientos elevados.

A través de los años su figura se agiganta y al pasar por el crisol del tiempo va amenguando la injusticia de sus contemporáneos; se abre camino la verdad; aumentase la veneración y el respeto de las generaciones que le han sucedido hasta que en día más o menos lejano, se celebre su verdadera apoteosis rodeada de toda la grandiosidad y esplendor a que es acreedor tan ilustre guerrero.

Sin Rivera no habría Independencia!

Sin él, la heroica empresa que con soberbio aliento emprendieron "los 33" hubiera muerto al nacer sofocada por el poder del Imperio de la bandera auri-verde, que no quería soltar su presa cuya perdida lamenta y lamentará siempre.

Rivera fue y será la encarnación del carácter viril de los Orientales!

*El Oportuno*

Para los que sin apasionamiento político estudien las páginas gloriosas de nuestra historia, la figura del General Rivera se levanta sobre un pedestal de gloria, venciendo en su yabo a los enemigos de la autonomía provincial; salvando el honor nacional en la



legendaria lucha de  
1816 a 1820; rompién-  
do el primer eslabón  
de la cadena de la  
esclavitud en los cam-  
pos fumos del Rio,  
con; trazando las  
fronteras de la pa-  
tria en su espada  
victoriosa desde el  
remoto confín de  
las Misiones y ven-  
ciendo, por últi-  
mo, a los enemigos  
de la independencia  
nacional y a los  
señores de la tira-  
nia, en los campos  
inmortales de Ca-  
gancha.

Julian O. Miranda

El mejor homenaje  
que puede rendir el  
Partido glorificado a la  
memoria de su funda-  
dor; al campeón de  
nuestra libertad e in-  
dependencia, al bene-  
merito General Dr.  
Fructuoso Rivera en

el cuadrigésimo ani-  
versario de su muerte,  
es el glorioso título  
que ha conquistado  
por ante la patria  
y la historia en la  
formada electoral que  
busca de liberar la  
ciudad por la liber-  
tad del sufragio  
arrogada por un  
correligionario epis-  
tata

13 de 1894

Carlos Brumantay

En homenaje a nuestra  
memoria el primer suge-  
ro de guerra constituido en el  
país, fue bautizado con  
nuestro glorioso e inmortal  
nombre.

Inspirados en él, a  
bordo se confeccionaron  
los primeros Códigos para  
la constitución de nuestra  
Armada Militar, y flameó  
por vez primera en los  
tempestuosos mares del  
Gulch, la bandera de la  
patria que nos legasteis  
venciendo magnificamente los  
desencadenados elementos,  
como en desigual combate  
heroico vencisteis las  
agueridas y disciplinadas  
huestes de nuestros opre-  
sores.

George Bayley



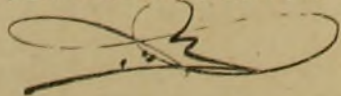


Las tradiciones son el alma misma de un pueblo, las leyes escritas son simples vestiduras que el capricho modifica y la violencia desgasa. La conciencia de nuestra independencia no está en la Convención Preliminar de Paz, ni en la Declaración de la Florida. Se halla escrita en el corazón de todos en las huellas dejadas por el resaca de las Piedras, Arenal Grande, Ponceon, Sarandi. En la figura del Gral. Rivera metiendo su caballo en las margenes del Uruguay, y no en la triste historia de nuestros tratados de límites, tenemos la conciencia de la extensión territorial de la República.

Alcaldal hijo

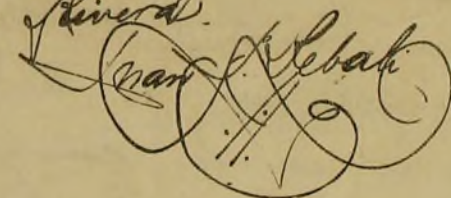
El inmortal Fructuoso Rivera que tan bravo guerrero, como grande humanitario.

Leonardo Rivera



Si la envidia no hubiera existido en alguno de aquellos que todo le debían al Gral. Fructuoso Rivera, el ejército extranjero que bajo el mando del general Oribe invadió nuestro territorio el 16 de Febrero de 1843 (con la absurda pretensión de arrecallararnos) habría sido destruido completamente en la falda del Cerro, librando al Gran Partido Colorado del célebre tratado de 8 de Octubre de 1851. No hay vencedores ni vencidos que ha servido para quitar la gloria del triunfo a quien la había conquistado con su espada.

Al Brigadier General Fructuoso Rivera.



Los años me han hecho viejo, pero no han embotado mis impresiones y mis recuerdos.

Aprendí a amar, al caudillo popular como se aman los miembros de la familia a quienes se respeta y venera.

Sus correrías, sus hazañas provocaban mis entusiasmos juveniles. ¿Quién no seguía sus banderas, que fue-





ron la aurora precursora del nuevo día, y después el sol? Tenia un poder de atracción que arrastraba a las masas, como el torrente a los débiles guijarros; era el poder mágico de la libertad, que habia encontrado su fórmula popular en el andar conquistador de las Anisones. Las madres le entregaban a sus hijos, los hombres le sacrificaban la hacienda y la vida y los que ya asistian al último crepusculo lo acompañaban con sus bendiciones. Algo de nuestra carne tiene en el panteon de su gloria!

Su memoria vive, ahi, en la tumba de seres queridos y aqui en el corazon, tumba de arcilla, pero que perpetua mas que el bronce o el mármol las grandezas humanas, en la leyenda que los padres cuentan a los hijos y que se repite al infinito en las generaciones, formando la corona inmortal de los heroes en la tierra!

Yo aprendí esa religion

en el viejo hogar, pobre de libros y rico de virtudes, en el que el emblema de la patria, era el Dios tutelar de la familia.

Cumplanos la tarea pictura de transmitir a nuestros hijos ese patrimonio moral, manteniendo vivo y palpitante el culto por el esclarecido ciudadano que consagró su existencia a la defensa del suelo natal y de sus libertades. Enseñemosle que se hagan dignos de llamarse sus descendientes practicando y sirviendo lealmente a las instituciones bajo aquella gloriosa bandera de Guayabo y Rincon, que tremoló después en el sitio grande.

Asisto al drama social sin pasiones ni espejismos: en esta estacion de la vida y a esta altura, próxima a la noche polar, no hay golondrinas ni flores ni ardorres estivales ni se siente mas inspiracion que la justicia histórica.

¡Pues bien! juzgando en



ese criterio severo e imparcial aquellos hombres me parecen mas grandes a medida que nos alejamos de ellos. me parecen mas sublimes, mas dignos del amor y veneracion de la posteridad.

¡Banes del ilustre General Rivera! Extended vuestra sombra protectora sobre mi hogar para que quede ahí como un libro abierto a la enseñanza del patriotismo, a fin de que puedan leerlo mis hijos, cuando su padre no pueda referirles ya vuestros sacrificios y vuestras proezas por la patria, la libertad!

Diciembre 29/893

Eulogio de los Reyes

Como resultado de los diversos archivos históricos que he podido compulsar y de las varias leyendas oídas de sobremesa, concluyo que Rivera es el

verdadero fundador de la nacionalidad Oriental

El tiempo, acallando las pasiones políticas, permitirá que este pueblo haga justicia al honor de las Misiones

M. Magarino Abona

Respectar la memoria del General Fructoso Rivera, e imitar a nuestros hijos a temerarla, es labor por unos principios de partidismo y Libertad, como tener Cuyo Solido Base la autonomía independiente del glorioso partido de la Defensa, para que en tiempo conquistará con la espada y el brazo la supremacía de J. F. de un solo partido





Man ten  
viro en cuando  
en el Corazon de  
todo Colorado, es  
un deber civico  
y sagrado que le  
imponen ante  
la imagen con-  
lenda.

Emig: P. Bone  
Enero 13/94.

¿Acaso hubieran podido  
esculpirse en los pas-  
tes inmortales de nues-  
tra patria, las glorias  
inmarcesibles alcan-  
das en los campos de  
Yturbaingo, sin la opor-  
tuna y estrategica con-  
ducta del Ferristocles  
Murguio General  
Don Fructuoso Ribe-  
ra?

Mamel Cochabaria

El Partido Colorado  
Constituye la feli-  
-sidad de la Patria.  
y si no fuera por  
el benemerito Ciu-  
-dadano Grar Rive-  
-ra fundador de esta  
Colectividad, no se  
rianos hoy Nacion

libre e independi-  
-ente  
-Roberto B. Perez

Para el juicio historico, se-  
reno e imparcial, Rivera es mas  
que una alta personalidad:  
constituye una encarnacion  
de las ideas y de los sentimien-  
tos de la masa popular en la  
epoca dificil en que actuó,  
verdadera infancia turbulen-  
ta de nuestra nacionalidad.  
Humanizando el criterio fi-  
losofico, fundandolo en el  
medio social, que es siempre  
diverso en cada pais y en cada  
tiempo, nadie puede negarle  
sus grandes meritos, no solo  
en la lucha titanica por la  
independencia contra cuatro  
poderosas Potencias, sino en  
la obra de la organizacion na-



cional dando vida al parti-  
do democrático, que es la  
gran comunidad colorada,  
a quien debe el país sus her-  
mosas conquistas liberales

Para que la ofuscación  
partidista pudiera privar  
al fraz Rivera de sus con-  
diciones de soldado intrepido  
y can d'elbo popular, habría  
que arrancar brillantísimas  
páginas de nuestra historia.

Carlos M. Madozo

Como norma de con-  
ducta, debemos los militares,  
imponernos los mismos desin-  
terusados sacrificios a que  
tantos haraños debe el celo  
patriótico del <sup>General</sup> Rivera  
y con el que tanta <sup>gloria</sup> supo  
conquistarse

Verdadero genio en  
la guerra y factor de pros-  
peridad en la paz

Ideal poco realizable  
pero al que todos debemos  
aspirar para constituir  
la felicidad de la Patria

Carlos Moradon Otaz

En la tumba de Rivera

(Soneto.)

Gigantes gajos del laurel cortado  
En Guayaabo, Rincon y las Misio-  
nes,  
Atados con los patrios fabelones  
Que levanto tu braso de soldado,  
Hoy cubren el sepulcro que te has dado  
La ingratitud de dos generaciones,  
Por cuya libertad, de esos pendones  
A la sombra luchaste denodado.

Pequeña tumba para tanta gloria  
Que deslumbra con rayos inmorta-  
les  
Como deslumbra el sol de la victoria.  
¡Entre tanto, soldados orientales  
Que al lado de tu talla son pigmeos  
Duermen entre soberbios mantos!

Alcides De la Parra

Encero 13/94.

Si el General Artigas,  
fundador de nuestra na-  
cionalidad, es llamado  
primer jefe de losorien-  
tales, al General Rivera,  
fundador del partido co-  
lorado, debe llamarse  
primer soldado de la li-  
bertad.

Angel de Leon





Los héroes pertenecen a las épocas en que actúan y los caracterizan: surgen impuestos por las necesidades fatales y los acontecimientos talmente ligados, que un espíritu investigador se anticiparía a predecirlos. Por eso, cuando estaba en embrión la nacionalidad Oriental, aparece el General Rivera avanzando a sus convecinados y en los últimos esfuerzos del patriotismo se destaca sublime y grande su figura, adquiriendo justos prestigio e inmarcesible gloria. Mas tarde, sus convicciones se imponen, funda una escuela política, hace carne la idea y le da forma, — y a ella responden patriotas de la talla de Joaquín Suárez y con él, la falange de héroes que defendieron la libertad dentro de los muros de la ciudad heroica.

Los principios de nuestra nacionalidad se señalan en los hechos de la historia por la espontaneidad del patriotismo y por una tendencia marcadísima en atribuir a cada caudillo el mayor grado de gloria y de inmortalidad; y en este concepto el General Rivera ha merecido de los Orientales la mas alta manifestación a su civismo y el mas justo galardón por sus fatigas. —

Al conmemorar el fallecimiento del ilustre Brigadier General D. Fructoso Rivera, en su cuatrigésimo aniversario, justo es recordar que fue uno de los bravos campeones que con inquebrantable voluntad e invencible brazo, luchó sin tregua y poderosamente por la libertad de la Patria.

Si el sendero trazado por esos héroes, con su proverbial patriotismo y admi-



rabie obnegación, hubieran seguido.  
nos encontraríamos hoy en el pináculo  
de la prosperidad; pero, las malas  
pasiones y el soldado interés, nos han  
alejado del ideal de aquellos grandes  
hombres.

¡Quiera Dios, que los glorifiquen,  
en la sucesión, los destinos de la Patria,  
se inclinen en los sanos y saludables  
ejemplos de cívicos y aquellos ilus-  
tres varones nos legaron, y puedan con-  
firmar en tiempo el caso y hoy nos  
amenaza! -

Quero 13/894 Don M. de Rivera

Quieran tal vez al em-  
puje del tiempo las esta-  
tuas de marmal o de bron-  
ce que la simpatía par-  
tidista levanta a Rivera  
; pero vivirá eternamente  
en las paginas de la His-  
toria Nacional, la me-  
moria del primer Pre-  
sidente Constitucional  
de la Republica -

Quero 5/894  
Alvaro Acosta y Lara

Podrán los enemigos  
políticos del General  
Rivera hacerle todos  
los cargos que les dic-  
te su intransigencia,  
pero no podrán dejar de  
reconocer que él fue  
el único de los adeptos  
del fundador de nues-  
tra nacionalidad que  
se mantuvo fiel a sus  
ideas, haciéndolas triun-  
far con su demodo y con-  
tancia admirables.

Un notable publicista  
argentino de su época  
sintetiza nuestro pensa-  
miento con estas pala-  
bras: el General Rivera  
podía decir como Scipion  
a sus calumniadores:  
para confundirlos, ahies-  
tan mis victorias del  
Riscon, Sarandí y Mu-  
siones, sin las cuales no  
hubiera sido indepen-  
diente mi patria; he  
sido leal a ella, pues  
la he libertado del yu-  
go extranjero.

Francisco R. Miranda

En partidos politi-  
cos han producido  
diferentes hombres  
y distintos even-  
tos. -



De un lado se  
ha encarnado el  
principio abstrac-  
tista, la negación  
de todo género de  
derechos, - del otro  
lado el esplendido  
 credo liberal, bri-  
llando resplanden-  
te bajo el epíto-  
lo del de la libertad.

Corro eterno al  
venecador de ellid-  
nes y Enayabro,  
al fundador del  
partido oído en  
la masacre de  
Quinteros, para  
levantarse mas  
grande, mas po-  
tente y Constituyen-  
do, como ejem-  
plo latente de  
que los grandes  
ideales no mueren

J. Baptista Pedraza

Retiéndese que la opo-  
sición de tendencias y la  
rivalidad de Rivera y On-  
be hayan sido la causa  
eficiente de esa cade-  
na de guerras civiles  
que nos han diezmado,  
me parece una opinión  
del mismo género que  
aquella que supone  
que la paz del mundo  
habría cambiado si la  
maria de Cleopatra hu-  
biese sido mas corta, y  
aquella otra de Triche-  
let fundada en la fis-  
tula de Luis XIV: "El  
reino de Luis XIV se di-  
vide en dos partes: an-  
tes de la fistula y  
después de la fistula.  
Antes, Colbert y las  
conquistas; después, M<sup>me</sup>  
Searron y las derrotas."  
La misión del historia-  
dor concienzudo con-





siste en averiguar cuáles son los factores sociales que determinan con la acción de aquellos caudillos, y que han persistido después de la desaparición de éstos de la escena de la República.

La voluntad de dos hombres, pequeños productores de fuerzas naturales, no puede ligar para siempre los destinos de un pueblo; estos no proceden sino de la acción poderosa de grandes causas: la raza, las costumbres, la herencia, la religión, el clima, la falta de preparación política o social para determinada forma de gobierno, etc.

Pequeñas causas no

pueden engendrar grandes efectos.

Enero 13/94 J. P. Massera

Commemorar  
el aniversario de la  
muerte del Benicadier  
General don Tructivo  
Riviera, fundador  
del glorioso Partido  
Colorado, es un tri-  
buto que sus comeli-  
gionarios le rinden,  
como homenaje de  
veneración y respeto  
al Caudillo legen-  
dario que luchó  
por la libertad en  
ambas orillas del  
Caudal de Plata.

Montevideo, Enero 4/94

G. Manuel Villar





Los Orientales ingratos, son los únicos que pueden negarle al Brigadier General Don Fructuoso Rivera, ser él, el primer factor de la reconquista de nuestra querida patria.

Juan Suarez Cordillo.

La historia recordará en sus páginas que fue en Arroyo Grande, donde por primera vez, cayó vencido el Gran caudillo defendiendo la independencia, la libertad y las inalienables del pueblo Oriental amenazado por el ejército de la Confederación Argentina al mando de Manuel Oribe.

Pero la historia dirá también que al día siguiente de la derrota, el general Rivera - había allegado con su poderoso pres-

tigio, los elementos necesarios para colocar a la República en situación de detener al invasor extranjero frente a las murallas de Montevideo, donde sus defensores inspirados en el ejemplo de su Jefe salvaron la independencia de la patria y llevaron su bandera triunfante a redimir al pueblo de Buenos Ayres de la esclavitud de veinteaños, abriendo al Río de la Plata las auras puras de libertad, civilización y de progreso.

Montevideo Enero 3 de 1844  
Ant. J. Conte

El Brigadier General D. Fructuoso Rivera

Con el tiempo se agiganta y destaca entre nuestros próceres, la figura del batallador incansable por la autonomía del Pueblo Oriental, ya como Provincia de las Unidas del Río de la Plata, en los primeros albores de la revolución sud-



Americana, ya como Nación Libre i la bronca que perpetua las niervas dependientes en la hora suprema que rias!

Fue el General Don Francisco Rivera, uno de esos varones ilustres que enaltecen los pueblos, por su entrañable amor a la Patria a la que consagró toda su vida, sirviendola con abnegacion sin limites. De temple toledano, su alma viril, no conoció barreras insalvables cuando se trató de la tierra querida; así lo vemos con sus puñados de adeptos, perseguido y perseguido despues de los memorables triunfos del "Rincón" y la "Vandú", que aseguraban el éxito de la Gran jornada, conquistar los pueblos de abisones que tanto <sup>costaron</sup> hicieron en la terminacion de la <sup>guerra</sup> guerra de que surgió triunfante nuestro ser autónomo de Nación, y mas tarde, cuando la invasora vandálica del tirano argentino, vencida en baguacha, llevar la guerra a que era provocada la Republica, a los desamios del invasor, para salvar los lares de la Patria de sus terribles desastres.

Bravo en el combate, fue magnánimo y generoso en la victoria - colmo de beneficios a sus enemigos de la víspera, y supo como magistrado y como soldado desempeñar los primeros rangos nacionales, que por repetidas veces le discernieron sus concompañeros.

La Patria agradecida, debe hacerlo vivir eternamente en el.

Montevideo, Enero 13 de 1894

Julio Perrella

Rivera, gran maestro de las libertades públicas!! no legaste con tu ejemplo una escuela, que aquel que siga tus convicciones, cumplirá gloriosamente las santas funciones del ciudadano. Amar a la Patria y defender su integridad.

Arturo J. Rave